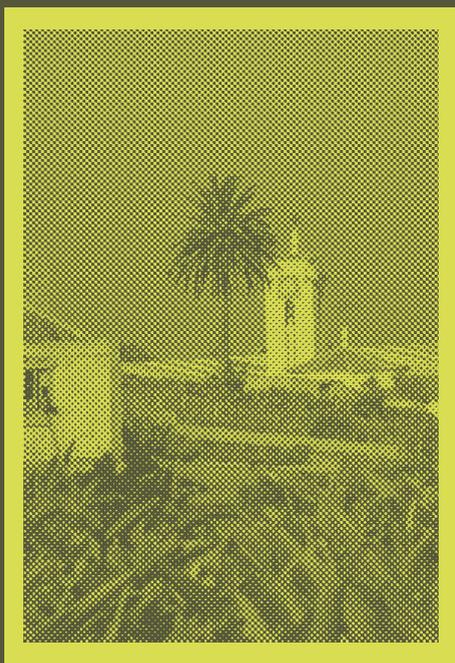
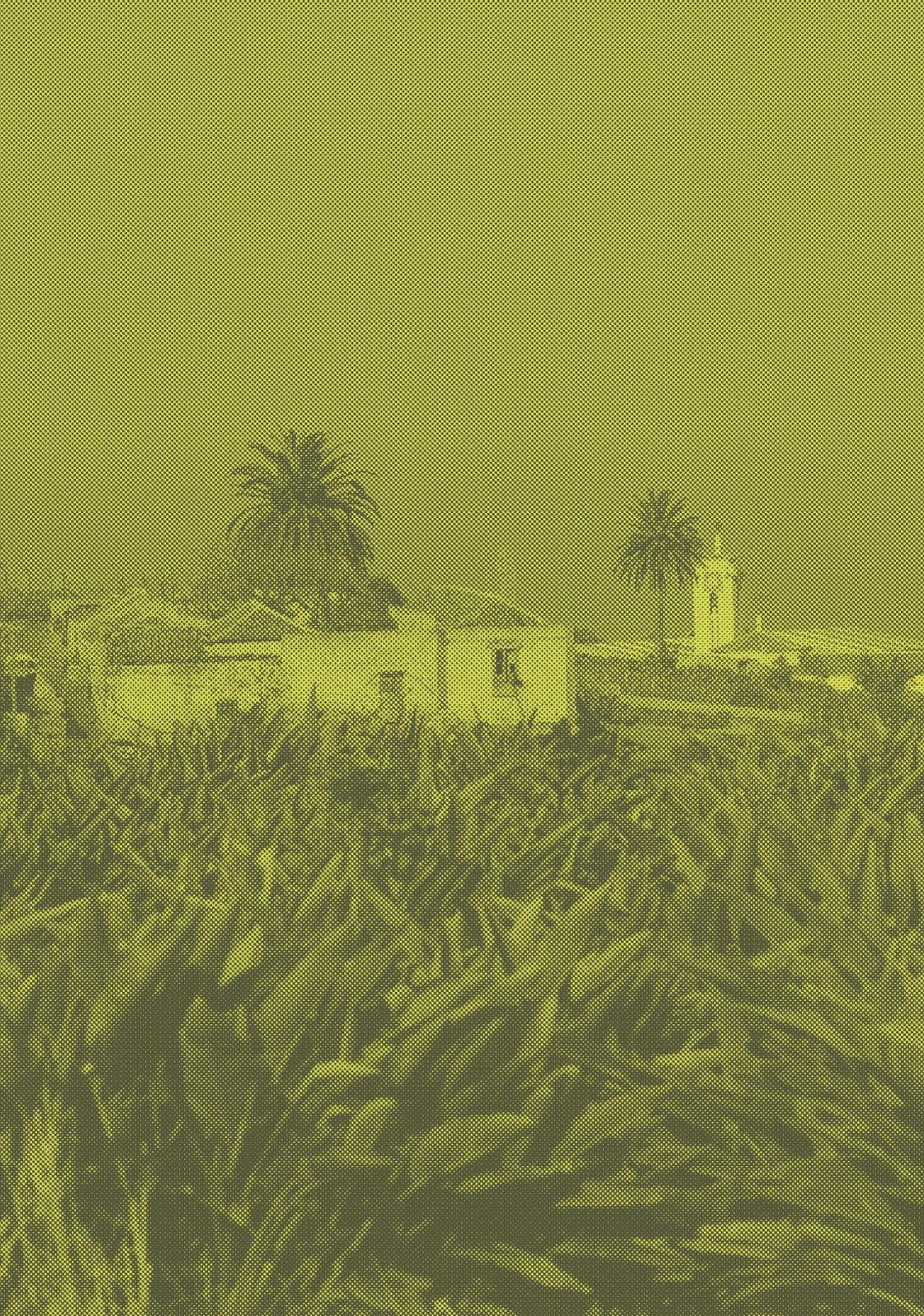


MEMORIA E IDENTIDAD EN VALLE DE GUERRA



HISTORIAS DE VIDA
DE SUS MAYORES





**MEMORIA E IDENTIDAD
EN VALLE DE GUERRA**

**HISTORIAS DE VIDA
DE SUS MAYORES**

MEMORIA E IDENTIDAD EN VALLE DE GUERRA

HISTORIAS DE VIDA DE SUS MAYORES



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
SAN CRISTÓBAL DE
LA LAGUNA



BIENESTAR SOCIAL Y CALIDAD DE VIDA



En La Laguna
nos cuidamos



Esta es la historia en primera persona de los primeros sesenta años del siglo XX de Valle de Guerra.

El objetivo último de este libro es recoger el testimonio de quienes habitaron y vivieron en el pueblo durante esos años, haciendo la historia suya, construyendo su relato y dejando un legado de la memoria de valleras y valleros.

Edita

Excmo. Ayuntamiento de San Cristóbal de La Laguna
Concejalía de Bienestar Social y Movilidad Sostenible
C/ Herradores nº 11, 38204
San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife

Investigación, coordinación y gestión editorial

Cultania. Gestión Integral del Patrimonio Cultural
Avenida de La Trinidad, nº 19, 1º derecha
38204. San Cristóbal de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife
info@cultania.com
922 079 830 - info@cultania.com

Coordinación

Javier Soler Segura

Control de la edición

Josué Ramos Martín

Textos

- © C. Cathaysa Cabeza Carrillo (Capítulos 2 a 10)
- © Elesmí de León Santana (Capítulo 1)

Diseño gráfico y maquetación

© Gabriela Maillet

Entrevistas

Isabel Valencia Hernández
Bartolomé Hernández Hernández

Transcripción de las entrevistas

Alba Rodríguez Hernández

Fotografías

Gabriela Maillet

Imágenes del Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián, perteneciente al Museo de Historia y Antropología de Tenerife. OAMC. Cabildo de Tenerife.

Asociación Cultural Amigos de La Librea

AMLL: Archivo Municipal de La Laguna

AHPST: Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife

RSEAPT: Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife

AT: Ayuntamiento de Tegueste

1ª edición: marzo de 2023

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

CAPÍTULO 1.

Una historia de “alianzas”.

Valle de Guerra del siglo XVI al XIX.....15

CAPÍTULO 2.

Un pueblo en la memoria.

Sobre sus espacios, comunicaciones y servicios31

CAPÍTULO 3.

La larga posguerra, sinónimo de hambre y miedo.....49

CAPÍTULO 4.

Una vida de trabajo en la tierra63

CAPÍTULO 5.

Algo para llevarse a la boca.

Economía doméstica y alimentación89

CAPÍTULO 6.

Piedra, teja y cal.

Los hogares de Valle de Guerra.....105

CAPÍTULO 7.

La vida que había era la de la familia119

CAPÍTULO 8.

Juegos pocos y escuelas para algunos.

La infancia entre los años treinta y cincuenta.....137

CAPÍTULO 9.

No solo el trabajo del campo.

Otros oficios del Valle161

CAPÍTULO 10.

Los pocos ratitos de disfrute.

Ocio y fiestas.....185

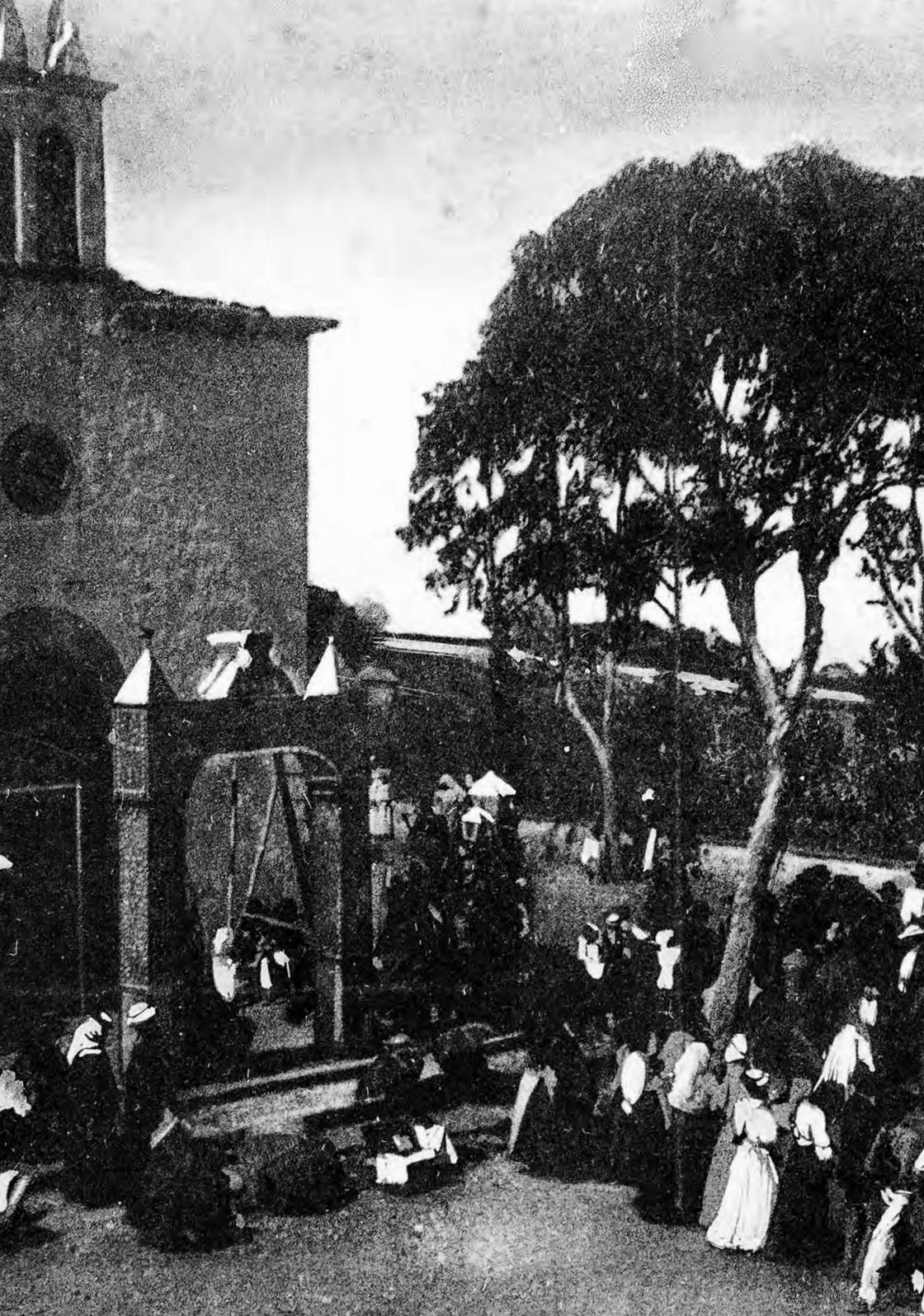
Agradecimientos

A la Asociación Pueblo Unido de Valle de Guerra, y en especial a Isabel Valencia Hernández, por impulsar este proyecto y servir de nexos con los mayores de Valle de Guerra.

A todas las entrevistadas y entrevistados, cuyos relatos de vida escriben la historia de nuestra tierra.

Agustín Hernández Ramos, 1938
Agustín Herrera Rodríguez, 1931
Antonio López González, 1937
Aurelia Delgado Rodríguez, 1945
Aurelia Herrera Pérez, 1935 - 2022
Aurelia Reyes Gutiérrez, 1942
Blas Cairós Pérez, 1937
Brunequilda Rodríguez Rivero, 1935 - 2019
Caridad Acosta Rivero, 1934
Carmelo Rojas Suárez, 1943
Carmen Herrera Adrián, 1941
Concepción González Adrián, 1937
Dolores Pérez Pérez, 1928
Dolores Rodríguez López, 1926 - 2022
Enrique Barbuzano Pérez, 1943
Fermina González García, 1941
Juana Herrera González, 1940
Juana Rodríguez González, 1942
María Candelaria Ramos Martín, 1942
María del Rosario Hernández Ramos, 1944
María Felisa León Santana, 1942
María Luisa González Pérez, 1938
Miguel Pérez González, 1935
Norberto López Hernández, 1943
Ramón Pérez Aguilar, 1936

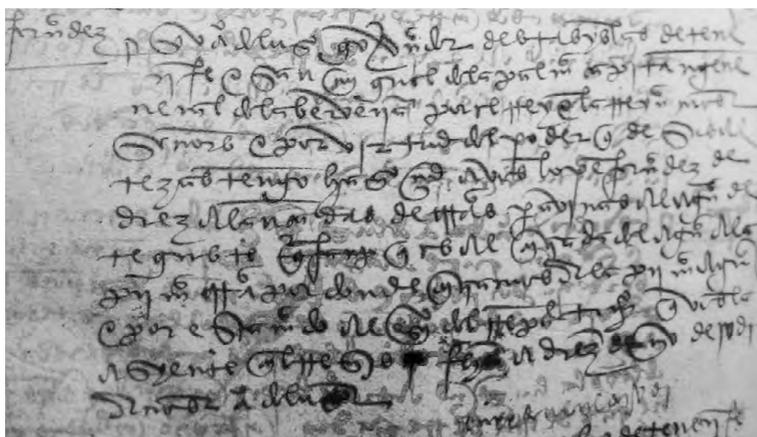




CAPÍTULO 1

**UNA HISTORIA DE
“ALIANZAS”.
VALLE DE GUERRA DEL
SIGLO XVI AL XIX**

Los primeros momentos de la historia de Valle de Guerra están ligados a la figura de Lope Hernández, conquistador de la isla de Tenerife, que posteriormente desempeñará los cargos de regidor y alcalde mayor del Concejo. La data, de 360 fanegadas de tierra que recibe en 1498, delimitará la mayor parte del espacio físico del valle. En el mismo ámbito serán otorgadas propiedades de menor tamaño a Gonzalo Báez, Ibone Hernández, Hernán Martín de Espinal y Antón García.



Data a Lope Hernández, AMLL, Sección 1ª,
Libro 1º de datas por testimonio, f. 15v.

Lope no tendrá hijos en ninguno de sus dos matrimonios, lo que le lleva a nombrar herederos a sus familiares Hernán Guerra y Hernando Esteban Guerra, en detrimento de su segunda mujer, Elena Velázquez, recibiendo cada uno la mitad de sus tierras. Hernán Guerra, también conquistador de la isla, ejerce como escribano de número en el momento de recibir la herencia, posteriormente se traslada a la península donde fijará su residencia, traspasando dos tercios de sus tierras a Juan Pacho y el resto a Gaspar Jorva que, a su vez, las venderá a Alonso Vázquez de Nava.

La otra mitad de la herencia, recaerá en Hernando Esteban Guerra, menor de edad en ese momento, debido a lo cual se nombra como tutor a Hernán Guerra. En 1513 casa con Juana Martínez, consolidando la propiedad que legará en forma de mayorazgo a su hijo Juan Guerra. Sus cinco hijas, Guiteria Martínez, Beatriz Guerra, Francisca Guerra, Isabel Guerra y María de Cárdenes, llevarán en dote de casamiento tierras en el valle, las cuales aparecen siempre en la documentación notarial detentadas por sus maridos, siendo estos Gonzalo Fernández de Ocampo, Alonso Vázquez de Nava, Enrique Dumpiérrez, Antón Bernal de Ascanio y Juan Soler respectivamente. Esta distribución de la propiedad marcará las bases de la futura parcelación del territorio y la posterior aparición de las haciendas.

En este punto, seguimos la evolución de la mayor propiedad del valle, convertida en mayorazgo detentado por Juan Guerra. De su matrimonio con Juana Jerónima, nacerán once hijos, pero a diferencia de la generación anterior, no todas sus hijas contraen matrimonio. Dos de ellas, Francisca de la Cruz y Ana de Santa Cruz, profesan como monjas en el convento de Santa Clara. Este hecho sugiere el interés por eliminar conflictos entre los futuros herederos y los detentadores del mayorazgo, siendo ésta una constante en todas las familias de la oligarquía insular.

El siguiente heredero será Hernando Esteban Guerra, que contraerá matrimonio con María de Castilla, hija natural de Luis Peraza, de la familia condal de La Gomera. Entre su amplia progeie destacará la formación religiosa del licenciado Guillén Peraza y de fray Hernando Guerra, así como los enlaces de Andrés, Francisca y María con primos segundos suyos. A la muerte de Hernando Esteban Guerra el mayorazgo recaerá en su primogénito Juan Guerra, que será nombrado gobernador de Honduras, por lo que deberá ausentarse de la isla para ocupar su cargo. La gestión de sus bienes en Tenerife la asume su madre y, posteriormente, lo harán sus hermanos Lope Hernández de la Guerra e Inés de Castilla, ya que Juan Guerra fallece en América sin haber tenido descendencia.



Árbol genealógico de la familia Guerra. Lámina incluida en la edición príncipe del libro "Antigüedades de las islas afortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife y aparición de la santa imagen de Candelaria: en verso suelto y octava rima", de Antonio de Viana, Sevilla, 1604.

Esta política de matrimonios, que se repetirá a lo largo de los siglos XVI y XVII, producirá una disgregación de la gran propiedad recibida por los herederos de Lope Hernández. Las datas originales se transformarán en diversos espacios menores en torno al mayorazgo de los Guerra, junto a las grandes propiedades de los descendientes de Alonso Vázquez de Nava y Gonzalo Fernández de Ocampo. El lugar pasará a ser conocido como Valle de Guerra y la estructura de la propiedad quedará marcada por las haciendas pertenecientes a la oligarquía insular. En cuanto a la jurisdicción religiosa, desde los primeros momentos de la colonización, los vecinos de Valle de Guerra serán parroquianos de Nuestra Señora de la Concepción de La Laguna, hecho que perdurará hasta la creación de su parroquia, Nuestra Señora del Rosario, en 1924.

Juan Núñez de la Peña describe en 1676 el lugar con su distancia a la ciudad, cultivos y ermitas, destacando la dependencia religiosa de sus vecinos:

El Valle de Guerra está una legua de la Ciudad, está la mas parte del plantado de viñas; tiene una Ermita de N. Señora del Rosario, y otra de San Miguel, sus vecinos son feligreses de la Iglesia Parroquial de nuestra Señora de la Concepción de La Laguna tiene su alcalde.

El origen de la ermita se vincula a un tributo otorgado por María de Castilla, en nombre de su hijo Juan Guerra, a su yerno García Fernández de Valcárcel, marido de Inés de Castilla, y consistirá en un pedazo de 14 fanegas y media de tierra en el Valle de Guerra, y se edificará en una casa ubicada en dicha propiedad. La obra de la ermita estará finalizada el 20 de marzo de 1615, como constata fray Alonso de Lugo, en octubre de 1617, cuando indica que Inés de Castilla la dota con 3 doblas de tributo anuales, patronato que pasó a su única heredera Ana de Valcárcel, esposa de Esteban de Llarena.

Junto a los grandes propietarios residirán en Valle de Guerra otros vecinos vinculados estrechamente a ellos. En los primeros momentos serán medianeros o censatarios, convirtiéndose posteriormente en labradores, al poder afrontar la compra de pequeñas parcelas de tierra. Gracias a las fuentes documentales podemos conocer quiénes fueron estos vecinos. En primer lugar, acudimos a los libros sacramentales donde se indican los matrimonios celebrados en la ermita del Rosario, dependiente de la parroquia de La Concepción. El primer asiento en el que se refleja un casamiento en esta ermita es el 27 de noviembre de 1623, cuando Juan González casa con María Hernández. Dos años después se indica otro, el 26 de octubre de 1625, en el que Juan Guerra casa con Lucía Hernández. Ya en 1628, el 2 de octubre, aparece reflejado que la contrayente Juana Marrera, vecina de Valle de Guerra contrae matrimonio con Florián Pérez vecino de El Sauzal. Posteriormente comienzan a citarse también los padres de los contrayentes junto a los padrinos, como el del 2 de mayo de 1644, en el matrimonio de Andrés Francisco, hijo de Nicolás Francisco, difunto, y de Juana Mejías, con Ángela Marrera, hija de Antón García y Luisa Marrera, difunta, siendo sus padrinos Gaspar Rivero y María González, declarando que todos son vecinos de Valle de Guerra.

En los libros de las parroquias colindantes aparecen matrimonios de los vecinos del valle, siendo éstos los casos de Miguel Hernández con Ana González, en Los Remedios de La Laguna; Juan de Mendoza con Luisa Francisca, en San Bartolomé de Tejina, Andrés de Mendoza con María de la O, en San Marcos de Tegueste o Gonzalo Rodríguez Mota con Isabel Hernández Perera, en Santa Catalina de Tacoronte.

En la mayoría de estos casos, y durante la década de 1660, será destacada la presencia de los vecinos de Valle de Guerra bautizando a todos sus hijos en San Bartolomé de Tejina. Como ejemplo, pueden señalarse los casos de las parejas de Andrés de Cairós y Sebastiana de Mendoza; Miguel Pérez y Marta de la Cruz, así como Diego Díaz y de María del Rosario.

Completando la documentación sacramental con la notarial, podemos reconstruir algunas de las familias que se asientan en el valle desde, al menos, finales del siglo XVI, y sus relaciones con otros vecinos del lugar y con los grandes terratenientes. Los miembros de la familia Sánchez vienen referenciados como moradores en el lugar desde 1593, en el momento en que Francisco del Valle da a censo y tributo perpetuo a Domingo Sánchez, vecino de La Laguna, hijo de Diego Sánchez y Felipa Gómez, otorgándole 4 fanegadas y un almud de tierra en el Valle de Guerra. En las cartas de dote de sus hijas se indica que los terrenos trabajados son tributarios del mayorazgo de Guerra. En la primera, otorgada por Juana Francisca en 1613 por el enlace de María Sánchez con Juan Andrés, declara que es viuda de Domingo Sánchez y moradora en el mayorazgo de los de Guerra. En 1628, la segunda, para el matrimonio de Melchor Francisco y Francisca Sánchez, la otorgan sus hermanos, Domingo Sánchez, Diego Sánchez, Juan Sánchez y Juan Francisco, que declaran ser todos vecinos del Valle de Guerra.

Constantín de Cairós, marido de María Rivera, es el primero de su apellido en el valle. No conocemos su origen, ni otras circunstancias vitales al margen de su residencia en El Boquerón, donde tienen una propiedad a tributo, en 1620. En este caso también se conocen las cartas de dote de sus hijas Catalina Francisca y María Rodríguez, ambas en 1650, así como a dos de sus hijos Juan Rodríguez y Esteban de Cairos, que aparecen en los matrimonios de la parroquia de Nuestra Señora de La Concepción. En la siguiente generación destaca Esteban de Cairós, pues gracias a su testamento, de 1677, conocemos que fue vecino y alcalde de Valle de Guerra, así como el nombre de sus dos esposas y los hijos vivos de ambos matrimonios. También se detallan sus bienes y el hecho de que fue administrador del mayorazgo de los Guerra.

En el Valle de Guerra en 20 dias el mes de Mayo de 1788
nos ochenta y 10 el salvador Garcia Alcaual y Dho. Lug.
y la Jurisdiccion para dar el mas devido Cump.to ala Orden
y emienda Obedezca la que obedezca Concedo Indumento y
para darle el devido Cump.to el P. Corregidor y Cap. de Guerra man
de llamar a los Diputados de guerra fel. E. Hon. a quienes todos
lentos. E. H. de la Dha. Ord. la que ellos a bebo a bebo y en
quados todos Dixeran Obedeccan Concedo Indim.to y para dar
la se devido Cump.to en bon. E. uno y todo. Tuvo. E. dice los 19^{te}

En el Primer Particular y segundo de la Carta de O. de 1781
habido nada de lo que se pide =

3^o En quanto a las bacias no se puede al V. Xp. mas las
que en pue no a otros. Tantas a Cenda a sus de D. T. mas
Cavalleros y estos la tienen para su uso muda de bacias
y como sus mandamos no son dueños ni comprenden
la ord. expresa de V. si foradamos se debe obligar a que
las franqueros, en quanto ala suma gustieren los H. de
tales las que sean en Contrado han hostada con lo
su foton, pue son muy poca, por que los mas al as
bevido por fueno por no ome de la =

En esto Carta de Real y verdadera m. de E. con.
de Cump. de con las Ord. de V. sin el mas minimo
perjuicio ni paude y todo E. con. todo. Tuvo. por
mas al. si constare alguna falta en esto que esto
nemor en buena m. de Jurisdiccion la D. p. en dan
donos por castigo la mucha Caridad de V. y Comiti
mos el adfueno de donos, y para que con e. todo. Tuvo
lo p. enanos los que abemos y los otros. Rogamos
aque lo hizieran por nosotros, que fueron como

La primera referencia a la familia Mendoza la tomamos del matrimonio de Francisco de Mendoza e Isabel Francisca, que bautizan a cinco hijos en la parroquia de La Concepción de La Laguna, en los primeros años del siglo. Otro documento vinculado a dicha familia será la carta de dote, que otorgan en el año 1629, para el casamiento entre su hija Mariana y Bartolomé Hernández, en la que declaran ser vecinos del Valle de Guerra, con tierras a tributo de los mayorazgos y una propiedad sin cargas. La relación entre estas familias es muy cercana, Cairós y Mendoza enlazarán en dos matrimonios a sus hijos. Un caso similar sucede entre las familias Mendoza y Sa, casando dos hijos de la primera, Francisco y Juan, con dos hijas de Bernabé de Sa y María Francisca, Juana y Luisa Francisca, vecinos de Tejina, lo que parece indicar una estrategia de mantener “alianzas” entre familias.

La información sobre la población en el siglo XVIII nos la ofrece la documentación custodiada en el archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, donde se conserva el oficio de la alcaldía real de Valle de Guerra enviado al corregidor con la relación de los milicianos del lugar, en 1780. En él se citan 119 milicianos, hombres comprendidos entre 15 y 60 años, ordenados por casas, señalando si eran los cabezas de familia, hijos o criados, indicando la edad y si poseían armas. Se mencionan también a los 3 poseedores de carretas y bueyes, que residen en Guamasa y El Ortigal, hecho que confirma la adscripción de estos pagos al Valle de Guerra. Finalmente se hace relación de los 21 muchachos de 10 a 14 años. Todos esos datos nos permiten inferir un número poblacional que rondaría el medio millar.

Además, el documento proporciona algunos aspectos del ayuntamiento real del Valle de Guerra, como el nombre del alcalde, Salvador García, el síndico personero, Antonio de la Cruz, y el fiel de fechos, Cristóbal de Cairós. Así como la circunstancia de que el alcalde no sabe escribir, por lo que hace una señal a modo de firma, como tampoco los diputados, por lo que solo firma el personero y, lógicamente, el fiel de fechos. En cuanto a las referencias de las haciendas se indica que “solo hay cuatro o seis”, de distintos caballeros que tienen sus bienes en manos de sus mayordomos y no dan cuenta de ellos al ayuntamiento.

Con la promulgación en 1812 de la Constitución de Cádiz se modifica el régimen municipal único implantado en las Islas a raíz de la conquista, estableciéndose un nuevo modelo de organización municipal en aquellos núcleos de población que hasta ese momento habían venido eligiendo un alcalde, dos diputados, un personero y un fiel de fechos. Por ello, Valle de Guerra se convierte en municipio constitucional, quedando sus límites delimitados por el ámbito de actuación de los antiguos alcaldes reales, incluyendo las localidades de Guamasa, El Ortigal y La Cordillera. En 1841, la Diputación Provincial inicia los trámites para agregar a aquellos municipios que, por su pobreza u otros problemas, debieran desaparecer y unirse al de La Laguna. Valle de Guerra se agregará a la ciudad de San Cristóbal de La Laguna en 1847, al igual que ocurrirá, posteriormente, con Punta del Hidalgo y, en 1850, Tejina, perdiendo así su condición de municipio constitucional.

A partir del siglo XIX comienza a ponerse de manifiesto algunos cambios estructurales que van a ir modificando, poco a poco, el paisaje rural de Valle de Guerra. Esta nueva realidad se observa claramente en el primer plano que existe de este pago, el elaborado por el Prebendado Antonio Pereira Pacheco, en 1833.

En el mismo destaca la zona ubicada hacia el sur, bajo las faldas de la montaña de Guerra, entre El Boquerón y Garimba, que se encuentra salpicada de grandes haciendas pertenecientes a la oligarquía insular. En la zona norte, hacia la costa, aparecen los primeros núcleos de población, en los que reside gran parte de los pequeños propietarios, censatarios y arrendatarios, que formarán el vecindario de este lugar. En el plano se indican la mayor parte de las haciendas que se construyeron en el siglo XVII, como la Hacienda del marqués de San Andrés, residencia de los últimos señores de Valle de Guerra en la que se ubica la ermita de San Francisco de Paula, Casa de Collazos, Casa de los Dominicos, Casa de Montemayor, Casa de Carta, actual sede del museo de Historia y Antropología de Tenerife, Hacienda del Rosario, Casa de Calderín, Casa de San Martín, Casa de Tabares, Casa de Álvarez, Hacienda de Dapelo o Casa de Lercaro. Sobresalen otras como la Casa de Inés de Castilla, donde se construyó la primera ermita de Nuestra

Señora del Rosario y la Hacienda de San Miguel, propiedad de la familia Nava y en la que se encuentra la ermita de San Miguel.

En general, todas estas haciendas muestran la tipología de casa tradicional canaria: paredes de mampostería encaladas y techos de carpintería de tea, con tejas dispuestas a dos o cuatro aguas. Además, es muy frecuente encontrar elementos como el patio central en torno al que se distribuyen las diferentes estancias, habitaciones de los propietarios, dependencias de usos diversos, capillas privadas, tronjas, cocinas, lagares, corrales, establos, graneros, colgadizos, etc.

La principal dedicación de estas haciendas fue la producción agrícola, que se centró en diversos cultivos, algunos enfocados al mercado local y, fundamentalmente, al autoconsumo. De manera general, el prebendado Pereira Pacheco deja esta nota sobre los cultivos de la zona:

—
Produce este Valle excelentes vinos, mucho trigo, cebada, centeno, millo, papas y toda clase de legumbres.

A lo largo del siglo XIX, la población de Valle de Guerra tendrá una tendencia general al crecimiento, aunque con altibajos. En 1808, alcanza los 778 habitantes, 416 mujeres, 136 hombres casados o viudos, 165 solteros menores de 16 años y 61 solteros mayores de 16 años, datos que indican una fuerte emigración masculina. En el padrón de habitantes realizado en 1824 cuenta con 593 personas, número inferior que a comienzos de siglo. En 1833, en el plano del prebendado, se indica un repunte hasta las 776 almas. A mediados del siglo, en 1847, la población de Valle de Guerra se acercará a 1.300 personas, manteniéndose estable hasta comienzos del siglo XX, donde en el padrón de 1900 el número de vecinos registrados será de 1.228 habitantes.



NOTA I.

1. Ermita de S. Ant. de Padua, cerca de San Juan de los Rios.
2. Casa de Collado.
3. Casa de los RR. Dominicos.
4. Casa de Trinitarios.
5. Casa de Capata.
6. Casa de Capata.
7. Casa de Calvario.
8. Casa del Hospital de San Andres.
9. Casa de Capata.
10. Casa de Capata.
11. Casa de Capata.
12. Plaza de Capata.
13. Puerta de los Dominicos.
14. Hacienda de San Juan de los Rios de Capata.
15. Cerro de San Juan de los Rios.
16. Hacienda de Capata.
17. Ermita de S. Francisco de Capata.
18. Capata principal al Valle.
19. Casa de Montañeros.
20. Cerro de Capata.
21. Capata para Capata.
22. San Juan.
23. Cerro que va a San Juan.
24. Capata para Capata.
25. Casa de Capata.
26. Cerro de Capata.



NOTA II.

Este valle de guerra, que con el nombre de Capata y San Juan de los Rios de Capata. Dista de la Laguna de Capata y de San Juan de los Rios de Capata. Este valle de guerra, que con el nombre de Capata y San Juan de los Rios de Capata. Dista de la Laguna de Capata y de San Juan de los Rios de Capata. Este valle de guerra, que con el nombre de Capata y San Juan de los Rios de Capata. Dista de la Laguna de Capata y de San Juan de los Rios de Capata.



Plano de Valle de Guerra de Antonio Pereira Pacheco, 1833.
Fondo fotográfico de Vicente Pérez Melián. AT.



CAPÍTULO 2

**UN PUEBLO EN LA
MEMORIA.
SOBRE SUS ESPACIOS,
COMUNICACIONES Y
SERVICIOS**

Valle de Guerra surgió del campo y la huerta, una característica de su identidad que se ha colado a través de los tiempos y que llega hasta los actuales verdes de sus cultivos, invernaderos y flores. Desde un pequeño núcleo de casas pajizas en Las Toscas, construidas en piedra seca y con vegetación por techumbre, y grandes fincas de señores casi siempre ausentes, nació un pueblo caracterizado por unir el valle con la costa. El recuerdo de cómo era el Valle de Guerra de principios del siglo XX se funde en la memoria con la actualidad. Los años pasan muy rápido y cada década la población crece, los límites del pueblo se amplían y el espacio se modifica. ¿Cómo era el Valle de principios de siglo XX, el de nuestros mayores? ¿Cuál era su espacio de vida, que aún se puede reconocer en esquinas, lugares o calles? Los testimonios de la población más longeva recuerdan la relevancia de sus barrancos a la hora de definir los límites y zonas del pueblo. Los barrancos eran un lugar donde se hacían importantes actividades diarias, como la recogida del agua o el lavado de la ropa. Sus líneas serpenteantes trazan una parte importante del pueblo, que en sus barrios y calles terminan por dibujar los principales espacios de socialización y vida.

Hemos podido rescatar algunos de los nombres de los barrancos y los lugares por donde pasaban para atesorarlos para el futuro. Podemos empezar por el Barranco de El Espinal, que nace en Tegueste, en Valle de los Molinos, y desemboca en la Cueva de la Negra, donde a su vez se sitúa un charco natural tradicionalmente usado por la vecindad como zona de baño, que separa Valle de Guerra de Tejina. Al otro lado de la localidad encontramos el Barranco Chamorro, dividiendo Valle de Guerra de Tacoronte. El Barranco de El Tanque o Barranco de Los Collazos, recibe su denominación por una familia que vivió en sus cercanías en el siglo XIX. El Barranco de Las Cuevas toma su nombre por los espacios naturales que encontramos en su recorrido, aunque también se lo conoce como Barranco El Sordo en sus tramos superiores o Barranco La Laja cerca de la costa. Completan este repaso el Barranquillo El Lirio, el Barranco de El Horno y el Barranco de El Hoyo, este último prácticamente soterrado en la actualidad.



Los barrancos de Valle de Guerra, que aquí en este sitio son imprescindibles y había ocho... pues según han ido haciendo las carreteras los han ido tapando y no va quedando ninguno. Ahora solamente queda el de El Puente y otro y también los van a tapar.

María Felisa León Santana

Nosotros considerábamos que Valle de Guerra llegaba hasta el Barranco El Lirio por la parte de Tejina y por el lado del norte decíamos que llegaba hasta una casa con una venta de Jose el visco, de ahí pa' llá era el Pris. Y por la parte de la montaña hasta donde mi padre tenía una de las fincas consideraba yo que era el final del Valle, mi padre tenía terrenos por encima de la casa de San Francisco que está a la entrada para ir a Fonseca, eso no lo consideraba yo El Boquerón, sino Fonseca.

Dolores Pérez Pérez

Mi abuelo Domingo era albañil, que mi madre me hacía los cuentos que él fue uno de los que hizo El Puente debajo de Lomo Solís para cruzar el Barranco de El Tanque en 1901.

Agustín Hernández Ramos

Los trazados se amplían, las calles cambian, algunos de sus vecinos permanecen y los nombres suelen adaptarse a los cambios, como nos lo recuerda Norberto López. La vida que se iniciaba en los hogares muy de mañana saltaba a los caminos y senderos, que marcaban el trazado de Valle de Guerra. La Carretera General apareció a principios del siglo XX, pero pocos eran quienes por costumbre podían tomarla en un transporte privado que era inusual en la Isla. El antiguo camino de Los Guanches o Juan Fernández ha unido desde siempre Tacoronte con Tejina,

recibiendo distintas denominaciones en su trayectoria, como El Moral, La Esquinilla, El Cantillo o camino Palenzuela. Este, junto a otros de la zona, datan de muchos siglos atrás, algunos incluso se remontan a la época aborigen. Los caminos son lugares de gran importancia histórica y etnográfica, pues siguen vivos en la vida de la comunidad. Es curioso como su recuerdo está más vivo en aquellas personas que disfrutaron de una vida más acomodada, que visitaban fincas y tenían un mayor tiempo libre y de disfrute.

Las zonas altas siempre fueron las más ricas, pues allí se situaban amplias fincas y haciendas de señores y sus campos de trabajo. Una de las sendas más antiguas era el camino del Vino, que venía desde Tacoronte hasta las fincas de Casa de Carta y Los Collazos y, a su vez, conectaba con el camino Fonseca, por el que a principios del siglo XX se llevaban los fallecidos hasta la parroquia de La Concepción, y bajaba por el de Moya, paralelamente al Camino Solís. Hacia las zonas altas también discurre el importantísimo Camino Viejo El Boquerón, que era la ruta principal que llegaba a Guamasa y cruzaba al Portezuelo. También en este sentido se usaba el camino de Garimba o el camino La Tinoca, desaparecido prácticamente en la memoria pero que, como atestiguan nuestros vecinos, era muy usado para subir a los altos porque tenía menos vegetación y hacia sencilla la caminata.

En el interior del pueblo, desde Las Toscas, subían dos sendas hasta la Ermita del Rosario. El Callejón de la Iglesia o Camino de Los Frailes, una antigua vereda vecinal que discurre entre fincas y que conserva alguno de sus tramos el empedrado original. Los muros de los antiguos bancales delimitan su trazado irregular, desembocando en las inmediaciones de la Iglesia de Valle de Guerra. Hacia la costa transcurren los caminos de Arrastraburras, el de Las Ánimas o el de El Apio, importantísimo porque llegaba hasta una fuente de agua natural. “Todo se hacía caminando” y gran parte de la jornada transcurría en movimiento hacia los trabajos, a por el agua y el resto de productos para la supervivencia.



Casa La Carta, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Vivo en la calle La Papaya, bueno eso se lo pusieron por último porque antes se llamaba calle Florianes 1º transversal. No sé qué manía tienen de cambiar el nombre de las calles, como la que baja del Puente que siempre fue el barranco de El Tanque, luego Calle Nueva y ahora por último Servando Rivero. Las Ánimas (calle), que también era la de Los Márquez. La de Juan Fernández también se llamaba Los Guanches, primero.

Norberto López Hernández

La Carretera General parece que dividía la explotación del suelo. Había líneas de eucaliptos que bordeaban la carretera y daban sombra a las carretas y a los caminantes y también daban maderas para las yuntas y arados que se hacían para la labranza en las medianías.

Lo más antiguo que yo sepa era el camino de Juan Fernández, que era el camino de Los Guanches que venía de Tacoronte y seguía por Tejina y llegaba a la Punta. Por allí cerca se empezaron a hacer las primeras casas, por Las Toscas, por la Palma y por la Hondura. Y después estaba arriba el camino del Vino y el camino de El Boquerón. Cuando yo nací ya estaba la Carretera de Arriba, la General, pero no estaba hecha por la zona del Boquerón. Yo me acuerdo de ver empezar a asfaltar esa parte, estuvo muchos años haciéndose porque el señor Ruberes que era un militar, un comandante, mandó a parar porque por sus tierras no pasaba la carretera, entonces pararon, dejaron lo del atrás.

Para ir a Portezuelo se iba por el camino de Fonseca, estaba más tupido de árboles que el de la Tinoca que salía a Guamasa. Y después estaba el camino del Vino que venía de Tacoronte hasta los Collazos. Todo eso por ahí arriba era la zona del Boquerón. Yo me recuerdo que tendría 5 o 6 años y oír que subían caminando por el camino del Boquerón y después el de Tinoca para coger la guagua arriba en Guamasa, en el molino y llegar a La Laguna, así iban al médico en La Laguna o a comprar o vender cosas. Cuando vino la seguridad social

ya se iba a Tejina que allí estaba de médico don José Ascanio que era gomero él.

Ramón Pérez Aguilar

No había carreteras como ahora, solo caminos y veredas. Se iba caminando a todos sitios, a Pedro Álvarez a buscar leña, a La Esperanza a buscar carbón, a La Laguna por si se ponían enfermos. Y se iba por el camino del Boquerón, por Fonseca o por Tinoca.

Agustín Hernández Ramos

Al lado de la casa de Montemayor, que estaba por encima de la Carta, se encontraba Lutiérrez que allí se cultivaba mucha papas y millo. Justo debajo, al otro lado de la Carretera General, estaba la Viña Chica, también teníamos muchos cultivos y allí, hoy sigue existiendo un moral que recuerdo desde pequeñita. Tomando el camino de Las Presas, bajando a mano izquierda, estaba una de las fincas más grandes que teníamos, la llamaban La Suerte, que lindaba con otras tierras de algunos familiares. Esta finca tenía muchos espacios de tierra yerma, con pedregales, tabaibas y cardones. El resto sí lo usaban para sembrar papas y otros tipos de hortalizas. Cuando sigues para abajo y acaba el camino de Las Toscas estaba lo que llamaban Las Cardoneras. Allí mi padre tenía muchas tierras que llegaba hasta el mar, se plantaba de todo hasta algodón, allí está todavía hoy el camino que lleva hasta la finca. Por lo' Márquez tenía otra finca. Y también está el camino que llevaba a La Barranquera, eran caminos que no estaban asfaltados, pero sí iban coches y venían, no muchos, pero alguno sí.

Dolores Pérez Pérez

Con el paso de los años y lentamente se fueron incorporando medios de transporte público que aliviaban a quienes tenían que hacer largos viajes a Tacoronte o La Laguna, pues los vehículos privados eran anecdóticos y estaban vinculados a las distintas labores de transporte del campo. Una de las guaguas que hacía los viajes más importantes era la que unía el Valle con Tacoronte y Tejina en un recorrido circular, dos veces al día. Un negocio de familia con un matrimonio al frente del mismo, Pedro y Remedios. Muchas personas hacían un primer trayecto hasta Tacoronte y después seguían el viaje en tranvía. El tranvía unió desde principios de siglo Santa Cruz con Tacoronte. Hay quienes recuerdan realizar esta primera parte del viaje a pie, con la carga a cuestas, subían por El Boquerón hasta Guamasa y allí tomaban el tranvía.

Dos servicios que marcarían a partir de los años cincuenta una diferencia en el pueblo, permitiéndole una mayor conectividad, una mejora de las comunicaciones y mayor calidad de vida fueron la luz y el teléfono. Poder alumbrarse fue durante muchos años un gran privilegio. Se vivía de acuerdo con el sol y con la leña. Las velas eran muy antiguas y se había industrializado en el siglo XIX, sin embargo, sus precios eran muy elevados para la mayor parte de la población del Valle. Para las casas más humildes el precio de las velas era prohibitivo, la leña, recogida en Pedro Álvarez, y el carburo era lo más común para vencer las horas de oscuridad.

Ya más tarde cuando yo era chico, había un tranvía que venía de La Laguna a Tacoronte y pasaba por Guamasa y se iba caminando hasta Guamasa para coger la guagua o el tranvía. A la guagua la llamaban Jardinera, pero no crea que todo el mundo podía porque costaba su dinero, fíjese usted cómo eran las cosas.

Agustín Hernández Ramos

El que conducía la guagua de Tejina a Tacoronte todos los días fue un vecino que se llamaba Pedro y la mujer Remedios. Fue chófer de la guagua durante muchos años.

Dolores Pérez Pérez

Yo me acuerdo de ver aquí en Valle de Guerra cuatro camiones y coches ninguno, después ya hubo uno, y el señor del que hablé antes, el propietario del molino de gofio, que vino de Cuba, Federico García Sabina, también se compró un coche. Aparecía un coche en dos o tres años, nada más. Al principio, aquí en Valle de Guerra, había una guagua que era matrícula 3080 de Tenerife, en el año 40. Había un servicio que salía de Tejina a las diez de la mañana, y llegaba a Tacoronte. En Tacoronte esperaba hasta las doce y bajaba y terminaba en Tejina. Después había otro servicio, que salía a las cuatro de la tarde desde Tejina, llegaba a Tacoronte y esperaba hasta las seis para volver a bajar, y ahí se acababa. Y así durante todo el año.

El tranvía yo me acuerdo venir a Tacoronte a casa de mi tía Ramona a almorzar, con 30 céntimos venía de la Laguna a Tacoronte, y después volvía otra vez para allá para ir al instituto. El tranvía que había antes dejó de existir por el año 56. La gente iba de madrugada o a la hora que fuera, a coger el tranvía, ahí en el Molino, en Guamasa.

Blas Cairós Pérez

Yo me acuerdo que a mi casa venían unos botitos de cristales con una tapa grande, entonces agujereábamos la tapa y le poníamos una tirita de tela y con petróleo colgado en una tablita en la pared y nos alumbrábamos con eso, no había otra cosa. Y las tierras las regábamos de noche con el agua que traíamos de cerca de donde está el cementerio ahora y nos



Blas Cairós Pérez

alumbrábamos con un farol y cuando no con un mechón que la humareda por las narices daba miedo, no había otra cosa, de petróleo, de gasoil, las velas vinieron más tarde.

Agustín Hernández Ramos

El carbón se traía de La Esperanza, que lo hacían allí. Venían mujeres vendiendo piñas de pinos y carbón que era muy bueno para prender el fuego. Y la leña se solía ir a buscar a Pedro Álvarez, caminando y el que podía en burro o camello.

Ramón Pérez Aguilar

Para alumbrarnos había una cosa que se llamaba carburo. Que estaba dentro de una lámpara y se le echaba agua y alumbraba y calentaba también. Velas había muy pocas. Cocinábamos con leña que mi padre compraba y después la partía y las hacía a rajas, y con eso teníamos pa' un año o así.

Dolores Pérez Pérez

La llegada de la luz se produjo finalmente en la década de los cincuenta, aunque fue progresiva en su extensión por las diferentes zonas de Valle de Guerra, muchas veces incluso bajo la iniciativa y el trabajo de los vecinos y vecinas. A finales de los cincuenta, por ejemplo, aún no había llegado el alumbrado, ni público ni privado, a Las Toscas de Arriba, lo que creó muchas historias de miedo, como las que se contaban sobre las corujas. La electricidad supuso una mejora en los comercios y ventas, así como en la alimentación. La incorporación de los electrodomésticos, coincidiendo con una mayor liberalización de la economía y la importación de producto, hizo que las dietas se hicieran más ricas y variadas.

El teléfono apareció en el Valle en 1928, cuando la Compañía Telefónica Nacional instaló la primera central de teléfonos en la casa de Pancho Remedios. En 1935 pasó a la casa de Úrsula y Jerónimo. El encargado del servicio era Sandalio González y la operadora Elena González, a la que siguió su hermana Úrsula. La central se trasladó en 1956 a la casa de Elena González en el camino de Moya. Ya bien entrados los años sesenta se convirtió en un elemento importante de socialización, no solo porque permitía comunicarse con el exterior, sino porque hubo pocos teléfonos. Los vecinos del Valle acudían a unas pocas casas y desde allí hacían sus llamadas o dejaban recados. Se hablaba de ello y se confiaba en los conocidos.

Aquí que yo sepa hubo un molino de gofio, que al mismo tiempo antes de haber luz en Valle de Guerra, les daba luz a algunas casas del pueblo. El molino estaba cerca del café Brasil, la próxima casa, subiendo a la izquierda. Todavía hay un estanque hecho de cemento en lo alto de donde estaba el molino, que tenía agua para enfriar el motor que se usaba para hacer el gofio y al mismo tiempo para dar luz a parte del pueblo.

Blas Cairós Pérez

Con esta venta nueva ya se puso la luz y pudimos comprar unos años más tarde una nevera y una máquina para cortar jamón. Antes sólo se vendía el queso amarillo en trozos y la carne jamonada de lata porque sin nevera era lo único que podía aguantar fresco.

Dolores Rodríguez López

Después más tarde vino Pepito Figueroa y puso la luz en Valle de Guerra, en el año 50 y pico, por ahí fue. Era yo pequeño y



Fotografía de la primera centralita en Valle de Guerra,
expuesta en la venta El Cotejo

tardó en ponerse en todos sitios, todavía hoy se ve alguno de los palos de los hiladores antiguos en la calle El Moral.

Agustín Hernández Ramos

Primero pusieron las líneas y después ya cada uno fue instalándola por su cuenta. La primera vez que vino la luz a Valle de Guerra, estábamos todos viendo la lucha un domingo. La luz se encendió a las seis de la tarde, y como nunca habíamos visto luz todo el mundo nos levantamos y nos pusimos de pie a tocar las manos.

Antonio López González

Recuerdo que no teníamos luz eléctrica, la luz vino a los tres años de casada, en 1962 y el agua potable la tuvimos más tarde, por 1970.

Carmen Herrera Adrián

Por aquí antes no había teléfono. Uno de los primeros teléfonos que hubo por aquí en la zona fue el de mi casa. El 511 fue el primer número que tuvo, y venían por aquí la gente a llamar por teléfono o a dejar los recados, gente que vivía en Santa Cruz o en otros sitios que querían ponerse en contacto con las familias, llamaban aquí y después nosotros dábamos el recado. Eso, así pasó durante muchos años. La época del teléfono fue más o menos por el año 66. Venía mucha gente del pueblo porque aquí nadie tenía teléfono, una catalana que vivía por ahí la única, de resto no había. Desde los años 50 había una centralita de teléfono, pero estaba en el centro, en el cruce de la calle Moya con la Carretera General.

Brunequilda Rodríguez Rivero



Brunequilda Rodríguez Rivero





CAPÍTULO 3

**LA LARGA POSGUERRA,
SINÓNIMO DE HAMBRE
Y MIEDO**

En Canarias, la posguerra se extendió entre 1939, con el final de la Guerra Civil y el establecimiento del régimen franquista, hasta 1959. Se trató de una “larga posguerra” caracterizada por la autarquía y la necesidad de generar lo que se consumía, en los planos económico y social, lo que tuvo un fuerte impacto en la alimentación de la población. Para Canarias fue una etapa de transición entre dos modelos de dependencia económica: el agroexportador y comercial, basado en la exportación frutera y en los negocios portuarios; y el turismo y la construcción, cuyas bases se empiezan a cimentar a finales de la década de 1950.

Las políticas de autarquía supusieron una seria crisis para la población canaria. Implicaron la ruralización de la economía, la supresión de hecho de los Puertos Francos, el hundimiento del comercio exterior, un intento frustrado de sustitución de importaciones, la paralización de numerosas actividades, una imparable alza de precios, la caída de los salarios reales y el aumento del paro encubierto, la escasez de productos básicos y la extensión generalizada del mercado negro y la corrupción (aspectos estos sobre los que se volverá más adelante). La posguerra y la autarquía trajeron hambre, enfermedad, incultura y emigración.

Desde los años de la Guerra Civil se configura el régimen dictatorial y se sientan las bases de la orientación autárquica en la economía. Entre 1938 y 1941 se institucionaliza el “Nuevo Estado” y se crean los principales organismos de intervención económica, como, por ejemplo, el Servicio Nacional del Trigo o la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes.

Tras finalizar la II Guerra Mundial, en 1945, la situación se agravó sustancialmente. El Estado intervino de forma activa en la economía, aunque guiado por las patronales más poderosas, con el objetivo de lograr la autosuficiencia alimentaria.

Los hombres se acostaban boca abajo porque no había qué comer y porque las tripas si te acostabas boca arriba, como estaban vacías, sonaban, no cogían calor, ni nos dejaban dormir. A nosotros nos llegó a pasar eso, teníamos que acostarnos boca abajo, cogías calor en el estómago y te dejabas dormir.

Antonio López González

Yo nací cuando la guerra había empezado hacía un año, en el año 37. Después, se pasó mal porque había escasez, no había dinero ni había comida, y el que tenía tres gallinas y recogía dos huevos en el día, los llevaba a la venta y los cambiaba por lentejas, por ejemplo. Me acuerdo de las cartillas de racionamiento cuando la guerra terminó el 1 de abril del año 39.

Blas Cairós Pérez

También recuerdo de cuando íbamos a coger comida en el Valle, en El Puente donde Blas Pérez, que era pobre y murió pobre. Mi madre se ponía a esperar en una cola, a ver qué nos daban. Normalmente daban según lo que hubiera ese día: litro y medio de aceite si se trataba de una familia de más de cinco miembros, azúcar, café, millo, garbanzos y trigo. El reparto se hacía en las ventas y eran los dueños quienes la repartían. Las cartillas de racionamiento eran familiares y la distribución estaba organizada por barrios: La Hondura, Las Toscas y El Puente, que es donde estábamos nosotros.

Ramón Pérez Aguilar

Cuando era pequeña me tocó vivir la época de racionamiento, no había nada para comer y te daban una cartilla. Que recuerdo ir con mi madre a casa de don Blas Pérez para comprar 2 kilos de millo, venía no sé si de Argentina y estaba

lleno de gorgojos. Mi madre lo metía en una zaranda y lo zarandeaba bien para sacar la mayoría de los gorgojos y alguno se quedaba, luego lo lavaba y lo secaba al sol, sabía amargo, amargo. Y más tarde empezó a llegar trigo también.

M^a del Rosario Hernández Ramos

El racionamiento fue irregular y presentó numerosos altibajos, tanto en las cantidades racionadas como en las calidades de estas. El Mando Económico logró un abastecimiento precario de la población y se encargó de las políticas sociales y de obras, tanto por propia iniciativa como suplantando las competencias de otras instituciones civiles. Tras su disolución el 7 de febrero de 1946, se equipara el funcionamiento de las provincias canarias con las del resto del Estado. El abandono de las concesiones hizo que tras ese año la situación del abastecimiento fuera catastrófica. Junto al trueque, fue necesaria muchas veces la solidaridad y la ayuda entre vecinos como sustento para afrontar la deficiencia de alimentos.

Se instalaron fielatos, llamadas oficialmente “estaciones sanitarias”, casetas para cobrar los arbitrios y tasas municipales sobre el tráfico de mercancías. Tenían el cometido de recaudar esas tasas para ejercer un control sanitario sobre los alimentos que entraba a ciudades y pueblos. Se cobraban arbitrios sobre el vino, aguardientes, carne, pescado, leche, etc. Sus trabajadores eran los consumidores, personas pagadas por el ayuntamiento para vigilar que no pasara ninguna mercancía sin cobrar. El fielato del Valle era una caseta de madera amarrada a unos bloques de cemento, situado en la rotonda del Consumo. Siempre había dos consumidores en su interior, de día y de noche. Según relatan los vecinos, había tres personas al cargo del fielato, cada una en un turno de veinticuatro horas. La guagua o cualquier camión tenían que pagar como impuestos un pequeño porcentaje en especies, como gallinas, papas o vino. Se recuerda el nombre de algunos de los consumidores, como Antonio Colón, padre de Hilario el canalero, Federico de la Paz, Cho Pepe y Cho Agustín.



Antonio López González y
Fermína González García

Mi madre parió en casa y la guerra empezó un año después. Nací en una época en la que se pasaban algunas penurias, aunque después fue a peor. Había gente que no tenía cabras y apenas podía tomar un vaso de leche, nosotros tenemos que dar gracias porque mi abuela tenía cabras y podíamos tener cuanta leche quisiéramos. Además, sembrábamos y con eso íbamos sobreviviendo.

Brunequilla Rodríguez Rivero

Todavía recuerdo la cartilla de racionamiento, que apenas daba para comer, un poco de pan lleno de gorgojos, y un gofio con un olor a gasoil, por el transporte en barco, que ni con agua se iba.

Juana Rodríguez González

También estaban las cartillas de racionamiento, había dos ventas de comestibles donde se compraba con ellas, que era en casa Blas Pérez cerca del Puente y en casa Ramón Rodríguez Rivero en Las Toscas. Con 13 o 14 años mi madre me mandaba todos los días a comprar el pan a la venta de Blas Pérez que tenía mejor pan, y mi prima Isabel que trabajaba ayudando en casa, hacía la compra grande cuando tocaba.

Caridad Acosta Rivero

Fíjate cómo eran las cosas que yo recuerdo que cambiábamos los huevos por sardinas saladas que venían en unos barriles redondos. Por la mañana mi padre me mandaba a que fuera y le metiera el dedo por el culo a las gallinas para ver cuántos huevos iban a poner y según los que fueran encargábamos las sardinas. Decíamos que intercambiábamos oro por plata.

Antonio López González



Caridad Acosta Rivero

Sobrevivimos gracias a las cartillas de racionamiento porque todo esto fue acabante de terminar la guerra. Recuerdo como siempre, mi madre y yo nos íbamos a La Laguna con 200 pesetas y volvíamos sin nada porque se compraba el trigo, y comida para un año, se compraba también la fajina para rellenar los colchones que también era un trabajo que se hacía una vez al año. Íbamos caminando por un camino que pasaba por la Iglesia de San Francisco y llegaba a Guamasa y, de ahí, a La Laguna.

A veces pienso que ahora hay gente que está peor porque no tiene ni para comer, al menos nosotros nos ayudábamos e intercambiábamos nuestros productos entre los vecinos, entre los unos y los otros matábamos el hambre. Era frecuente prestarnos la comida: ¿me prestas una escudilla de gofio y ya te la daré?

María Felisa León Santana

Pusieron un fielato en La Laguna, había uno, y aquí otro arriba, por debajito de la Montaña Guerra, en la entrada. Cualquiera cosa que querían llevar o traer había que pagar, tenían que pagar a cuenta de lo que transportabas, era como un arbitrio. Eso lo puso el Estado. Sería pa' controlar. Porque había una cosa que se llamaba el estraperlo, eso era que robaban o yo no sé cómo lo conseguían y después lo vendían, porque como estaba prohibido lo vendían a escondidas. Por ejemplo, había mucha gente de aquí que trabajaba en el muelle y esos se traían sus azúcares y como no tenían venta ni nada se lo vendían directamente a la gente.

Ramón Pérez Aguilar

El fielato estaba arriba en el Consumo. El fielato era una especie de control aduanero, al que había que pagar un arbitrio por pasar mercancías. A su cargo estaban tres personas, cada una en un turno, durante las 24 horas. La guagua o el camión que pasaba por ahí tenía que parar y pagar un impuesto, con gallinas, un saco de papas, o un garrafón de vino, o cosas de estas así, tenían que pagar un pequeño porcentaje. Estoy hablando del año 40 y pico o 50, después de la Guerra.

Blas Cairós Pérez

Cuando yo era pequeño, con tres años, había acabado la guerra de Franco y había en el pueblo puestos de racionamiento, el de Blas Pérez, pero éste estaba en la Carretera General donde también existía el bar de copas de Gerónimo González y ya en Las Toscas de Arriba, después de la Iglesia y del colegio de niños, estaba la de Ramón Rodríguez. Los jóvenes y no jóvenes paseaban los domingos por las orillas del camino Juan Fernández, se organizaban muchas de las ventas como la de don Fulgencio en las Toscas de Abajo, la de don Rafael Ramos al lado de la calle El Moral, un poco más hacia Tejina, entre el Barrio de La Palma y El Pozo estaba la de don José de La Paz y un poco más cerca del Corazón de Jesús se encontraba el puesto de racionamiento de Federico Sabina y por arriba de este la venta de Cándida.

En la época, después de la guerra, se cogían cerrajas de las huertas que eran muy ricas en hierro, se llevaban a casa para comerlas con el gofio y potaje. La repasaya y los jaramagos también se consumían, eso era el condute que había, no había otra cosa.

Ramón Pérez Aguilar

La situación de carestía favoreció la picaresca de algunos. El mercado negro, o estraperlo, fue característico de los años cuarenta y sustituyó, en parte, al mercado oficial y fue el medio de enriquecimiento de unos pocos. Esta circulación de mercancías paralela al mercado oficial afectó a numerosos productos básicos e implicó a todas las capas sociales, pudiéndose distinguir un estraperlo bien organizado que generaba grandes beneficios, y que además era conocido y relativamente aceptado por las autoridades; y, al mismo tiempo, otro a un nivel más bajo, popular, de pequeños propietarios agrarios, comerciantes y cambulloneros, cuya actividad permitió abastecer a amplios colectivos muy humildes.

A esta terrible situación económica se sumaba la represión y el miedo. Para asegurar su posición y gobierno tras el golpe de Estado y la guerra, el Régimen estableció prontamente una política de miedo y persecución que llegaba a todos los pueblos y rincones. Este terror llegaba en mayor o menor medida a todos, aunque no estuvieran abiertamente contra la Dictadura. La Falange, como brazo ejecutor, era uno de los pilares que sustentaba esta situación y los salones de Fyffes, las prisiones franquistas durante y tras la Guerra, los lugares de desapariciones de muchos.

Entre 1946 y 1960 se va a vivir un cambio de orientación económica con una lenta liberalización de la economía, la desaparición del Mando Económico y la armonización administrativa y política. A lo largo de estos años se produce una lenta normalización económica, reactivándose el comercio exterior, la extensión de los regadíos, el incremento de las exportaciones y un limitado desarrollo industrial basado en una muy parcial sustitución de importaciones.

Entre los años 30 y 50, la comida básica era el gofio que se amasaba en zurrones, y se comía con cebollas y sardinas. El pan solo se hacía por los días de las fiestas del Valle y se hacía a escondidas, dada la escasez de trigo. Después, a partir de los años 50, esto varió, dejó de existir el racionamiento y la

alimentación mejoró mucho. Así, empezó a consumirse arroz, legumbres, carnes de cerdo y vacas. También formó parte de la dieta el pescado salado.

Blas Cairós Pérez

Todos tenían miedo en esa época. ¿Quién no tiene miedo en una guerra? Cuando acabó la guerra pasaba que los vecinos, mayormente por envidias o tener un enfado por cualquier cosa se acusaban y los que eran pudientes decían fulano de tal es rojo y llegaban y le tocaban en la puerta y se los llevaban a unos salones en Santa Cruz que los llamaban Fyffès. Yo me recuerdo que los curas tenían mucha manga. Había uno que vivía en la Asomada, en Tejina, lo llamaban don Ruperto y como era una autoridad en el pueblo le preguntaban y ellos salvaba, decía: ¿Cómo va a ser eso? Si ese es buena persona. Y al revés había otros que acusaban. Había de todo, pero lo peor era los falangistas. Había uno que si decía este es de los otros, ahí no había más nada que hacer, sino que se lo llevaban. Tocaban en la puerta, salía la mujer, un hijo o tal y preguntaban: - ¿Está fulano? - Sí. - Pues dígame que salga que queremos hablar con él. Y con la misma se lo llevaban y no lo volvían a ver, se lo llevaban a los salones de Fyffes para encarcelarlos. Eso se lo hacían a los que eran contrarios a Franco.

Ramón Pérez Aguilar

En ese entonces perseguían y había mucho miedo, porque como protestaras en contra del Régimen te llevaban detenido. Los falangistas eran los peores de todos y abusaban de la gente. Yo me acuerdo que mi padre trabajaba y cuando venía a las doce de la noche después de trabajar, se encontró a un falangista que lo encañonó y lo trató como si fuese un delincuente. Ese cuento lo hizo mi padre y a mí se me quedó grabado.

Antonio López González

Recuerdo a mi abuela decir que no hablaríamos mal del gobierno porque nos mataban, antes no se podía hablar nada, porque venían a tu casa y te sacaban y te daban leña. Ahora la gente está más civilizada, pero antes era un tema tabú.

M^a del Rosario Hernández Ramos

Una vez de camino al colegio de La Hondura, tendría yo unos 13 o 14 años, me encontré que delante de mí, iba una pareja de la Guardia Civil, con sus grandes capas que se cogía todo el ancho del camino, y pensaba ¿cómo puedo decirles que yo iba con prisas para el colegio? No me atreví, y uno de ellos me preguntó como para asustar, ¿Pasas o no pasas? Y pasé corriendo sin decir nada de nada.

Caridad Acosta Rivero





CAPÍTULO 4

**UNA VIDA DE TRABAJO
EN LA TIERRA**

La vida y el trabajo giraron durante décadas en torno al campo, la huerta y la tierra. Prácticamente los únicos oficios que existían hasta el siglo XX eran los relacionados con la explotación de la tierra. Oficios y empleos que no distinguían de géneros ni de edades.

La agricultura en Canarias entre 1946 y 1960 inició un lento proceso de normalización de la economía canaria. Se incrementó la superficie cultivada de tomates, plátanos y papas con destino a la exportación, recuperando la salida del tomate y diversificándose los mercados del plátano. Las superficies dedicadas a cereales y legumbres se expandieron, con altibajos, hasta mediados de la década de 1950, para descender bruscamente, iniciándose una crisis de la agricultura del mercado interior. Será un periodo rentable para los grandes propietarios y exportadores canarios.

Era época donde este cultivo generaba mucho empleo en el campo de Valle de Guerra y Tejina, tanto a mujeres como a hombres. La zona de Tejina y Valle Guerra era muy conocida por su buen clima para la agricultura.

Brunequilda Rodríguez Rivero

En aquella época lo más bonito eran las fincas de plataneras, de tabaco y de algodón. Era una época donde en el Valle había mucho trabajo, también para las mujeres. Ellas cargaban grandes cestos con estiércol para echárselo a los troncos de las plataneras y, también, llevaban las botellitas con sima para echarle a las hormigas encima, intentando evitar que picaran el plátano. Tanto las mujeres como los hombres trabajaban por igual, aunque claro, no cobraban el mismo salario. Lo único que no tenían permitido las mujeres era arrendar, eso era cosa de hombres.

Caridad Acosta Rivero

Grandes fincas y trabajo de medianeros y jornaleros

Las producciones en Valle de Guerra estaban en las manos de grandes propietarios como los Monteverde Ascanio, Manuel González Aledo, Benítez de Lugo, Alonso Martínez de Salazar, Enriqueta de la Torre o Emérita Jorge del Castillo, entre otras personas. Para ellos trabajaban la mayor parte de valleros y valleras.

Quienes mejores condiciones tenían eran los medianeros, que vivían en viviendas aprestadas por los señores en el interior de las fincas y gozaban de mejores prerrogativas. Por su parte, la vida más dura era la de los jornaleros y jornaleras, que cobraban un pequeño suelo por ir a trabajar en los campos, una actividad que muchas veces complementaban entre distintos cultivos y el trabajo del hogar.

Mi padre llegó a tener ocho medianeros. Eran personas que tú le dabas la tierra, le das el agua y ellos ponen el trabajo, se acostumbraba a sembrar tomateros, maíz en los surcos de los tomateros, bubangos por las orillas y un trocito de papas, en las suertes plantaban maíz, cebollas, ajos... Los medianeros eran vecinos de aquí, de Valle Guerra, y me acuerdo que yo más chica llegó a venir una gente de La Esperanza que se quedaban allí en el granero. Mi padre le cogía las medias de los tomates y el dinero, lo demás era para ellos.

Dolores Pérez Pérez

Viví cuando chica en muchos sitios. Cuando mis padres se casaron se fueron a vivir a un cuartito que les dejó mi tía Concha que estaba casada con don Matías de Armas por debajo de la finca de Carta. Allí nací yo. Al poco ya se fueron a vivir a la finca de don Melchor Luz, mis padres trabajaban en la finca y vivimos primero cerca de la iglesia San Francisco

y luego en el Tostón, una casita un poco más allá. Por allí también pasábamos los animales reses, cochinos y dos camellos que usábamos para transportar hierba y lo que hiciera falta.

Aurelia Reyes Gutiérrez

Yo recuerdo ir con mis hermanos a la finca de don Roberto, allí sembrábamos tomates y hacíamos de todo. La finca estaba por el barranco de Las Cuevas, al lado de El Apio, allí mi padre trabajaba y también trabajaba en la finca de la marquesa de Arucas, en el otro extremo.

Miguel Pérez González

A los 15 años empecé a trabajar en la Finca de los Martínez, tenían plataneras, tabaco y criaban cochinos, mi trabajo principal era limpiar la casa de los encargados, guisar plátanos en bidones para darle de comer a los cochinos y preparar las grandes comidas para cuando vinieran los dueños, esas comidas eran: guisar ñames (que me pegaba más de 8 horas para guisarlos en bidones y que terminaba toda tiznada por el humo), hacer pescado salado, carne de gruesa de cochino y realizar todos los preparativos para el banquete.

M^a Luisa González Pérez

El tomate, las plagas y los nuevos cultivos

El tomate fue el cultivo principal durante las primeras décadas del siglo XX. Muchos recuerdan la labor de sus padres en grandes o pequeñas plantaciones. Pero también fue muy importante el trabajo de niños y niñas en esa recogida del tomate, era un necesario complemento para las precarias economías familiares. La presencia de múltiples empaquetados por la geografía del Valle

demuestra el elevado volumen de la cosecha y de la relevancia del trabajo que generaba. Algunos testimonios indican cómo el empaquetado de tomates se hacía durante los meses de verano, incluyendo las noches.

Las tierras de Valle de Guerra se reconvirtieron al regadío en la década de los años treinta con la canalización de las aguas del Canal de Mesa y del Canal del Pris y, después, con las del Canal del Norte o Canal de Araca. Con la llegada del regadío también aparecieron las enfermedades y plagas, que atacaron especialmente al cultivo de los tomates. Esto llevó al abandono de su producción, favoreciendo la del tabaco, la cochinilla, el algodón y la caña de azúcar. Mucho más tarde llegaría el plátano y, por último, las flores.

Otros cultivos que se reintrodujeron en la primera mitad del siglo XX fueron el tabaco y el algodón. El tabaco tuvo dos etapas de producción. Durante la primera, entre 1864 y 1866, casi se abandona su cultivo porque apenas se exportaba. En 1918, tras la I Guerra Mundial, al no poder importar las hojas de tabaco de otros lugares, su producción se vuelve a impulsar. Por su parte, el algodón fue uno de los cultivos casi abandonados a principios del siglo XX, y que se va a recuperar tras la Guerra Civil. La ocupación en el territorio de esos cultivos será muy diferente. El tabaco se cultivará en las zonas altas, “para arriba, para San Francisco” según se recuerda, mientras que el algodón se dará en la costa. En la década de los cincuenta estos productos, junto con la caña, sufrirán un periodo de inestabilidad y un importante retroceso.

Yo me recuerdo cuando sembrábamos los tomates y luego los recogíamos y llevábamos en cestos, caminando, hasta lo que hoy es la Carretera General y allí había un sitio que se empaquetaban y de allí los llevaban a Santa Cruz para embarcar.

Ramón Pérez Aguilar

Con unos pinchos se marcaba un trozo de toda la huerta, y los ponían a trabajar de ajuste le decían, cuando se terminaba ese espacio que había marcado ya el día lo tenían ganado. Los hombres eran los que llenaban las cestas, ellas las cargaban y los hombres cobraban siempre un poquito más, no sé si era porque eran hombres o por lo que era, pero en eso seguimos casi igual.

María Felisa León Santana

Las mujeres también se dedicaban a la cochinilla. Yo no trabajé cogiendo cochinilla, pero iba de vez en cuando con mi prima buscando cochinilla para recoger y venderla luego para sacar unas perrillas. Recuerdo que se la vendíamos a don Antonio el de correos. Pero había mujeres que se dedicaban plenamente a eso. La cochinilla, eso era un bichito que le salía a las tuneras, los hombres plantaban las tuneras, pero las mujeres eran las que más se dedicaban a cuidarlas y recogerlas. Con eso se hacían tintas por eso se vendía tan bien desde la época de mis abuelos hasta los años 70 más o menos.

Se iba a buscar la semilla, así llamábamos a ese bichito, a La Cuesta o también venían mujeres del sur vendiéndola. Ese bichito se ponía en unos pañitos y esos pañitos se colocaban en las pencas y se esperaba hasta que desovaran y se llenaran de cochinilla. Cuando pasaban unos meses se recogían con unos cacharritos y se secaban al sol para vender. Mucha gente no las secaba mucho para que pesara un poco más. No se sacaba mucho dinero, veces se vendía más barato, veces un poco más caro. Las de la Casa de Armas sí las ponían a secar porque esa gente tenía 17 medianeros con sus casas y las vendían al extranjero.

M^a del Rosario Hernández Ramos

El tabaco, que se produjo mucho tiempo y era también otra fuente de riqueza que tenía una enorme salida y, entonces, cuando desaparecieron los tomates y el tabaco, comenzó el algodón. Mi padre era delegado de una de las dos compañías que había en ese momento que recogían algodón. Con el algodón había que tener mucho cuidado porque la cascarita seca que tenía era cortante y peligrosa y había que eliminarla. Pero fue también una buena salida para los agricultores.

Blas Cairós Pérez

El tabaco se llevaba a La Hondura donde estaba Leoncio, un hombre que se hizo millonario recogiendo el tabaco por toda la isla. En La Hondura tenía mujeres que lo colocaban en pillas, pero antes lo rociaban con unas gotitas de agua para ponerlo más suave y después se lo vendía a las fábricas de tabaco, a la fedora, a la 46, y otras que no recuerdo el nombre. Y el algodón me acuerdo que todo el mundo lo plantaba y se llevaba a los salones de don Gerónimo que estaban donde está ahora el Némesis. Había que coger el algodón terciados los días porque si no lo abrías se caía al suelo y a veces había que tener cuidado porque había mucha pata de gallina y después había que estarlo separando. Se ponía en sacos, había que coger mucho porque no pesaba nada y cuando usted recaudaba la mitad o lo terminaba todo entonces lo llevaban a esos salones que yo le digo y allí se cargaban para llevar a Santa Cruz, pa' Taco. Yo me acuerdo de ir, yo soltero, a llevarlo. En ese sitio le terminaban de quitar las pipas con unas máquinas, esa era la semilla que quedaba para sembrar y lo que quedaba era como una seda que se lo llevaban en camiones al muelle pa' mandarlo a la península. Luego pa' volver a sembrarlo había que ir a don Gerónimo a comprarle uno o dos kilos de semilla.

Agustín Hernández Ramos



Agustín Hernández Ramos



Miguel Pérez González

El plátano y el empaquetado, un trabajo sin género

Con la llegada y expansión del plátano, gracias también al regadío, grandes roturaciones de terreno pasaron a producir únicamente este cultivo. Era un trabajo duro que no distinguía del género de las personas, de su condición o edad, y que a lo largo de los años sus duras exigencias han pasado factura a muchas de ellas. La tarea de la tierra, trasladar las piñas de plátano o los abonos incidió en espaldas, piernas y cuellos.

Para absorber la producción se desarrollaron los empaquetados, en los que trabajaba buena parte de la población de Valle de Guerra. El proceso de empaquetar las manillas de plátano nos lo relata Agustín Hernández Ramos y lo podemos completar con fotografías de la época, en las que apreciamos que no existían ni indumentarias adecuadas para el trabajo ni medidas higiénicas, y era habitual la costumbre de fumar mientras se trabajaba. Gran parte de los trabajadores de la Comarca, desde Valle de Guerra a Tejina, fueron empleados por la Compañía Agrícola de Tenerife S.A., que llegó a crear numerosos puestos de trabajo.

La platanera vino más tarde, pa' los años 50 que yo recuerdo que era chico, yo nací en el 38, y tendría yo 12 o 13 años cuando estaban roturando todo esto para sembrar de plataneras, porque antiguamente todo era risco. Lo sembraban tanto los grandes como los chicos porque yo recuerdo que mi padre también plantó en un trozo pequeño que tenía.

Eso se cortaban unos rollos grandes de papeles que venían, se cortaban a la medida, dos metros o eso, el compañero se ponía delante, se abría el papel, se ponía la pinocha, se doblaba por cada lado unos 20 centímetros y luego se envolcaba la piña, luego se cerraba con el hilo gordo que ya estaba al centro, lo amarrabas y empaquetabas. La pinocha la traían de La Esperanza y cuando las mujeres no tenían mucho trabajo se

ponían a hacer los tacos, porque si en las piñas las manillas estaban muy separadas una de otra al empaquetar hacía vano y se podían partir, entonces en esos agujeros se ponían los tacos, se hacían un montón de tacos que daba miedo y se ponían en el salón que por fuera había una huerta y la pinocha se apilaba detrás con cuidado para que en invierno no se pudriera. Ya hoy no se usa pinocha ni nada.

Agustín Hernández Ramos

El trabajo era el mismo de los hombres, cargando piñas, descargando piñas de los camiones... pero el sueldo era mucho menos que el hombre, y haciendo lo mismos trabajos tan forzudos. Hoy en día yo me siento bien, pero de las mismas compañeras que yo tuve están todas destrozadas, muchas están hasta en sillas de ruedas. Las piernas, la columna, todos los huesos débiles, gracias a dios yo estoy bien en ese sentido.

María Candelaria Ramos Martín

La platanera también es antigua porque yo recuerdo que mi padre trabajó en la finca de plátanos de don Miguel Ascanio, pero luego fracasó el plátano y volvió a plantarse cuando roturaron la tierra por los años cincuenta. Trabajaba en la finca de Juan Yáñez (que la tenía como recreo) y luego la vendió en el 58-59 a don Nicolás González del Carmen, que era de Los Realejos. Mucha gente trabajaba en la platanera en la Finca Calzadilla en el 58, año en que me fui al cuartel.

Ramón Pérez Aguilar

Empecé a trabajar tarde, quizás empecé aquí al lado cuando ya tenía 15 o 16 años en una finca de plataneras, a cortar hojas, a esgomillar y así hasta que fui saliendo de ahí. Después fui a trabajar a la Compañía, a Tagoro. Me levantaba a las 8 de la mañana e iba caminando con un cesto en la mano hasta

Tagoro. Cuando trabajaba no me contrataban, era de palabra, trabajé muchos años en las cuevas aquí abajo, y allá en Tagoro. Por el mismo trabajo el hombre cobraba más, siempre el hombre cobraba más que la mujer, aunque no me parecía bien tenía que trabajar porque no había otra cosa.

Dolores Rodríguez López

Yo empecé a trabajar en la Compañía Agrícola, que hoy es Catesa, a los 14 años, también sin contrato. En aquella época no se hacían contratos, sino que te hacían fijo en plantilla, eso te decían. Allí cargaba tierra al hombro cuando se estaban roturando las tierras, a los 18 años pasé al empaquetado de la misma compañía y cobraba un poco más. Me marché del empaquetado a los 22 años después de salir del cuartel, me fui al empaquetado de Aurelio Cristiano, sería por 1965, ya no estaba Gerónimo. El empaquetado de Aurelio estaba en el solar que hoy están las guaguas de Cairós, al lado del cementerio. De este empaquetado volví a la Compañía hasta que me retiraron.

Norberto López Hernández



Empaquetado de plátanos de Tejina, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Empaquetado de plátanos, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Los invernaderos, estructuras de evolución histórica

A lo largo de cinco décadas, los invernaderos han formado parte del paisaje de Tejina y Valle de Guerra, extendiéndose desde la costa hasta las medianías. Los primeros invernaderos, de madera, cristal y plástico, se construyeron a principios de los sesenta. Sus esqueletos reflejan cómo han ido evolucionando y cambiando a lo largo de los años. Los invernaderos de cristal, en el Camino de San Francisco, son un buen ejemplo de pervivencia de estas antiguas estructuras a lo largo de los años, ya que posteriormente pasaron a destinarse a la cría de flores.

En los invernaderos trabajé hasta que me retiré, toda una vida dedicada al cultivo, a preparar la tierra, a sembrar, a abonar, a regar y a recoger. Los primeros invernaderos se hicieron por los años 1964, eran de madera y plásticos. Recuerdo el del solar de Pepe García Sabina que se plantaba verduras.

Carmen Herrera Adrián

Se llegó al momento en que todo era verde, porque estaba todo sembrado de plataneras y no había invernaderos. Después, también empezó la época de las flores, los invernaderos de flores. Quien tenía lo de las flores aquí fue la familia de don Cándido García Dorta y doña Petra San Juan. Una de las flores primeras que empezaron aquí fueron los rabos de tigre (sansivierias).

Blas Cairós Pérez



Invernaderos de cristal, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Invernaderos, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Invernaderos, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Invernaderos de cristal en la actualidad

La caña de azúcar, el trapiche y la destilería

La caña de azúcar, o “caña dulce” como es conocida coloquialmente, tuvo una fuerte presencia en los cultivos de las Islas a principios del siglo XVI, durante los primeros años tras la conquista. En Valle de Guerra y Tejina su cultivo se recuperó desde principios del siglo XX, exactamente en 1903, como comentan algunos vecinos. Y con una gran presencia a partir de 1930, tanto en pequeñas huertas como en las grandes plantaciones de Juan Núñez, ubicadas por debajo del Consumo y la finca de don Eugenio. El trapiche más importante se instaló en Tejina, y se remonta a 1908, cuando era una construcción rudimentaria cerca del actual IES Dr. Antonio González. De las grandes plantaciones de Valle de Guerra se trasladaban las cañas en carretas y yuntas hasta Tejina. El humo de hervir la caña salía por grandes chimeneas, con leña traída desde Pedro Álvarez y la Cruz del Carmen, extrayendo su jugo, para luego clarificarse, cristalizarse y separar el azúcar, que en un principio era morena. Además, los desperdicios de la caña de azúcar, los “tirirines”, sobrantes tras su corte, servían de alimento para los cerdos y de camas para el ganado.

De estas plantaciones y producciones de caña de azúcar surgió una de las infraestructuras que tiene grabada en sus muros la historia de la Comarca. Se trata de la Destilería San Bartolomé de Tejina. Fundada en 1948 de la mano de Alfredo Martín Reyes, José Rodríguez Tascón e Hijos de Juan Rodríguez S.A., se vinculó a las grandes plantaciones de caña de azúcar de la zona. Su actividad creció hasta tal punto que la familia Martín Rodríguez, propietaria de Arehucas, se fijó en Destilería de Tejina y sumó a su grupo esta empresa familiar. En 1975, se convirtió en la Cooperativa Canaria de Aguardientes y Licores, pasando a realizar las labores de envasados en el lugar. El cultivo de la caña de azúcar se extinguió en 1982, pero la empresa sigue produciendo principalmente ron y otros productos relacionados con este oro líquido, para lo que han necesitado buscar destilados parecidos en otras zonas del mundo.

En el Valle se plantaba mucha caña de azúcar y la trabajaban hombres y mujeres. En principio el Trapiche iba a ser aquí, en el Valle, en un solar que tenía don Salvador Núñez en el Pasito, en Las Toscas y no sé qué pasó ahí que después lo hicieron en Tejina. La caña dulce y el tabaco se plantaba desde la época de mis abuelos. El tabaco luego fracasó y volvió a plantarse después de la guerra.

Ramón Pérez Aguilar

Me acuerdo que la caña de azúcar se molía en el trapiche de Tejina. La verdad es que el primer trapiche se quiso hacer aquí en Valle de Guerra, pero cobraban mucho por el solar y se lo llevaron a Tejina. Recuerdo cuando venían de Tejina los camiones llenos de los tronquitos que no servían, los bagazos para enterrarlos en las plataneras, servían como de estiércol. El jugo que se sacaba de la caña era como un guarapo con el que hacían ron, anís y esas cosas, pero yo creo que al principio no se hacía aquí, sino que todos los cosecheros la llevaban ahí y luego se llevaba en camiones a Santa Cruz. Había otros sitios como sucursales por donde pasaban los camiones recogiendo la cosecha como en Tacoronte.

Agustín Hernández Ramos

Trabajar en las plataneras, en el algodón y en la caña dulce, era un trabajo duro, pero al menos cotizabas. Fue una época donde muchas mujeres jóvenes empezaron a trabajar con contrato debido al boom, sobre todo, de la caña dulce en la zona, que se llevaba al trapiche, a la destilería de San Bartolomé en Tejina, camino hacia La Barranquera. Fue donde primero se hizo azúcar moreno, miel de caña y, luego, ron.

María Felisa León Santana



Cultivo y recogida de la caña de azúcar, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Destilería San Bartolomé de Tejina

El agua, un recurso fundamental

El agua era el bien máspreciado. De ella surgían el resto de las pocas riquezas que tenía el Valle. En las décadas más remotas se construyeron estanques para poder retener el agua que caía desde el cielo, y también para almacenar el procedente de las canalizaciones o galerías. Se construyeron estanques y atarjeas. Las mujeres eran las encargadas de ir a por el agua, las cargaban en la cabeza desde la fuente de El Apio, la de Milán o el Palomo, en Tejina, hasta sus viviendas. Hasta bien entrados los años sesenta no se conocen lavadoras, por lo que otra de las actividades que se realizaba en estas zonas era lavar la ropa a mano en barrancos, cerca de cualquier fuente. Esta rutina convertía a las tareas relacionadas con el agua en lugares de socialización, charlas con amigas y algún que otro enamorado que iba a buscar a su pretendida cuando ella salía a por el agua.

Los pozos no eran la forma más habitual de captar agua, pero a finales del siglo XIX se necesitaron para los cultivos de exportación, primero con máquinas de vapor y, más tarde, de motores de diésel. Desde finales de los años veinte se empezaron a construir grandes pozos industriales, el primero de ellos, en 1925, fue el de La Noria, situado cerca de La Hondura y que con el tiempo añadió unos lavaderos para la ropa. El pozo de La Noria llegó a dar hasta ochenta pipas de agua según los vecinos, logrando abastecer incluso a los cercanos lavaderos. Tras él, se construyeron muchos más, de los que hemos podido documentar hasta once, como el Pozo de la Majada, el de Los Pilonos o el de Los Pascuales.

Los canales también se convirtieron en un bien fundamental para traer el agua desde las fuentes naturales: la fuente de Juan Fernández, entre el Prís y Valle de Guerra, y la fuente Paloma. Venían dos canales, uno del Prís, que exigía apuntarse en la oficina del agua para su uso, y otro del Guancho, desde Mesa del Mar. Especial relevancia tuvo el Canal del Norte o de Araca, del cual se conserva el recuerdo de la buena calidad del agua, muy superior a la de pozos y galerías.



*Nota mecanografiada por el fotógrafo Vicente Pérez Melián: Pozo Los Pilones. Después de tantos esfuerzos y sacrificios, el trabajo perseverante se ve recompensado con el alumbramiento del agua.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián*



Nota mecanografiada por el fotógrafo Vicente Pérez Melián: dos fotografías del año 1925 cuando se llevó a cabo la perforación del pozo de "La Noria". El señor con las manos en el bolsillo es D. Amado de la Cruz, y el que le acompaña, vestido de negro, es D. Pancho Padilla. Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Mujeres en las sorribas, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Siempre me pregunto cómo es posible que Valle de Guerra tuviera los mejores cultivos de caña de azúcar, algodón, tabaco, plátanos, beterradas, batatas... con tan sólo el agua del cielo, antes de abrirse los canales de la Mesa y el Pris que se recolectaban los productos, unos se mandaban fuera y otros eran para mandar al Trapiche de Tejina, a toda la isla e incluso hasta Las Palmas y que, actualmente, lo único que produce son flores y algunas verduras.

Ramón Pérez Aguilar

Cargábamos el agua del tomadero que venía del Canal del Norte, allí lavaba la ropa mi madre y con el agua que cargábamos, con esa se regaba y se hacía de todo. Algunas veces íbamos desde allí hasta la fuentecilla de El Apio a buscar el agua y, por supuesto caminando con el agua a la cabeza.

Aurelia Gutiérrez Reyes

Cuando yo tenía 17 o 18 años una cosa así, yo vi a Fermina y me fue gustando. Empecé a enamorarla y la acompañaba a buscar el agua. Siempre decimos de burla que agarraba el cubo de agua y lo derramaba en la puerta de la casa para que la volviera a acompañar a buscar más agua.

Antonio López González

Cerca de casa estaba el pozo de La Noria y mucha gente de todos sitios del Valle iba a cargar agua de allí. En casa, como había un aljibe, teníamos una piedra de lavar y me acuerdo como mi madre le lavaba la ropa a la gente más pudiente.

Carmen Herrera Adirán

El agua para regar era la del Pris, no había otra agua, y había que apuntarse en una oficina, te apuntabas hoy y el agua te la daban a los quince días cuando las plantas ya estaban secas. Y a pesar de eso teníamos que adular y pagar con una cuarta de vino al cañero porque si no, no nos la daba o para que no nos diera menos agua... y ahora llego yo abro el grifo y riego todo esto de una vez sola y en menos de 20 minutos... las vueltas que ha dado la vida. Antes el agua era del Pris y cuando no de la Mesa... fijate tú que la galería del Pris la hicieron en 1928, ocho años antes de yo nacer y la de la Mesa igual, lo que pasa que la del Pris se la vendieron al Cabildo y la de la Mesa la tiene Teidagua allá en Mesas del Mar.

Agustín Hernández Ramos



Carmen Herrera Adrián



precio	C. POTATO
origen	Spain
P.V.P.	1.90

SALAMI
1.300

CAPÍTULO 5

ALGO PARA LLEVARSE A LA BOCA. ECONOMÍA DOMÉSTICA Y ALIMENTACIÓN

La alimentación, dar de comer a la familia, trabajar para mantener a hijos o hermanos, era la labor fundamental de la vida en Valle de Guerra durante toda su historia. Una realidad marcada por la carestía y el racionamiento que hacía que las recetas y los productos fueran siempre escasos. Sin embargo, muchos recuerdos guardan el cariño del trabajo en la cocina de mamá o la abuela, que con lo poco que tenían daban de comer a extensas familias y que, con suerte, muchas veces llegan hasta los paladares de hoy en día. Los productos, las comidas y el recuerdo de nuestras recetas son un patrimonio inmaterial muy importante en nuestra historia.

La fórmula más habitual para poder alimentar a la familia era el autoabastecimiento. Las casas tenían aquello que necesitaban para mantenerse: huertas y algunos animales. Era rara la casa que no tuviera cabras, conejos o cochinos, entre otros animales. Se cocinaba con los recursos del entorno, como la leña que se recogía en Pedro Álvarez. Además, se trabajaba fuera de la casa para conseguir algo más con lo que completar lo que cada cual producía.

El trueque o intercambio era una práctica muy habitual, usual en los pueblos en los que el dinero en metálico es un bien escaso. Quienes pescaban cambiaban parte de su captura por papas o huevos, y quien tenía papas buscaba algo de leche. Algo destacable es que el Valle nunca fue una zona donde se plantaran muchos árboles frutales, pero sí destaca la higuera, del que se comía o se secaba su fruto para estos intercambios.

La alimentación del día a día quedaba en unas pocas recetas, con productos de la zona, de la huerta o de la cercana costa. Los menús se repetían y eran acompañados de mucha hambre. La alimentación fue precaria y la gran preocupación de los progenitores era normalmente cómo alimentar a sus hijos.

Nosotros antes sembrábamos muchas papas y las vendíamos. Nosotros llegamos a llenar todo esto y se vendían bastantes kilos, este año solo vendí 300 kilos porque no había sino una huerta, pero antes sembrábamos en Tagoro y esas huertas de ahí debajo y se cogían muchas papas.

Brunequilda Rodríguez Rivero

En la huerta solíamos tener coles, algún bubango, calabaza, cebollas, ajos... poca cosa, pero siempre había algo. La repasaya era hierba. Mi madre iba a coger la hierba para las cabras, que teníamos cabras, gallinas, conejos... y lo primero que hacía cuando traía la hierba era coger la cerraja, cogía la mejor, la traía para mi casa, la ponía encima de la mesa, y la comíamos con el gofío. Es como la lechuga, era hierba, pero buena de comer.

La comida que me ponían era siempre la misma, dos papas, un huevo, pero no siempre, un cacho de sardina salada partida para tres personas... Los potajes siempre se hacían con verduras y grano, casi siempre, y a veces se hacían con lo poco que se cogía en la huerta de la casa. Carne no había, si matábamos una gallina o un conejo había carne, sino no había. Por las mañanas íbamos al gallinero y registrábamos a ver si había huevos, para intercambiar los huevos por sardinas saladas, cambiar oro por plata.

Fermina González García

En las familias muy grandes, para ayudar a la economía familiar si se tenía un trozo de tierra se plantaba trigo, millo, batatas, papas rosadas, autodate, morada -compraban las semillas- plantando inverneras (papas) y en verano, dos cosechas, y ajos, judías, garbanzos y cebollas. Las semillas se

iban a buscar al sur. Los animales que había aquí eran vacas, gallinas, conejos, cabras, y cochinos. Aquí contadas las casas que no tuvieran cabras, cochinos, gallinas y conejos, porque ya una vaca si es verdad que costaba más y había que tener un solar para eso. En todas las cosas no había solar para tener una cuadra para una vaca. Con las gallinas, mucha gente vendía los huevos y después compraban sardinas saladas, que eran más baratas.

Ramón Pérez Aguilar

Sembrábamos calabaza, habichuelas, millo, para sacar algunas perritas, sachando papas, batatas, era el trabajo de antes. Recuerdo que se hacían los canteros para sembrar tomates y se cavaba a gancha porque no había motores como ahora y después las surcábamos. Mis hermanas eran mayores y recuerdo que tenían las uñas negras de hacer surcos tanto en lo nuestro como fuera. Había gente que tenía mucho dinero y podía plantar la caña dulce, otros no tenían nada y nosotros a suponer al menos teníamos unos pedacitos de tierra que nos dejó mis abuelos. Era como hoy que habían algunos que no tenían ni donde caerse muertos. Nosotros llegamos a sembrar tabaco para vender, cuando estaban las hojas grandes se cogían hoja por hoja y se enhebraban con un hilo que comprábamos y lo poníamos a secar y después lo vendíamos, y barato, a lo mejor a 3 o 4 pesetas el kilo, si acaso, todo era así.

Metíamos gofio en un lebrillo grande, hacíamos una montaña como un Teide y lo regábamos de leche y a revolver y a comer diez personas, mis padres y los hijos. ¡qué poco bueno era, lo recuerdo como si fuera ahora mismo! Algunos desconuelos sí pasábamos, ni un trajito que ponerme, recuerdo que tenía doce años y ni unas cholas tenía. Pero otros estaban peor, no tenían ni para comer.

Aurelia Herrera Pérez



Aurelia Herrera Pérez

Venía esa mujer cargada con las cestas de cabrillas y mi abuela le daba huevos, papas o batatas y mi abuela tenía una hondilla blanca y ahí revolvía el potaje y gofio y guisaba unas cabrillas y yo me ponía sentadito en una esquina, pegadito a mi abuelo y me ponía a comer con él. Y cuando yo pasaba por ahí para cuando iba a llevar la comida a mis padres, me abría el cesto y me ponía la manilla de plátanos, sí él era muy cariñoso.

Agustín Hernández Ramos

Cuando yo fui mayor ya iba a vender el pescado y a veces no vendía porque había mucha gente vendiendo y yo veía que el pescado se iba a echar a perder y pensaba que era mejor regalarlo y así comíamos todos. Iba a casa de unas señoras y les decía: oye te regalo el pescado, un kilito o algo así pa' que tú me des otra cosa, si tienes huevos o si tú quieres darme otra cosa. Y entonces ella me decía pues sí, pues sí y me regalaba media docena de huevos o una según el pescado que yo le diera y entonces yo me iba con mis huevos.

Nosotros no comíamos verduras ni nada de eso, bueno las papas sí porque había un señor que plantaba muchas papas y como éramos muchos y le daba pena les decía a las trabajadoras que nos dieran algunas y ellas cuando las cavaban escondían algunas, las entullaban un poquito y cuando terminaban de trabajar nos avisaban para que fuéramos a cogerlas, mis hermanos subían y bajaban un saquito o dos y nos avisaban para que fuéramos a cogerlas.

Juana Herrera González



Juana Herrera González



Fotografía de campesinas con plataneras al fondo, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Mi madre tenía tres cabras y sacaba la leche de ahí para desayunar todos, pero cuando no había, porque las cabras no dan leche todo el año, desayunábamos con potaje y gofio. Ella tenía un caldero del número 32, muy grande y ahí hacía un potaje grande y no solo comíamos todos, sino que se juntaban más vecinos a comer, le traían algunas verduras y decían hoy comemos en casa de Irene y se devoraba el caldero de potaje. Los cochinos se mataban uno al año y se sacaba de ahí de todo, la manteca, la carne y todo, el día que se mataba comíamos carne de fiesta. La verdad que comíamos poco porque éramos muchos y ese cochino tenía que durar todo el año, no podíamos tener más porque se mantenían con las fregaduras de desperdicios de la casa. También había gallinas, pero un huevo duro se repartía para varios.

Norberto López Hernández

Si un producto destaca en todos los relatos es el gofio. La producción de trigo ha sido una constante hasta el siglo XX en el Valle, salvo en algunos momentos de sequía en el XIX. El gofio fue durante siglos el pan de las Islas y, en Valle de Guerra, constituyó también el alimento más consumido en la dieta de las personas más humildes, aunque también estaba presente en la mesa de los más adinerados.

Consumir gofio significaba tostar el grano en casa y llevar lo resultante al molino. Hasta hace bien poco, estas instalaciones han asumido todas las tareas en la producción de las harinas tostadas. Pero con anterioridad, lo más normal era que cada familia hiciera las tareas de cultivo, siembra, recolección y tostado de los granos, normalmente en tostadores de barro y usando como combustible la penca seca.

Las tareas de llevar el grano al molino y traer el gofio resultante estuvieron muchas veces en las pequeñas manos de los más jóvenes de la casa. Los molinos aparecen en el siglo XX

mecanizados y asumiendo la mayor parte de estas tareas. Se conservan en la memoria molinos como el de don Federico, en el Corazón de Jesús, el de don José López en El Calvario, el del padre de los López de La Laguna, incluso de ir hasta Tejina al molino de gofio que hoy conocemos como de Raúl y que aún sigue en funcionamiento.

Mis abuelos vivían abajo en el Pino, en un pajar que era donde cocinaban y un cuartito para dormir. Tenía tres cabras y mi tía que era muda tenía una y la leche brillaba. Yo me recuerdo de ir pequeño y ahí no se guisaba la leche, sino que tenían unos ganchos colgados en lo alto del pajar y unos cacharros de pastillas que venían antes y la leche se colgaba ahí, no se guisaba, había que comérsela cruda. Mi abuelo amasaba el gofio con un poco de potaje y hacía una pelota dura y luego le echaba la leche por encima e iba cortando y comiendo trocitos con leche.

Ellos tostaban el trigo con pencas secas en un balayo de esos de barro grande y con un remijiquero se revolvía, se iba dando vueltas y tostando el trigo. Ellos cosechaban el trigo también y lo majaban con una maceta de madera, hacían un manojo y sobre de otro palo iban majando porque allí no había era ni nada y así es como hacían el gofio.

Ramón Pérez Aguilar

Un alimento que nunca faltaba era el gofio, cultivábamos el millo y el grano lo llevábamos al molino y hacíamos la preciada harina.

Brunequilda Rodríguez Rivero

Recuerdo que mi madre amasaba gofio, el gofio se amasaba solo sin pescado ni nada porque no había nada, y del hambre que había eso bajaba solo. Al haber poca comida, los pobres se quitaban la comida de la boca para dársela a sus hijos, que eso lo vi yo con mis propios ojos y Fermina también lo ha dicho.

Antonio López González

Ir a buscar el trigo a Las Mercedes caminando y con doce años, al llegar, iba al molino y si me decían que solo se molía al final de la tarde, me quedaba para llevar el gofio a la costa

Concepción González Adrián

Teníamos un tostador de barro que hizo mi padre y lo teníamos fijo ahí. Tostábamos el grano y luego íbamos a molerlo al molino de don Federico en el Corazón de Jesús, que era el padre de una amiga mía. Había otro molino en El Calvario que era de don José López, el padre de los López de La Laguna.

Dolores Pérez Pérez

En la finca de Valle de Guerra se cosechaba millo que se llevaba al molino de gofio de Tejina, el de Raúl González, y de la finca del Marqués en Punta Hidalgo se traía higos de leche, y el trigo cosechado allí, para el gofio.

Caridad Acosta Rivero

También había otro molino que se hizo más tarde, ese fue de mi padre. Su primer propietario, quien lo mandó construir, fue un señor que emigró a Cuba y se llamaba Federico García Sabina, y cuando vino, como traía algo de plata comenzó un negocio de comercio de ultramarinos, que era donde antes

daban la comida por racionamientos, y también montó un molino de gofio, y compró varias fincas por la costa de Valle de Guerra. Este molino estaba en el Corazón de Jesús, en la misma esquina, al subir la calle Moya.

Blas Cairós Pérez

Pocos dulces había, pero, de vez en cuando alguna receta ha llegado a sobrevivir. Por ello merece la pena rescatar a una mujer del Valle que, aprendiendo de su madre, ha dado de comer muchas truchas de batata a familiares y vecinos. Ella es Juana Figueroa Pérez, del Pasito, que siendo una de los catorce hijos que tuvo su madre, fue la única que aprendió la receta y continuó con la tradición familiar. Con batatas, almendras, pasas, canela, limón, harina, aceite, matalahúva, anís y mucho secreto en el cariño ha pervivido a lo largo de generaciones uno de los dulces canarios más reconocibles.

Cuando se tenía un poquito más de dinero las dietas eran mucho más ricas y completas, disfrutando de alimentos tan poco comunes en otras mesas como las frutas, la mantequilla, el café o los dulces. Aunque el racionamiento había afectado a todos, la recuperación tras la época de mayor control fue mejor para unos que otros.

Muchas veces, incluso, podemos notar la diferencia en el relato de las comidas relacionadas con las festividades o momentos destacados del año, algo que las familias más humildes no tenían señalado en un calendario marcado por el trabajo diario. Se trataba de una alimentación con muchos contrastes en un lugar tan pequeño.

Con el paso de los años, el aperturismo de la dictadura y la llegada de productos internacionales, las mejoras en comunicación y servicios, los nuevos productos se fueron introduciendo, poco a poco, en las dietas de las poblaciones rurales. Carnes enlatadas, productos refrigerados como el jamón, nuevas legumbres importadas como el arroz, empezaron a ser consumidos por la población.

Las comidas que mi madre hacía cuando pasó un poco la época de la hambruna después de la guerra eran: rancho con judías, arroz amarillo los días especiales, a veces pescado que mi padre cogía, carne conejo por los días de la fiesta, la fruta era la que se obtenía de la huerta y los trueques que se hacían con otras personas, como intercambio de higos picos por peras u otras frutas que se daban en zonas altas.

M^a Luisa González Pérez

También cogíamos frutas como los nísperos, los higos picos e higos de leche, que los conocíamos como higos gomeros. La carne no era un alimento que consumiéramos mucho, sobre todo por las fiestas, era cuando se mataba alguna gallina para hacer sopa o algún conejo para arreglarlo en salmorejo. El pan también era algo escaso y en ocasiones especiales, como las fiestas, era cuando más lo comíamos.

Brunequilda Rodríguez Rivero

Con las gallinitas hacíamos un caldito que quedaba muy rico casi siempre en días especiales, el día del Rosario siempre porque era la patrona de Valle de Guerra. Las cabras eran para la leche, pero solo sacábamos leche, no hacíamos queso ni nada. Bueno con las vacas sí, cuando sacaba la leche de las vacas las dejaba de una noche para el día siguiente y luego batía la nata y hacía mantequilla. Teníamos el grano en el granero, en la esquina la derecha teníamos el trigo, en otra esquina el maíz y luego las papas en la esquina de la izquierda, en un ladito en el suelo.

Dolores Pérez Pérez

Ya más tarde, después de 1970 sí se comía otro tipo de alimentos como pastas o carne que se compraba en las ventas.

Carmen Herrera Adrián

Las comidas que se hacían eran potajes con las papas y verduras que se cogían en la finca, también sopas, pescado comprado en La Barranquera. Teníamos leche de las vacas y cabras que se criaban allí, y también gallinas, conejos, y un cochino. Además, íbamos a comprar carne a una carnicería que estaba en la calle San Agustín en La Laguna.

Caridad Acosta Rivero



Bopa
010
CULTURE



CAPÍTULO 6

**PIEDRA, TEJA Y CAL.
LOS HOGARES DE
VALLE DE GUERRA**

Las calles, los barrios y el pueblo cambian con el paso de los años, y sus casas también. ¡Cómo han cambiado en menos de un siglo las viviendas y el estilo de vida! La vida del pueblo es la que hacen sus vecinos y vecinas, la de sus hogares, las amistades, las reuniones de los hijos, las mañanas de camino y las tardes de charlas. Las viviendas canarias tras la posguerra no fueron las mejores. Para 1950 la mayor parte de las edificaciones eran anteriores a 1900, muchas no reunían condiciones mínimas de salubridad y el hacinamiento era la norma. La mayoría se levantaron gracias a la ayuda comunitaria, desde las cuevas primitivas a los núcleos actuales, compartidas muchas veces con animales de todo tipo. La vivienda era el lugar protagonista de gran parte de la vida cotidiana. Muchas de las labores se realizaban en la casa. Las comidas, el descanso, la infancia y las nuevas vidas que se formaban con los matrimonios tenían la casa como elemento central. Muchas de ellas ya no necesitan sus huertas y, en ocasiones, se han perdido, pero otras perviven como bonitos jardines o dando alguna que otra hortaliza fresca. El primer núcleo de viviendas documentado estaba en Las Toscas, consolidado desde el siglo XIX, junto a otros como La Hondura, El Cantillo y El Boquerón. Estos eran de casas pajizas, realizadas con muros de piedra y techos de paja.

Tener una vivienda familiar era un paso importante en el desarrollo personal, de forma que cuando se establecía un matrimonio era normal que este buscara una vivienda o empezara el trabajo de fabricarla o adecuarla, siguiendo el dicho popular “si te casas, te apartas”. Muchos testimonios nos cuentan que esperaron tiempo, meses o años, para la boda a fin de poder ahorrar un dinero para tener una casa propia. Después le seguía un duro trabajo de construir las viviendas, a veces en soledad y, a veces, con la ayuda de familiares y vecinos.

Las casas más humildes eran aquellas que habían adecuado las cuevas que existían en los barrancos, convirtiéndose en casas-cuevas que apenas se dividían con algunas telas de saco. Estas no tenían puertas ni ventanas, los fuegos para calentarse y hacer las comidas se situaban cerca de la entrada, mientras que el agua, bien muy escaso en toda la población, era aprovechada todo lo posible.

Juana Herrera, hija de pescadores, se crio en una cueva, primero en Tacoronte y luego en La Barranquera, junto a todos sus hermanos. Llegaron a vivir hasta diez personas en ella.

Dividimos la cueva para hacer una especie de cuartos porque resulta que estaban mis hermanos que era mayor de edad con novia y todo y entonces hicimos eso con unos papeles grandes, no sé si ustedes llegaron a ver eso que le decían papeles de salón que envolvían los plátanos, las piñas. Y mis padres compraron un poco de ese papel y dividieron esos cuartos para que mis hermanos se acostaran.

Después mi padre con cosas de palos y eso hicieron una cama como pa' nosotras, cama, pero con palos y colchones, un colchón de anea, pero claro se iba gastando y dormíamos más bien en el suelo, en las tablas que en el aquello, pero bueno en un sentido lo pasábamos bien, era lo que teníamos.

El fuego lo hacíamos dentro, en un ladito de la cueva. Allí salía y entraba el aire, hacíamos el fuego en un rinconito. Fregábamos la losa con paños y con un poquito de agua porque teníamos que ir a buscarla a La Hondura, en la Pared Grande había que cargarla en bidones grandes mi hermana y yo y lo llevábamos pa' la cueva caminando, caminando. No teníamos baño, todo se hacía por fuera, en cualquier sitio porque aquello todo era vendavales y pa' bañarnos, en ese estanque había una cueva y las tres hermanas íbamos juntas a bañarnos porque no nos gustaba sola, por si acaso fuera alguien y entonces entrábamos y se quedaba una por fuera y cuando se bañaban las dos, salían y se bañaba la otra y así nos asedábamos porque cogíamos el aguan y la volcábamos en un baño grande que teníamos dentro de la cueva.

Antes vendían terrenos con muchas piedras, muchos riscajos y mi marido y yo compramos uno aquí cerca de las Ánimas que no era llano, tuvimos que traer una excavadora que calaba dentro para romper las piedras y los riscos, y yo era casada

y mi marido y yo sacábamos las piedras para allanar, no teníamos a nadie más yo iba con mi niña enfermita porque nació mal y no caminaba. Y como digo yo las cosas iban viniendo porque los demás no te podían ayudar porque ellos también tenían sus cosas. Después hicimos el pozo negro, lo hicimos yo y mi marido a fuerza de mandarria, una cosa de hierro, y le mandaba y fue rompiendo hasta que dio con el volcán y se cargaban las piedras.

Juana Herrera González

Al año nos casamos y nos fuimos a vivir a dos cuartitos que yo había hecho aquí al lado de mis padres. Todo lo que cultivamos era para la casa. Todo lo que yo he trabajado lo he ido invirtiendo en esta casa. Esta casa la hice yo, cuando cobraba un plus iba comprando un camionito de arena, un camionito de bloques... y hasta hoy en día.

Miguel Pérez González

Con muchas dificultades y trabajando mano a mano, mi marido y yo construimos una casa con una sala y una galería. Yo, personalmente y con mi niño en mi barriga, ayudé a levantar aquella casa donde tuve a tres de mis seis hijos, con la ayuda de la partera y sufriendo mucho, en 9 años tuve seis hijos.

Juana Rodríguez González



Las viviendas que podíamos encontrar respondían a la arquitectura más tradicional, siendo pequeñas casas de una sola planta con muros realizados en piedra de la zona, unida mediante argamasa, techos de carpintería y teja. Los muebles y enseres también eran humildes, pero siempre trataban de aprovechar todo lo que se producía para tener las mayores comodidades a las que se pudiera aspirar. El espacio de viviendas siempre era compartido, no solo con la familia, sino también con los animales, que eran fuente de alimentación importantísima en la vida de los valleros y vallerías.

Al principio no había muros, eran paredes de piedra seca con lo que hubiera por fuera, luego se ponían con barro y piedras el que podía, las encalaba con cal. Y más tarde vino la moda de hacer los muros con cemento armado, aquí había pocas casas así, se hacían con arena de volcán y cemento y las paredes se hacían con moldes y mucho más tarde aparecieron los cantos que se traían de Jardina, de La Laguna se trajo mucho bloque. Los tejados eran con tejas y vigas de tea, las vigas eran palos de tea o riga. Eso hacían un envigado, unas tenían un selladizo y otras eran nada más que ripias donde alcanzaban la teja de una a otra porque todos no tenían dinero para hacer un selladizo de madera. Había teja urbana y teja inglesa que venía de Inglaterra exportada, que es la que es plana. En La Laguna había muchos hornos de teja.

Ramón Pérez Aguilar

Los colchones eran de fajines de las piñas de millo y qué buenos eran, porque dormíamos juntos acurrucaditos dos o tres en cada colchón.

Norberto López Hernández

Las casas eran como casas de campo, pero más bien a base de techos de tejado y las paredes de piedra y barro, porque el cemento se comenzó a utilizar más adelante. En esa época antes del cemento, también estaba la cal que venía de Fuerteventura; venía en piedra en los barcos que se descargaba, lo abrían aquí y después ya se empleaba para levantar las casas.

Blas Cairós Pérez

Con el cultivo del millo, aparte del gofio, aprovechábamos la fajina de las piñas; con las hojas más finas y centrales del fruto, una vez limpias y secas, para rellenar los colchones ya que en esa época no había otra cosa para dormir que el suelo, poner cualquier cosa encima o hacer unos colchones con sacos y rellenarlos con la fajina o también lo hacían con klim que era como paja seca.

Brunequilda Rodríguez Rivero

En casa, cuando yo era joven, teníamos una vaca, becerros, cuatro cabras; yo hacía todo, echaba de comer a los animales que teníamos, también a los cochinos y las gallinas. Aprendí a ordeñar desde joven, me encantaban los animales porque necesitan tanto cariño como la gente, ese fue un don que saqué de mi madre. Yo recuerdo que los pájaros que teníamos se le posaban en los hombros y cuando ella murió, dejaron de comer y a los pocos días murieron también.

Concepción González Adrián



Ramón Pérez Aguilar

“Las casas de arriba, las de los ricos”

El paisaje de los altos de Valle de Guerra estaba dominado por las haciendas, viviendas muy singulares de la arquitectura canaria, que podían llegar a tener hasta tres plantas. Sus techos eran de tea o pino sobre las que descansan techos de tejas a dos o cuatro aguas. Las estancias de la casa confluían en un patio interior y muchas de ellas tendrán oratorios privados, situados en la parte más alta de la casa, cerca de las habitaciones de los propietarios. Un elemento destacado eran las ermitas anexas a la casa a las que solían acudir los vecinos cuando se abrían la población cercana, como es el caso de la ermita de San Miguel.

El relato de quienes habitaron esas casas resulta muy diferente al de aquellos que ocuparon cuevas o pajeros. En él prima el entretenimiento, una alimentación más variada y una forma de vida muy poco habitual. Más alejadas, pero dentro de la propiedad, se encontraban las casas de los medianeros y sus familias, que eran realmente quienes habitaban de continuo la hacienda.

En Valle de Guerra todavía quedan viejas haciendas de los señores más ricos que tenían fincas y en donde trabajaban muchos pobres para sacar adelante a sus familias. Actualmente está el Museo de Historia donde la Casa de Carta, bueno nosotros siempre la hemos llamado la Finca la Carta y también quedan otras casonas que heredaron los Ascanios, los Guerra, los Armas... Esa gente tenía fuertes casas en La Laguna, aquí venían para controlar a los que trabajaban. Trabajaban a medias o por un jornal, pero no se crea usted que era a medias de lo que sacaban, a medias de todo, tenían que pagar los gastos de la siembra también y de lo que sacaban la mitad mejor era para el amo.

Agustín Hernández Ramos

Los terratenientes no vivían aquí, solo venían en la época del verano, pero no estaban fijos. Aquí estaban los mayores que eran los Ascanios, Monteverde, Calzadilla, Tabares... eran los herederos de eso que yo comenté antes de lo de Lope de Guerra, desde el Boquerón se miraba y todo esto era de uno solo.

Blas Cairós Pérez

Yo vivía en una casa de dos plantas, con techos a cuatro aguas, estaba en la zona de las Toscas de Abajo. En un principio era de don José Francisco de Paula de Armas García que murió en 1850 por ahí y que tenía muchas tierras por todo el Valle. Y esa casa fue pasando de generación en generación hasta llegar a mis padres.

Los vecinos nos llevábamos muy bien. Nos veíamos en el patio de mi casa que teníamos un banco hecho de piedra y nos reuníamos todas las tardes, unos iban y otros venían.

Mi casa tenía un granero en la parte de arriba donde se ponía el trigo, por un lado, por el otro el maíz y las papas por la otra esquina y los aperos de labranza entrando a la izquierda. Después tenía la parte baja que era la sala y dos dormitorios y la cocina por fuera. También había una gallanía donde estaban las vacas y las cabras. El servicio estaba un poco más lejos cerca del goro de los cochinos. Había una era que estaba plantada toda de pencas por los alrededores, que las plantó mi padre de higos picos amarillos, que las abonaba y las regaba y teníamos allí unos higuitos todos los años, muy buenos.

Por aquella calle pasaba una atarjea por donde iba el agua, nosotros teníamos un bidón grande que lo llenábamos y siempre teníamos agua. El tema de la higiene lo llevábamos en la gallanía donde estaban las vacas y las cabras, llevábamos el agua calentita poníamos una bañera en el suelo y allí nos bañábamos.

Al lado de lo nuestro en los Marques lindaba la finca de Nena, la prima que vivía en la casona del camino del Vino y al lado de ella estaba la finca de don José Morales. Por allí

también estaban las fincas de los Barbuzanos y los Faleros.

Teníamos otras fincas que estaban más cerca de Tejina a las que iba menos y recuerdo poco, una la llamaban la Pared Grande, pero creo que mi padre la vendió cuando yo era pequeña y otra situada al pie del camino, cerca del Realejo. Este recuerdo oír que se la arrebató un medianero que la trabajaba a mi padre.

Dolores Pérez Pérez

Los ricos vivían en casonas más arriba, pegados a la montaña, pero eran los que tenían las tierras hasta el mar y muchos tenían las tierras y vivían en otro sitio, solo venían a controlar la cosecha y sus cosas porque había mucha gente trabajando para ellos. Algunos propietarios dejaban que sus medianeros hicieran su casita dentro de sus tierras, pero otros no.

Ramón Pérez Aguilar

Las de la Casa de Armas si las ponían a secar porque esa gente tenía 17 medianeros con sus casas y la vendían al extranjero.

M^a del Rosario Hernández Ramos

Vivimos en Las Toscas hasta cuando yo tenía cuatro años y luego nos fuimos a vivir a la finca del Marqués en La Barranquera, donde mi padre era el recorredor de las fincas, y vivimos allí hasta que tuve veinte años. Mi padre había comprado la casa del cura que actualmente está enfrente de la gasolinera del Valle, donde nos fuimos a vivir.

Caridad Acosta Rivero



Dolores Pérez Pérez





CAPÍTULO 7

**LA VIDA QUE HABÍA
ERA LA DE LA FAMILIA**

La familia, de abuelos a nietos, era núcleo de vida, la aspiración y el motivo por el que tan duramente se trabajó. Su cuidado y los duros oficios no distinguían de géneros en cuanto al esfuerzo, y la dedicación. Los tempranos matrimonios y las políticas estatales en torno a los modelos católicos y conservadores, hacían que las familias fueran muy extensas, las infancias duras y el trabajo de los progenitores muy arduo.

Los hitos importantes de la vida pasaban, en su mayoría, por la parroquia. A principios de siglo, Valle de Guerra estaba vinculado a la parroquia de la Concepción de La Laguna. El 27 de octubre de 1924 se obtuvo el visto bueno para la creación de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario. Los días 29, 30 y 31 hubo una celebración en la Concepción, y el 1 de enero tuvo lugar la solemne creación oficial de la nueva parroquia.

El antiguo templo será sustituido por uno más moderno en marzo de 1965, en el día de San José. Las obras habían empezado el 21 de mayo de 1961. A principios de ese año ya se habían nombraron comisiones organizadoras de esos mismos actos, que consiguieron recaudar más de cien mil pesetas. Se imprimieron carteles, programas de mano, octavillas y recordatorios.

Al igual que los partos y nacimientos, la muerte formaban parte de la vida cotidiana del pueblo y sus habitantes, y también se vivía dentro de las casas. Con la llegada de la nueva parroquia ya no hubo que enterrar a vecinas y vecinos en el centro de La Laguna, lo cual conllevaba una peregrinación con el féretro durante días. De igual forma, fueron muchos los años del siglo XX donde los velatorios y duelos continuaban en las viviendas de los fallecidos y sus familiares.

Las bodas celebradas eran uno de los momentos fundamentales en la vida del pueblo y el desarrollo vital de sus habitantes. La vida antes de llegar al matrimonio se presumía desvinculada de relaciones, más allá del mero cortejo. Muchas de las valleras nos relatan la falta de información antes de su matrimonio sobre las relaciones sexuales y los embarazos.



Nota mecanografiada por el fotógrafo Vicente Pérez Melián: Casa del Capitán. D. Ignacio Pére [ilegible]. T.Abajo. Se aprecia la imagen de nuestra señora del Rosario. Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Las mujeres trabajamos igual que los hombres o más diría yo porque trabajábamos en el campo o donde fuera y luego en la casa también.

Dolores Rodríguez López

Era una casa de cuatro aguas, éramos una familia larga, y me acuerdo una de las veces que iba a nacer uno de los últimos que dormíamos en un cuarto pegado a mi padre.

Antonio López González

Después más tarde mi madre me explicó lo que era, pero hasta ahí no me había nadie nunca dicho nada. En la época de antes no se decía lo que nos iba a suceder, lo único que nos decían es ustedes no se lleven de los hombres.

M^a del Rosario Hernández Ramos

Pienso en mi boda como algo muy sencillo, aunque tampoco fue de lo peor para los tiempos que corrían de hambre y necesidad. Al menos pude ir con un traje blanco que me hizo una amiga y mi marido con chaqueta y pantalón que le hicieron sus primas que eran costureras. Fue un banquete de más de 100 personas, donde comimos papas arrugadas, bacalao, dulces y una tarta que me hizo mi vecina Mercedes López, a la que antes le tuve que llevar los ingredientes. También hubo un brindis con copas, aunque las pedí prestadas. Fui caminando desde Las Toscas hasta la iglesia. Mucho más tarde las novias iban a la iglesia en coche.

Brunequilda Rodríguez Rivero

Cuando me casé, me celebraron la boda y me compraron mi jueguito de cuarto. La dote era que mis padres tenían que comprarnos el juego de cuarto, las mesitas, las sillitas... en ese entonces se podía más porque ya trabajábamos todos y nuestros padres podían ayudarnos más.

Dolores Reyes Gutiérrez

Me casé casi desnuda se puede decir, porque mi hermana Lola me regaló ropa, me regaló mantas, me dio cositas porque yo no tenía nada. Todas las perras que ganaba se las cogía mi madre, me daba 15 pesetas en aquella época.

Juana Rodríguez González

Aunque mi marido me gustó desde el principio, hice la promesa de que no me casaría hasta los veinte años y que si tenía un hijo sería con un padre que fuese mi marido legal y así evitaría la letanía por la que pasó mi madre. Por eso, y al cabo de varios años de noviazgo, y tal y como habíamos planeado, nos casamos, aunque por cuestiones económicas no celebramos la boda como tal. Nuestra relación fue muy bonita y de total confianza, recuerdo que nos lo contábamos todo. Mi marido era un hombre decente y le quise con toda mi alma.

María Felisa León Santana

Antes las madres cuando queríamos separarnos de los maridos nos decían con la cuchara que agarres, de esa comes.

María Candelaria Ramos Martín

Me acuerdo cuando vino la gripe española que a mí me decían que una hermana de mi padre murió de eso y cuando vinieron de enterrarla encontraron al hijo muerto. En cada casa ponían una mesa y al difunto encima y allí lo velaban.

Dolores Pérez Pérez

El matrimonio era el inicio de nuevas etapas, lo que iba muchas veces unido al cambio de domicilio. A las bodas se llegaba con más o menos recursos. Muchos son los testimonios de quienes empezaron a trabajar desde muy jóvenes e iban guardando dinero para “comprar el ajuar para la boda”. Hubo muchas historias de amor y de buenos matrimonios en el Valle, pero también muchas historias de pareja que fueron mal. No podemos obviar la violencia que se vivió en muchos matrimonios y los malos tratos de los que pocas mujeres pudieron escapar.

Aunque el camino predeterminado era el del matrimonio heterosexual y la vida dedicada a los hijos, como el régimen franquista se encargó de imponer, siempre hubo excepciones a la norma que no podemos ignorar. En el Valle es destacado el caso de Rosario, quien además de ser una mujer cuyas ropas eran iguales que la de los hombres, ejercía un rol no sujeto a los estándares femeninos.

Tras la boda, la vida continuaba siendo la del trabajo rutinario y la de la maternidad y paternidad. Las familias extensas, formadas por muchos hijos e hijas, siguieron siendo la norma, lo que siempre implicaba un trabajo constante en el mantenimiento de la casa casi exclusivo de las mujeres y la disminución acusada de su tiempo libre.



Carmen Herrera Adrián y su marido Apolonio



Carmelo Rojas Suárez y
Aurelia Delgado Rodríguez



Aurelia Reyes Gutiérrez y
Miguel Pérez González



María Felisa León Santana

Antes las mujeres no podíamos hacer lo que queríamos, bueno yo conocí a una que sí hizo lo que quiso, era Rosario “la macha”, la llamaban así porque siempre vestía con pantalones de hombre y fumaba como ellos. Ella, con una palabra, dejaba callado a todo el mundo, aunque la criticaban porque vivía con una mujer y porque era distinta. Todo el mundo la quería mucho, era muy buena.

Dolores Rodríguez Rodríguez

Antes las mujeres estaban oprimidas, pero había mujeres valientes, que no les importaba nada, hacían su vida normal, se vestían como les daba la gana, si querían ponerse pantalones se los ponían. Yo conocí a una mujer que es mayor que yo, que desde que la conocí pequeña siempre vestía con pantalones y murió con pantalones, fumando, con un sombrero puesto, y haciendo su vida como les digo, como le daba la gana.

Tuvimos cuatro hijos, dos niñas y dos niños y, aunque vivimos con bastantes dificultades económicas, conseguimos, con mucho esfuerzo, vivir dignamente. Yo seguí teniendo hijos hasta que nos convertimos en una familia numerosa a la que cuidé prácticamente sola y, además del trabajo de la casa, también me ocupaba en la costura y en el ganchillo. En aquella época las labores de ganchillo estaban muy cotizadas, se vendían los mantelitos y todas las piezas de ganchillo, aunque ahora es un trabajo no valorado. Entre esto, y lo otro, fuimos tirando y pudiendo pagar el alquiler de la casa donde vivíamos los seis.

María Felisa León Santana

Me casé siendo una niña con 19 años, y después de casada no se podía salir con las amigas, era atender la casa, y después

a los 20 y pico años tuve el primer niño. En nueve años tuve 6 hijos, dos niñas y cuatro niños, después estuve 11 años sin tener ninguno y después apareció la más chica. Me quedé viuda a los 40 años, y la niña nació después del padre muerto.

Juana Rodríguez González

Mi marido era de Tejina, él pretendía a Constanza de Armas que era una prima mía. Mi padre no estaba de acuerdo con esa relación y él venía a enamorar al patio de casa cuando mi padre no estaba y un día se enfrentó y le dijo que se casaba conmigo. Y así fue, nos casamos el 22 de septiembre de 1948 y como él era de Tejina y trabajaba allí pues nos fuimos a vivir a Tejina, a la calle de la Fuente. Allí tuve mis 12 hijos: 9 mujeres y 3 hombres. Mi tía Francisca Pérez González me ayudaba mucho en la casa y, a medida que mis hijos iban creciendo, también se ayudaban entre ellos.

Dolores Pérez Pérez

El momento del parto era crítico, y aunque entraba dentro de la normalidad de la vida, siempre ha entrañado peligros. La falta de médicos era lo habitual, solo existían dos hospitales atendidos por monjas en el centro de La Laguna, que muy pocos podían permitirse, aunque contamos con algún caso, y los médicos se encontraban en Tacoronte o en Tejina. Por ello, lo habitual era que los partos fueran atendidos por parteras o curanderas, oficio más antiguo en la historia, en el interior de las casas de las futuras madres.

La vida que entonces se iniciaba tiene momentos e imágenes que valen la pena recuperar, porque son parte de actividades tradicionales, muchas veces, desaparecidas. La búsqueda del agua de forma diaria, las labores domésticas, los pocos productos elaborados que se podían comprar... El pluriempleo era una realidad, dentro de una economía en crisis, para poder alimentar

a estas grandes familias. El trabajo en el campo, en pequeñas industrias y en las huertas propias, se completaba con algún momento especial vivido en familia.

Antes las mujeres no parían en los hospitales como ahora sino en las casas y recuerdo a mi madre hablar de Claudina González Guanache, una mujer de principio de siglo que tuvo 11 hijos. Era una mujer alta y cariñosa, colaboraba con el médico que viniera en cualquier momento y con Servando el practicante. En algunas ocasiones salvó vidas que el médico ya daba por pedidas. Dicen que un día el médico puso en sus manos a una criatura que dio por muerta para que la preparara y ella, sin saber por qué, se empeñó en que todavía tenía vida y la salvó después de meterla varias veces en agua fría y caliente. Y también de M^a Gracia venía del Socorro, que a veces se le veía de noche venir con un farol y como llevaba unas tijeras para cortar la vida de los recién nacidos muchos hombres decían que la llevaba para defenderse de ellos, por si le salían por algún camino. Después estuvo también por aquí al lado doña Antonia Díaz que asistía todos los partos de esta calle del Moral que es donde he vivido después de casada. doña Antonia me asistió en el parto de mi hija, la mayor.

Estas mujeres, como todas las parteras de la época, conocían muchos remedios caseros hechos con cosas naturales para curar muchas enfermedades, incluso amortajaban a los difuntos.

Dolores Rodríguez López

Yo me casé en 1966 y tuve tres hijos, los tuve distanciados, dos varones y una hembra y entre medio tuve un aborto. Ya en ese entonces había clínicas, pero la gente seguía pariendo en sus casas. Yo tuve la suerte que parí mi primer hijo en Santa Cruz con un médico que se llamaba don Cristino, pero eso lo pagó mi tía porque estuve muchos años viviendo con ella y trabajando en su casa. El segundo lo tuve en el hospital porque

ya había seguridad social y el tercero en la Candelaria. Antes se paría en las casas porque no había clínicas como ahora ni tampoco medios, las mujeres daban a luz con una vecina o una amañada, iba y la atendía. Todos los partos de mi madre fueron así. Mi hermana dio a luz en mi casa con una vecina y fue muy fuerte, como no estaban preparados para ayudarla le desgarraron la vejiga o la matriz, mejor dicho, y de eso sufrió ella mucho después. Yo no conocí de pequeña ningún médico, tampoco venía ningún médico a atender un parto.

Fermina González García

Antes había una mujer comadrona, era amañada pero no de título, andaba siempre por aquí, y le daban algo por hacer el trabajo. Después más tarde vino don Servando, estaba allí en frente de Inma, y vivía allí.

Antonio López González

Lo normal era que las mujeres parieran en las casas, pero mi padre me pagó clínicas privadas en La Laguna y Santa Cruz para tener a mis dos hijas, la de don Cristino Díaz para dar a luz a mi hija Beatriz y la de don Antonio Rodríguez López cuando nació mi hija Clara Eugenia.

Caridad Acosta Rivero

Yo nací detrás del Teatro Leal, allí en La Laguna. Nací allí porque yo fui un parto de mellizos, de dos. Entonces nací allí por eso. Y allí en La Laguna viví hasta que la conocí a ella (Loli, su mujer), después nos fuimos a Santa Cruz y al final vinimos a Valle de Guerra.

Carmelo Rojas Suárez



Carmen Herrera González junto a su familia

Antes no había coche, no había nada, caminando íbamos y caminando veníamos. Y ya te digo con unos bidones encima de la cabeza que así estoy yo de dolores de la columna. Entonces resulta que ahí llevábamos el agua pa' tomar y pa' fregar, la misma la cogíamos de ahí. Y la ropa veníamos a un estanque que hay allí por encima de la cueva, a un cuarto de hora de camino, ponle. Y veníamos y pusimos piedras para estregar la ropa y la lavábamos, la cargábamos a la cabeza y la tendíamos en unas vergas que había por fuera de la cueva.

Juana Herrera González

El jabón, venían unas pastillas que le decían jabón lagarto y también venía una azul en unas barritas finitas. Nosotras comprábamos lo más barato para ahorrar porque no había jabones ni detergentes como ahora, y si los había mi madre no se lo podía permitir. ¡Desde niña, todo era a fuerza de trabajo!

Juana Herrera González

Mi padre se dedicó al campo y también a limpiar pozos negros porque había que sacar adelante a 16 hijos, 7 hembras y 5 varones. Llevo con mi mujer 60 años de casado, y mi mujer tiene mérito. Siempre nos llevábamos bien, los domingos que se podía salir salíamos, los domingos que no se podía salir porque íbamos mal de dinero no salíamos. Había que trabajar para los chiquillos. Ustedes saben dónde iba yo antes de ir a trabajar... allí arriba al fielato a buscar la leche para que se desayunaran los niños, y trabajar los domingos para poder tener un poquito más, y para que mis hijos tuvieran el pan de cada día.

Miguel Pérez González

No había luz sino a veces nos poníamos a bordar con la capuchina de petróleo. La leña la queríamos solo para hacer de comer.

Aurelia Herrera Pérez

Fui muy sujeta, no salía para ningún sitio, sino a trabajar y trabajar, sábados, domingos, lavaba la ropa... De lunes a sábado iba a trabajar al mercado, después venía y tenía que hacer comida y todo, cargar el agua, atender a los niños. Sin embargo, mi marido cogía y se marchaba, el cogía se iba y regresaba sobre las diez u once de la noche, y yo no tenía nada más que trabajo.

M^a del Rosario Hernández Ramos

Yo trabajaba por fuera, llegaba a mi casa, cogía el fardo e iba a la costa de Tejina a buscar hierba y venía con el saco de hierba en la cabeza. Recuerdo que embarazada, me lo cargaba otra amiga, y lo descargaba al lado de una tajea que había cerca de mi casa, y al día siguiente daba a luz. Tenía 7 cabras, teníamos conejos, teníamos gallinas, palomas, pájaros... todo eso lo atendía él, y yo me encargaba de mis 8 hijos. Los hombres en los trabajos ganaban más porque eran hombres, nosotras como éramos mujeres pues... hacíamos el mismo trabajo, pero era diferente.

Carmen Herrera Adrián

Casada no salía, solo se trabajaba... era trabajo y más trabajo y no se puede culpar al marido, era culpa de los dos, trabajamos para tener y mira... a día de hoy no tengo nada.

Dolores Rodríguez López

En los barrios se reunían los vecinos. Yo me recuerdo de chico sentarme en el suelo a oír a los mayores en la zona del Moral, donde lo llamaban el Ferrobero, porque había un árbol grande, un algarrobo, que tenía alrededor como un redondel de piedra seca y se sentaban los mayores: don Miguel García, don Constantino, don Modesto Herrera, don José Bello, Señor Antonio que le decían “el pelado”. Toda esa gente se reunía ahí y se ponían a leer el periódico, bueno el que lo leía siempre era Señor Modesto y los demás escuchaban.

Ramón Pérez Aguilar



Aurelia Delgado Rodríguez y
Carmelo Rojas Suárez



CAPÍTULO 8

**JUEGOS POCOS Y
ESCUELAS PARA
ALGUNOS.
LA INFANCIA ENTRE
LOS AÑOS TREINTA Y
CINCUENTA**

La infancia en los años cuarenta en Valle de Guerra poco tiene en común con lo que en el siglo XXI entendemos como propio de la niñez. Los niños y niñas, cuando podían caminar y moverse con soltura, eran considerados como hombres y mujeres pequeñitos. Los primeros años de vida de nuestros mayores estuvo marcado por la posguerra, la escasez y la necesidad de trabajar para poder mantener a extensas familias.

Los juegos y el entretenimiento fueron muchas veces de la mano de la imaginación. Pocas muñecas o cochecitos había, pero lo que sobraba eran manualidades, originalidad y ganas de crear.

Mi abuela era una mujer muy dura, muy ruda del sur, no nos dejaba jugar y nos obligaba, a mi prima y a mí, a pastorear las cabras, desde muy niñas íbamos a pastorear con ellas por los barrancos. Mi prima se llamaba Manola y tenía un don para el cante, por eso la llamaban Manola la cantaora. Era alegre y pícaro, continuamente me decía, vamos a llevarnos un poco de gofio y, a escondidas, ordeñamos las cabras y tomarnos una lechita calentita. Mi abuela prohibía todo, hasta ir a misa me estaba prohibido.

Juana Rodríguez González

Jugar se jugaba poco, hasta comer esnuncias era un entretenimiento. Las esnuncias llamábamos a una hierba mala que crecía en todos lados y que cogías la batatita que estaba debajo de la tierra, la lavabas o pelabas un poco y te la comías, sabían como a chufas. Las muñecas nos las hacíamos con los carozos del millo los pintábamos con un fisco de carbón y le poníamos unos trapitos como vestidos, le poníamos esos trapitos hasta a las piedras y las convertíamos en muñecas.

M^a del Rosario Hernández Ramos

[[Jugar] con los carozos de las piñas, una vez desgranado el millo, cuando pequeña, jugaba con ellos imaginando que eran animalitos como vaquitas o cabras.

Brunequilda Rodríguez Rivero

En los ratitos que teníamos jugábamos con las ortigas a picarnos porque no había otra cosa. Los chicos también jugaban con nosotras, pero en distinta manera, ellos jugaban a los boliches y a los arcos, y nosotras a las muñecas y esas cosas. Las muñecas eran de trapo y nos las hacía mi madre, porque antes no había muñecas.

Aurelia Reyes Gutiérrez

Los juguetes con que jugábamos los niños eran las cosas que habían, latas, piedras, cajas. Nos divertíamos con cualquier cosa.

Ramón Pérez Aguilar

La educación y trabajo en la infancia

Durante la II República, iniciada en 1931 y oficialmente diluida con el fin de la Guerra Civil en 1939, la educación tuvo un fuerte impulso en todo el país. En Canarias, las escuelas pasaron en este periodo de 745 a 1067, doblándose el número de maestros y maestras. El establecimiento de la dictadura franquista hizo que estas mejoras se ralentizaran e incluso se diera un paso atrás. Con muchos intelectuales, maestras y maestros en el exilio, se va a establecer una educación no accesible para todas las clases sociales, creciendo el analfabetismo. Se suprimió la educación mixta, creando “saberes para mujeres y hombres”, basados en el

dogmatismo, la religión, la autoridad del docente, el respeto y la disciplina física.

Las Primeras Letras o primaria se estableció como la enseñanza para las clases más humildes. Estaba establecida de manera muy laxa hasta los doce años, en aulas donde se mezclaba un alumnado de todas las edades. Realmente, para las clases humildes pocos fueron los que cumplieron esos años de aprendizaje en las aulas. Para las familias más acomodadas los jóvenes podían realizar el Bachillerato a través de pruebas de ingreso.

En Valle de Guerra, en los años cuarenta, se conocen cuatro escuelas. Dos de ellas en la zona de la plaza de la Iglesia, una para niños y otra para niñas, otra escuela en La Hondura para niñas y otra en la calle El Moral, cerca de La Paz, para niños. Aún se recuerda el nombre del maestro Fernando Romero.

A la maestra no le gustaba eso y me hacía ponerme de rodillas más de una vez. Recuerdo que por ese castigo murió una niña, porque de rodillas se clavó una astilla y se le infectó y no se le pudo curar.

Juana Rodríguez González

Las primeras escuelas que existieron aquí eran casas alquiladas, y los maestros venían de fuera. En esa época había escuelas, los maestros venían de fuera y las casas eran de alquiler. En la plaza había una de niños y otra de niñas.

Ramón Pérez Aguilar

En aquella época era la casita vieja de doña Eusebia, justo enfrente de don Leoncio, había como 15 niñas de distintas edades, y aprendí poco la verdad, jugábamos allí fuera y no

había niños. Los chicos estudiaban en la plaza, al lado de la Iglesia, ellos tenían más facilidades para salir y estudiar porque se pensaba que los estudios no les iban a servir a las chicas sino a ellos.

Juana Rodríguez González

Cuando era niño fui a la escuela pública de don José. Había dos escuelas para varones y dos para hembras. Íbamos unos 60 muchachos a la mía. Estudié hasta los trece años. Para los niños estaba el que estaba pegado a la iglesia al que iban también sobre 30 alumnos y el que estaba entre el barrio de La Palma y la calle El Moral, cerca de El Calvario y la venta de Rafael Ramos. Había dos colegios para niños y dos para niñas. Los de niñas estaban uno al lado de la iglesia e iban a él unas 30 niñas, el otro en por La Hondura al que iban igual número de niñas. Aquí, cerquita, en la calle El Moral donde llamaban el algarrobero porque había un árbol de algarrobo, pero muchos decían el Ferrobero, todavía está la antigua escuela que era una casa que alquilaba el ayuntamiento. Había tres grupos de niños, los más que sabían que se sentaban delante, los menos que sabían que se sentaban detrás y después para los aprendices había un cuarto y estábamos allí tirados como lechones, arrastrándonos por el piso (se ríe).

Ramón Pérez Aguilar

Había clases particulares también donde había que pagar, yo llegué a ir a clases de pago, pagaba mi madre 10 pesetas por nosotros al mes. Después de ir a la escuela, por la tarde nos pagaban 2 horas eso, para recuperar un poco más. Después cuando se terminaba la escuela íbamos a cuidar las gallinas, y a coger la hierba de los conejos, y si no cogías hierba no había cena. Cuando chico yo iba a la escuela y a cuidar las cabras porque no había otra cosa que hacer.

Agustín Hernández Ramos

La infancia estaba marcada por cuestiones de género y clase social. En las familias más humildes se estudió poco, pues el trabajo era la tónica general a partir de los ocho o nueve años. Las diferencias de género también marcaron la infancia. En las niñas se observa un aprendizaje centrado en las labores de mantenimiento y en el hogar, mientras los niños se formaban en diversos oficios tradicionales.

En el caso de las niñas, desde pequeñas, cuando ya podían realizar los trabajos físicos que exigía el campo, encontramos testimonios de sus labores en los cultivos, tanto en las huertas de sus casas como jornaleras en las grandes fincas. El trabajo infantil, mal pagado, fue lo que sacó adelante muchas campañas de recogida y siembra del Valle. Empujadas por la necesidad, las escuelas se abandonaban desde muy temprano. Pocas niñas llegaron, con doce años, a seguir en las aulas, ya que muy pronto las ponían a trabajar.

La otra parte de la infancia de las niñas estaba estrechamente relacionada con el aprendizaje de las tareas del hogar, que se suponía que debían saber cuando fueran adultas. La realidad esperaba de las mujeres, aparte de trabajar, que desempeñaran el papel de amas de casa y de cuidadores de la familia. Este rol lo aprendían y ejercían prontamente. Era muy habitual que, en una familia extensa, fueran las hermanas las que se ocupaban de las comidas y el mantenimiento de sus hermanos.

Cuando yo era pequeña fui a la escuela y no llegué a terminar tercero, porque me mandaron a recoger algodón y a coser tabaco para llevarle algunas pesetas a mi madre. Eso fue con 9 años y esa era la vida de la pobreza. De todas formas, mi madre me había hecho un babi de muselina con un precioso lazo azul en el cuello para ir a la escuela, pero nunca podía ir mucho.

M^a del Rosario Hernández Ramos



Fotografía de la escuela de la calle El Moral

Estudíe hasta los 12 años. Cuando tenía 5 años fui allí donde está la caja de ahorros a la escuela con una prima mía. Después cuando fui mayorcita estuve en la escuela pública en casa de doña Braulia, donde está el Bar de la Paz hoy. Y ya después cuando tenía que ir a trabajar y hacer el almuerzo para llevárselo a mi madre, iba por las tardes a la casa de las hijas de don Gregorio, que es arriba al lado de la finca de la Carta. Esa es la vida mía... trabajar e irte por fuera nunca, ni siquiera un día.

Brunequilla Rodríguez Rivero

Fui poquito tiempo a la escuela porque mis padres no podían tenerme en la escuela porque éramos muchos, 7 hijos, 3 mujeres y 4 varones, había que trabajar. Estuve poquito tiempo y no aprendí ni a leer ni a escribir.

Aurelia Reyes Gutiérrez

Cuando ya empecé a caminar, me daban un cestito pequeño para yo recoger los tomates pequeñitos mientras ellos estaban en su faena y así fueron pasando los años, entre una cosa y la otra, había animales y a veces estaba con ellos, con los baifitos y con los perros. Después cuando ya tuve 5 o 6 años ya tenía muchos días que me quedaba en mi casa con la vecina, y esa vecina pues me ayudó a ir a la escuela, fui un par de días a la escuela no fui mucho y entre tanto, transcurrió el tiempo hasta los 9 años.

Ir a la escuela no era una necesidad para los pobres, al menos para las niñas, la necesidad era comer y sobrevivir. Asistí poco y poco puedo decir de esa experiencia, me quedó mucha pena y poco puedo hablar de la maestra, doña Eusebia. Creo que, haciendo memoria, asistí dos o tres veces.

María Felisa León Santana

Con 8 años estaba trabajando en la caña dulce y las tomateras. Desde chiquita empecé a trabajar porque era vida de pobres y mi madre y mis padres también estaban trabajando y nosotros teníamos que arreglar las cosas de la casa y no fuimos al colegio sino muy poco. Después, a los 10 me llevaron al salón de los plátanos y a los 16 años después de trabajar en el salón iba a buscar el pan al Socorro caminando para repartirlo luego.

Carmen Herrera Adrián

Cuando no iba al colegio iba a trabajar, ayudar a mis padres y a mi madre, cogíamos hierba para los animales, la teníamos que cargar en los camellos, y mi padre la picaba. Éramos 7 hermanos trabajando por el mismo jornal, casi toda una vida hasta los 10 o 12 años, ya después mi madre nos dijo de ir a trabajar. Yo recuerdo, de niña ir a pisar la uva para hacer el vino en la bodega de mi tía Concha, cerca de la finca de Carta. También iba cerca de la iglesia en dos pedacitos de tierra de don Antonico que tenía tabaco plantado, allí aprendí a coserlo. Luego me fui a trabajar en la finca de la señorita Emérita, en el Puente. Con 11 años vino don Tomás Acosta a buscar a mi hermana para lavar la ropa en la finca y me llevaron allí con ella, mira que lavé ropa.

Aurelia Reyes Gutiérrez

Era la época de después de la guerra y se pasó muy mal. Recuerdo mi infancia siempre trabajando. Mi juventud yo la pasé fatal, fatal. Con 9 años ya yo estaba limpiando plataneras, según iba creciendo me iban dando mayores cargos. Me pasaba 7 horas en eso, llegaba a mi casa y me mandaban a buscar la hierba de las cabras, la vaca que teníamos, para los conejos, y no había respiración para uno. Después estaba obligada también a hacer las cosas de la casa, a ayudar a mi madre, tanto a lavar, a tender la ropa y cosas

de esas. Crecí un poquito, me mandaron a la escuela y a los 11 años me retiraron de la escuela, me pusieron a trabajar otra vez en las plataneras, ya cargaba piñas, estiércol al hombro.

María Candelaria Ramos Martín

Fui a la escuela de doña Eusebia y estuve hasta los 12 años, jugábamos a varios juegos, pero al que más era al chivé. Ayudábamos en las tareas de casa, como era lavar la ropa cada vez que corría agua por la tajea que pasaba junto a casa, ayudar a padre con los animales (cabras, cochinos, gallinas y conejos), en las huertas, en el tabaco, millo, papas.

M^a Luisa González Pérez

Desde los nueve años mi madre me enseñó a hacer de comer. Y me decía: Concha voy a salir, cuando el sol llegue hasta esta piedrita, pon las papas al fuego para que estén a tiempo para cuando vengan tu padre y tus hermanos a comer. Ese era nuestro reloj.

A los nueve años empecé a ir a la escuela, pero no podía ir todos los días, duré apenas tres años. Recuerdo no ir a la escuela por cuidar a los animales y otras cosas como ir a buscar el trigo a Las Mercedes caminando y con doce años, al llegar, iba al molino y si me decían que solo se molía al final de la tarde, me quedaba para llevar el gofio a la costa. Estudié muy poco porque había que ayudar en casa.

Concepción González Adrián

Los niños de las familias más humildes tampoco tuvieron una educación reglada mucho mejor que las niñas. Su infancia aparece también marcada por la necesidad de trabajar desde muy pequeños.



Cultivo y recogida de la caña de azúcar donde vemos presencia de muchas niñas, años sesenta. Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Algo destacable es que el aprendizaje que se siguió no siempre fue reglado. Muchos niños y jóvenes conocieron saberes fuera de la escuela, el de los oficios tradicionales, como nos cuenta Norberto López que aprendió en el molino. Desde tempranas edades debemos pensar que se trabajaba en ellos, pasando largas horas con los maestros o, algunas veces, incluso de forma autodidacta.

No fui a la escuela. Lo poco que aprendí lo aprendí con Melo que tenía un molino de gofio en El Calvario y yo tendría unos 14 años y cuando pasaba me obligaba a entrar y mientras la máquina molía él me enseñaba lo poquito que sé, a sumar, restar, multiplicar, dividir y a firmar. Se empeñó en enseñarme y lo logró. Todavía te puedo hacer una suma o cualquier operación de esas... Yo recuerdo en la empresa que trabajé que cuando llegaba los abonos había que sacar cuentas para dividirlo en metros cuadrados y ella lo hacía con la máquina, pero yo antes se lo decía y cuando lo hacía y daba igual me decía, pues sí Berto, tienes razón. Siempre trabajando desde pequeñito, como yo digo: Me pusieron la mochila desde que tenía 9 años cogiendo algodón, caña dulce, “pasé más que el sol de Geneto” (eso se decía porque el sol tenía que calentar mucho para pasar los higos).

Norberto López Hernández

Ninguno pudo estudiar, desde chicos teníamos que trabajar para comer. Yo recuerdo ir un poquito a la escuela con el maestro don Maximiliano, a la escuelita que estaba por debajo de la iglesia.

Miguel Pérez González

En la escuela aprendí hasta hacer compuestas, pero como éramos 9 en casa y solo trabajaba mi padre, la vieja me dijo: yo te pago la escuela por las noches y te vas a trabajar y me fui a Tagoro, a la finca de don Juan Núñez a cargar tierra. Éramos niños y teníamos que subir con un cesto de tierra en la cabeza por un monturrio pa'riba para envolverla y volver pa'bajo a volver a llenarlo.

Ramón Pérez Aguilar

Infancia en las familias más pudientes

Las familias más adineradas de Valle de Guerra sí escolarizaron a sus hijas e hijos. Es curioso cómo se nombra que la infancia para estos grupos ofrecía actividades mucho más lúdicas, alejadas del trabajo infantil. Diversiones en diferentes casas, juegos, muñecas, incluso golosinas entraban en las vidas de algunas niñas y niños.

Pese a las posibilidades y comodidades que una buena familia pudiera dar a algunas niñas, lo cierto es que sus aspiraciones no estaban lejos de las que pudieran tener las familias más humildes. La vida de las mujeres bajo el régimen franquista imponía la primacía de la familia, el hogar y el cuidado, un modelo traído desde el “ángel del hogar” del siglo XIX, como culmen de todos sus deseos.

La primera escuela a la que fui es a la de doña Braulia, situada en la zona de la iglesia, donde hoy se encuentra la pizzería de la Paz. Allí estuve unos cuantos años hasta que fui adolescente y seguí estudiando en la escuela privada de mi tío Gregorio de Armas García y mis primas Damiana, Clotilde y María Álvara de Armas Dorta, estaba en la hacienda del

Rosario, justo al lado de la Casa de Carta. Me gustaba la escuela de tía Trinidad, allí daba clase su hija Alvarita, era de pago iban niños y niñas, los que podían, me encantaba toda esa zona de arriba. Y del Valle pues mira yo estaba más acostumbrada a ir pa' lo Márquez, pa' las Cardoneras... Allí vivía mi prima Nena. Era una casa muy antigua con unas galerías muy anchas y allí hacía una especie de representación, hacía un escenario y hacía, como si dijéramos, una comedia y ellas vendían nísperos y frutitas en el verano y hacían sus perritas. Allí íbamos todas las niñas del barrio pagábamos la entrada y comprábamos la frutita y lo pasábamos bien. Yo también jugaba con una muñeca de trapo que mi padre me compraba no sé dónde, la marca era algo así como Barniz. Tengo otros recuerdos mejores de cuando mis primas María Luisa, Gregoria y Concepción Díaz de Armas organizaban pequeñas obras de teatro, en el pasillo que estaba en la casona

Dolores Pérez Pérez

—
Para mi familia era muy importante la educación y siempre estudié, primero en la escuela pública, desde los 6 años hasta los 14 y luego en una paga hasta que terminé mi formación, a los 16 años, pero no recuerdo por qué no seguí estudiando. Recuerdo que la escuela estaba en La Hondura. Para mí era una fiesta y una alegría asistir a la escuela. Recuerdo cuando me sentaba en el banco para memorizar los países de los mapas y cómo me costaba, la verdad es que mucho más que ahora. Cuando mi madre me quitó de la escuela pública, comencé a ir al colegio de Tejina. El colegio estaba en una casa por encima de la Iglesia y la maestra se llamaba doña Maruca González. Todos los días iba caminando desde La Barranquera.

Una de las cosas típicas de las señoritas de la época era la de aprender a bordar, por eso mi madre me mandaba a una casa cerca de la Carta. Era en casa de doña Tilita, doña Alvarita y doña Damianita, que eran hijas de don Gregorio de Armas. Allí aprendí a hacer verdaderas obras de arte, vestidos y en mi caso hasta calar.

De pequeña jugábamos al chive, a saltar la sogá. También

jugaba a las casitas y los calderitos eran las cáscaras de los limones. Recuerdo que por Reyes me regalaron una caperucita roja de tela, que mi hermano Manuel me rompió, pero luego mi madre me la arregló. Mi juventud transcurrió pasando el tiempo libre bordando y paseando por la carretera. Íbamos tres o cuatro amigas cogidas del brazo y ocupando todo el ancho de la calle y pensábamos: “el que quiera pasar, que busque el sitio”.

Antes no había aspiraciones relacionadas con los oficios, la mente estaba en la casa y en el cuidado de los niños. Si volviera a nacer me gustaría aprender fotografía, yo veo una cámara por la tele y se me van los ojos. Ahora me dedico a dibujar y a escribir.

Desde mi infancia aprecié la diferencia en la educación entre mis hermanos varones y nosotras. Ellos se desplazaban a Tacoronte a estudiar, incluso mi hermano Manuel pudo estudiar en la Politécnica y, posteriormente, terminar el Bachiller en el Cabrera Pinto, mi otro hermano Pedro, también estudió. Sin embargo, el destino de las niñas era aprender a coser y a bordar para ser buenas esposas.

Caridad Acosta Rivero

—

Yo estuve estudiando en el instituto Cabrera Pinto, terminé el bachiller allí y después hice el preuniversitario y hasta ahí llegué.

Blas Pérez Cairós



Caridad Acosta Rivero (izquierda) junto a sus padres y hermanos



María del Rosario Hernández Ramos



María Candelaria Ramos Martín



Aurelia Reyes Gutiérrez

La infancia en la siguiente generación

Estos niños y niñas, privados de juegos y educación, dieron a sus hijas e hijos mejores posibilidades y trataron de que se educaran en todo aquello a lo que ellos no habían podido acceder.

Es palpable el sentimiento general de inconformidad por no haber podido acceder a los estudios, por haber hecho carrera. Cuando se mira atrás en el tiempo se denotan las ganas de querer estudiar, haber tenido una vida más consciente, conocer el mundo a través de los libros o los viajes. Muchos de nuestros mayores se empezaron a formar después, con el paso de los años. Pues nunca es tarde para aprender.

Mis hijos empezaron a ir a la escuela en el año 1968, fueron a los colegios que había en la Plaza vieja del Valle, que se construyeron a principios de 1950, don Jorge era uno de los maestros, junto con don Santiago mantequilla y don Francisco el cochinerero, porque criaba cochinos. En cada clase podría haber 30 niños de varios cursos y al terminar, por las tardes, venía un furgón de ILTESA que les traía una botella de cristal de ½ litro con batido de vainilla. A medida que pasaban los años había más gente en el pueblo y también más niños así que por el año 1971 se abrió el Colegio Lope de Guerra, con aulas para niños y niñas por separado. Más adelante se tiraron los antiguos colegios de La Plaza en el año 1974, para así empezar las obras del nuevo colegio Atlántida en 1976, el cual iba destinado para cursos de 6º, 7º y 8º.

M^a Luisa González Pérez

Mis hijos han tenido mejor vida que yo, han podido tener una infancia feliz y estudiar, todos tienen carrera.

Brunequilda Rodríguez Rivero

Mis hijos sí fueron los tres al colegio. Cuando yo tuve a mis hijos sí los llevaba todas las tardes a La Barranquera, cosa que yo no pude vivir porque no se podía. Ya cuando mis hijos eran un poco granditos empezamos a comer cosas diferentes.

Fermina González García

Yo siempre tuve ganas de estudiar y de ser alguien, pero no podía. Yo veía ir a las Dominicás a amigas mías, y tuvieron la oportunidad de estudiar, pero a nosotros nos llegaba el fin de mes y malamente había para comprar la comida, por eso nunca pude, pero las ilusiones estaban ahí. Si yo hubiese nacido ahora, y hubiese tenido otras posibilidades, haría las cosas diferentes, sería alcaldesa de La Laguna.

María Felisa León Santana

A mí me hubiera gustado estudiar. Me gustaría aprender más de lo que sé y también me hubiese gustado sacar el carné para tener más independencia. Me hubiese gustado saber aprender y escribir con eso me conformaba.

Carmen Herrera Adrián

Ahora los tiempos han cambiado para mejor, sobre todo para las mujeres. Hago todo lo que entonces no podía hacer, salgo y voy a estudiar dos horas a la semana los lunes y jueves e, incluso, he recorrido la isla 17 veces.

Juana Rodríguez González

Es una pena que no pudiera estudiar por tener que trabajar porque memoria siempre he tenido. Todavía recuerdo muchos romances que me enseñaba mi prima Gloria, una mujer mucho mayor que yo, que iba por las noches a casa y nos contaba romances.

Hoy es domingo de Dios, celebrado en cielo y tierra.

Salía una muchachita con otra que iban a por leña.

Y a la triste llorando porque pelearon con ella.

Y en medio del camino a su enamorado encuentra.

Adiós hombre de mi vida, que ya pronto doy la vuelta.

Se subió a una roca negra.

Los sesos de aquella niña en aquella arena blanqueaban.

Más su padre adorado es el más dolor que llevaba.

Así cuando llegó se abrazó a la arena.

¡Oh, hija de mis entrañas, que no te conociera!

Si tu madre fuera viva te conociera.

Porque el dolor de madre propia no es como el de madre ajena.

Concepción González Adrián



Concepción González Adrián



CAPÍTULO 9

**NO SOLO EL TRABAJO
DEL CAMPO. OTROS
OFICIOS DEL VALLE**

El trabajo fue la constante de nuestro pasado. Desde bien chiquitos se trabajaba durante muchas horas y casi todos los días. Si bien es cierto que la mayor parte de los oficios de Valle de Guerra estuvieron ligados al campo, campesinas, jornaleros o trabajadores del empaquetado, el tabaco, los tomates e invernaderos, también hubo otros oficios, muy necesarios, que tuvieron su espacio en las calles y rutinas de los vecinos y vecinas. Muchos de estos oficios forman parte de épocas pasadas, y solo recogiendo su testimonio se evitará que desaparezca de la memoria.

Los oficios de la costa: pescadores, pescaderas y carpinteros

Hay constancia de pescadores en La Barranquera en los padrones de Valle de Guerra desde 1879, sobre todo, ligados a la pesca durante el verano. La mar también estaba en la vida de la Comarca. De ella surgió el embarcadero de La Barranquera, que pasó de refugio de pescadores a poblado litoral. Junto a él, el Charco de Las Mujeres era el lugar donde iban las vecinas a lavar la ropa y, también, a bañarse, protegidas por un rompeolas natural.

La vida de las familias dedicadas a la pesca fue muy humilde, con muchas épocas de hambre y penurias. En ocasiones, el trabajo de la faena era usado como forma de hacer trueque y conseguir la comida necesaria. Para desempeñar la pesca era necesario la construcción y reparación de embarcaciones. Por todo el norte de la Isla eran conocidos los carpinteros del Valle, que surtieron de barcos a muchos de los muelles de Tenerife. En el cruce de la Biromba estaba la carpintería de la ribera, donde en casa de “Totín” se fabricaban los barcos. El oficio lo inició Matías Herrera y fue heredado por su hijo y después por su nieto. También había quien reutilizaba elementos de los trabajos de la pesca, como don Manuel, el panadero, que hacía lonas con la vela de los barcos.

En la costa, se realizaron otros trabajos importantísimos para la vida cotidiana, como fue la extracción de la sal. Aún se conserva el nombre de Las Salinas, antiguos charcos acondicionados con cantos rodados y, a veces, cemento, para conseguir el empozado del agua, del que se extraía la sal. Este conservante natural,

históricamente conocido ypreciado, fue un elemento básico para la comunidad que, en una tierra rodeada por mar, fue intensamente aprovechado como recurso cotidiano.

Había gente que iba a la costa y cogía la sal para venderla. Yo recuerdo a una mujer que se llamaba Juana Mendoza que iba a un sitio que lo llaman Las Salinas aquí, cerca de La Hondura, y recogía la sal que se hacía en los charquitos y la escurría en cubos y zarandas y después la vendía.

Carmen Herrera Adrián

Había una familia que recogía la sal del mar y la vendía. Eran dos hermanas que vivían en las Toscas, una en las toscas de arriba y otra más abajo. Eran chiquititas y las casas también eran chiquititas. Esas familias vivían de la mar que iban todos los días y llenaban de agua salada limpita los charquitos para que se secara y coger la sal y después la vendían.

Dolores Pérez Pérez

Los barcos los hacía Matías Herrera, que hoy en día si todavía no se ha jubilado los sigue construyendo un nieto de ese Matías Herrera. Todos los barcos que había aquí en La Barraquera, se hacían en La Hondura, eran hechos por esa persona, los hacía muy bien.

Blas Cairós Pérez

Mis padres cogían pescado, cogían unos pescados que les decían conejos y de esos pescados sacaban filetes y de esos filetes hacían trocitos que ellos echaban al agua pa volver a sacar otros pejes y de donde sacaban los filetes guardaban las

cabezas y le decíamos los ráspagos, era lo que quedaba de eso. Nosotros esperábamos que viniera mi padre porque traía eso, nos acostábamos a dormir porque venía muy tarde, veces a la una o las dos de la mañana y mi madre ponía el agua al fuego y cuando llegaba a esa hora metía los ráspagos en el agua, y nos llamaba, que nos levantáramos a comer, luego les echaba gofio y lo revolvió y nos hartábamos de comer, eso era cuando él iba a pescar. En invierno apenas se pescaba y estaban en casa, pero también salían con la mar ruin.

Juana Herrera González

Mi marido sí era pescador se llamaba Juan. Lo llamaban Juanillo el de Bartolo porque su padre era Cho Bartolo, uno de los pescadores de La Barranquera. Abajo hay dos familias de pescadores, la de los Herrera y la de los que llaman los Vikingos que vinieron más tarde de la Punta y del Pris. A vender pescado me dediqué cuando me casé, a los 34 años, porque mi marido tenía una barquita de cuatro metros y medio más o menos y salía a pescar, ya hace 15 años que no lo hago. En aquel tiempo había más barcos que ahora. El arte que había era la pandorga, el trasmallo vino mucho después.

Yo lo esperaba en la orilla, en La Barranquera, lo ayudaba a varar y a limpiar el pescado, allí se vendía y yo me encargaba de subir y vender en el pueblo lo que quedaba. A la gente le gustaba el pescado pequeño porque no había tanto dinero, lo vendía entre los vecinos y los grandes salía a venderlos fuera, claro que la gente que compraba era la que más dinero tenía, cuando eso no había mucho dinero, la cosa estaba más mal que ahora, aunque yo recuerdo vender el pescado partido, el kilo a 4,50 pesetas después fui subiendo, y más tarde fue subiendo hasta llegar a 7 pesetas. Nosotros apenas comíamos pescado si acaso alguna vez nos quedábamos con algún peje pequeño. Con eso solo no daba para vivir, había que plantar y criar animales para comer.

Aquí, en La Hondura, en el cruce de la Biromba estaba Totín que hacía barcos pequeños y grandes, pero el barco de mi marido se lo hizo Fernando, el marido de Claudina la partera. Había varios que hacían barcos, estaba también Ramón de la Hostia que los hacía en el camino viejo de La Barranquera.

Tenían barcos de vela y las velas estaban hechas de sacos de azúcar y para navegar se ayudaban de los remos. El barco de mi marido, como todos era de vela. Una vez vino uno de Las Palmas a ver el barco y vio a mi marido como entraba vogando y le dijo: ¿Cómo haces para manejar un barco sin quilla y sin lastre?. Mi marido le contestó: ¡Despacito!

Aurelia Herrera Pérez

La vida de antes era apurada, pero con diversión. Yo aprendí de noche las lecciones, a leer y escribir, un poco a multiplicar y dividir. Primero trabajé en las tierras y después entonces busqué la forma, buscar algún destino, y me apagué en la carpintería y la aprendí un poco.

Agustín Herrera Rodríguez



Agustín Herrera Rodríguez

El trabajo de los metales

En un pueblo donde la pobreza era acusada y los medios limitados, los oficios relacionados con la creación y reparación eran actividades muy necesarias.

La primera herrería a la que se acudía se situaba en Tejina, cuyo herrero era Francisco, que con su fragua a carbón surtía a la Comarca. En 1941 se creó la herrería en Valle de Guerra, regentada por Gregorio Rivero, al que siguió su hijo Sixto, que decía: “el buen herrero no compra cosas hechas, sino que las arregla o las crea a base de fragua y yunque”.

Por su parte, Francisco Herrera Bello, Pancho, fue el latonero de Valle de Guerra. Desde su pequeño taller, ubicado junto a su vivienda en La Hondura, reparaba toda clase de calderos, ponía asas o sustituía fondos. Además, convertía antiguas latas de aceite en recipientes para transportar agua, un elemento muy importante, ya que el agua potable en las viviendas no llegó hasta los años setenta.

Otro oficio desaparecido es el de lañador, dedicado a restaurar platos y escudillas, u objetos de barro y cerámica. Se conserva el nombre de Eugenio Rodríguez Hernández, de La Hondura. En torno a los lañadores y afiladores siempre han existido toda clase de supersticiones, en el caso de Valle de Guerra se decía que con el afilador “va a haber tiempo de sur”.

También venía el alañador que era un hombre que arreglaba los platos, los lebrillos y cosas de loza rotas. Tenía un aparatito con una ruedita y un hierro al centro y con una argolla por donde pasaba un hilo que subía y bajaba para hacer unos agujeritos y después con el alicate hacía las alañas, las metía a presión para pegar los trozos, le ponía un poco de pasta y ya eso aguantaba. Aquí debajo el barranco el Tanque había un alañador que le decían don Mateo, él no salía por ahí, alañaba en la casa.

Y también recuerdo un latonero, le llamaban Pedro “El cojo”, ese hacía mechones para ir a la mar a coger cangrejos, arreglaba las cocinillas, hacía azufradores. Más tarde hubo otro latonero en la Hondura que lo llamaban Pancho.

Ramón Pérez Aguilar

El marido de María era Francisco Herrera Bello, conocido como Pancho y que nació a principio de siglo. Antes que él pusiera un cuartito al lado de su casa para arreglar los calderos, los valleros tenían que ir a Tejina, a la Fragua de don Pablo.

Pancho les ponía las asas a las bañaderas y les cambiaba los fondos si estaban muy estropeadas. Arreglaba los infiernillos, hacía capuchinas con los cacharros de leche condensada. Compraba las latas de aceite usadas y les ponía unos manguitos para cargar el agua o unas boquillas para usarlas como regaderas para regar los canteritos de perejil y otras hierbas que se solían tener en los patios.

Carmen Herrera Adrián

Transporte de todo tipo

En un lugar donde se cultivaban tantos productos eran muy importantes los trabajos vinculados al transporte. Históricamente se empleaban para esa finalidad animales como los burros. Pero si unos transportistas son recordados son los camelleros. Los camellos, cargados con cajas de tomates, recorrían los caminos desde la costa hasta el pueblo. Posteriormente, y con la recuperación económica tras la posguerra, empezaron a llegar más vehículos, camiones y guaguas, diversificando los trabajos dedicados al transporte.



Aurelia Reyes Gutiérrez y Miguel Pérez González junto a vehículos

Aquí, por los años 40 y antes de los 40 ya hubo tomates. Los tomates se transportaban en los camellos porque no había otros medios de transportes. Y yo incluso, en una ocasión, hice de camellero. El transporte que yo tuve fue de camellero. Los camellos era el único medio de transporte que había, como también había burros y también mulos para arrastrar por las carretas. Ahí hay caminos que están empedrados todavía y están hechas las marcas de las ruedas de las carretas que son de hierro.

Blas Cairós Pérez

Mi esposo desde los 19 años quiso mejorar su futuro y se metió a sacar el carné de chofer de camión y guaguas, ya al casarnos consiguió trabajo de camionero y después de trabajar por varios sitios de la Isla, consiguió más adelante entrar en Transportes VIMAR donde le adjudicaron una guagua micro y empezó su periplo con lo relacionado al transporte de personas, llegando a ser conductor de una de las mejores guaguas de transporte de turistas que hacían el transporte de extranjeros desde el Aeropuerto al Puerto de la Cruz.

M^a Luisa González Pérez

La venta: gangocheras, bares y los primeros ultramarinos

A Valle de Guerra se acercaban muchas gentes de otros pueblos a vender sus productos, desde vendedoras de ropa de La Laguna hasta vendedores de cochinos de Icod el Alto. Esta actividad suplía la falta de tiendas y comercios en el pueblo, en el que solo se contó con una zapatería. Fundada en 1950 por Agustín Rodríguez fabricaba, sobre todo, alpargatas con suelas de goma y tela de lino. También se recuerda el nombre de Emilia, una famosa costurera, que confeccionaba ropa de caballero con las telas que le llevaban.

Las gangocheras fueron de gran relevancia en la venta ambulante. Muchas mujeres se buscaban la vida de esta forma, como en el caso de María Mendoza Bello, casada con Pacho el latonero, que se inició en la venta desde soltera.

Poco a poco, ya habiendo superado las dos posguerras, se fueron instalando ventas, en un principio conocidas como ventas de aceite y vinagre, y después como ultramarinos. No solo eran lugares de venta de productos, sino que también servían como espacio de socialización, pues allí se acudía a tomar “un vaso de vino” o a jugar a la baraja. Estos negocios solían ser familiares, regentados en muchas ocasiones por mujeres, donde también trabajaban los hijos y donde el fiado fue una fórmula que permitió a muchas familias sobrevivir durante parte del año. Posteriormente, se convertirían en ultramarinos, con productos refrigerados y traídos de fuera.

La venta de Pedro “el churrero” es recordada por muchos. Nacido en 1927 en el barrio, vendía desde pescado salado hasta alpargatas o agujas. Llegó a construir un carrito en el que vendía churros y otras chucherías a la salida del Cine La Paz, en la calle El Moral, durante las proyecciones. Como recuerda M^a del Rosario Hernández Ramos “había un carrito de golosinas, el de Pedro el churrero, que vendía pirulines, rosquetes, garbanzos tostados, chufas y chucherías”.

Los bares compartieron muchas veces espacio con las ventas y, al igual que las anteriores, fueron pocos los negocios, pero cuya explotación no distinguió de edad ni género. El bar Central sigue funcionando actualmente, después de años de trabajo de Concha al frente del negocio tras perder a su marido. Sus hijas Carmita y Conchita continúan en el único negocio que ofrece la comida y el vino de recetas tradicionales de Valle de Guerra.



Dolores Rodríguez López

A los 17 años comencé a trabajar en el bar Brasil y desde que me casé hasta que me jubilé trabajé en el bar Central que estaba cerca del puente que cruzaba el barranco del Tanque en ese momento. Por una peseta tenían derecho a una gallina guisada y a una cama para pasar la noche.

Honorio murió en 2003 y nosotras continuamos la lucha. Y digo lucha porque no era solo por el trabajo físico sino por todo a lo que nos tuvimos que enfrentar como mujeres. Éramos tres mujeres al frente de un negocio que hasta ese momento era solo para hombres. Era un bar de dominós y barajas donde se lidiaba con peleas e insultos. Tuvimos que aprender a defendernos de las críticas, burlas y ofensas ya que, en esa época, las mujeres no eran bien vistas en los bares. Yo puse en su sitio a más de uno para que nos respetaran.

Hasta 2010 raro era que alguna mujer entrara al bar, aunque todo hay que decirlo, desde siempre hubo alguna que otra mujer valiente que se echaba un vaso de vino sin importarles el qué dirán. ¡Benditas mujeres!”

Concepción González Adrián

Había mucha gente que venía de fuera a vender cosas. Mayoritariamente de Icod venían con bestias con cestos por los lados cargados de cochinos. También venían de La Esperanza a vender lechones, piñas y carbón que lo hacían allí, en La Esperanza. Aquí no había tiendas, las telas para la ropa, los zapatos, los sombreros se compraban en La Laguna.

Ramón Pérez Aguilar

Primero tuve el bar Brasil aquí. Lo tuve seis años. Después compré abajo y lo puse abajo. Eso fue un bar, un negocio, hace casi veinte años en Las Longueras.

Enrique Barbuzano Pérez



Fotografía antigua del bar Central conservada
en el interior del local



Concepción González Adrián junto a sus hijas M^a Carmen y
M^a Concepción Zamora González

A parte de los trabajos del campo, otra gente vivía vendiendo lo que se producía como las gangocheras que con sus cestas a la cabeza vendían por las casas de todo, verduras, pescado, huevos, gallinas que le compraban a los que producían y ellas se llevaban una parte, a veces también hacían trueques. María Mendoza Bello fue una gangochera muy conocida, mujer de Pancho el latonero.

Carmen Herrera Adrián

Pusimos una ventita, debajo de casa. Era una ventita de aceite y vinagre, lo llamaban así porque poco más se vendía, algo de azúcar, café, algunas lonas para los que podían comprar esas cosas y debajo yo tenía una cocinilla donde freía pescado para que los hombres se tomaran el vino. Dos casas más allá estaba la panadería de Manuel, el marido de Antonia, la partera.

Y siempre trabajando y vendiendo vino hasta las 12 o la una de la madrugada, y así fuimos y fuimos caminando. A la venta la gente la conocía por la venta de Manolo el Cotejo. Lo de “el Cotejo” se lo pusieron porque un tío llamado Miguel recién venido de Cuba le dijo a mi padre: “te voy a cotejar”, aquí no se usaba esa palabra o por lo menos no la habían oído mucho, significaba preparar y así se quedó Manolo el Cotejo.

En el año 64 cogimos un salón más alargado enfrente, ahí pusimos este salón e hicimos la venta más alargada, de unos 100 metros cuadrados y la llamamos la venta el Cotejo. Para esos años ya venían más cosas, recuerdo que cuando pusimos esa otra tienda mi marido vio el papel higiénico que por aquí no se usaba y dijo: “gua, coño, ya viene papel hasta para limpiarse el culo”. Y tardó mucho en dejar de ser un artículo de lujo.

Con esta venta nueva ya se puso la luz y pudimos comprar unos años más tarde una nevera y una máquina para cortar jamón. Antes sólo se vendía el queso amarillo en trozos y la carne jamonada de lata porque sin nevera era lo único que podía aguantar fresco.

Era mucho trabajo, mis hijas mayores no pudieron estudiar por tener que ayudarnos. Recuerdo que la mayor estaba

apuntada pa' ir al instituto y tuvo que dejarlo para que me ayudara a atender al hermano recién nacido, luego llegó el otro y así me tuvieron que ayudar con ellos y con la tienda. Las ponía a atender montaditas en una caja porque eran chiquititas.

La venta tenía tres espacios, en un lado se vendían los comestibles, en el centro era como un bazar donde había lonas, toallas, calderos, agujas, todo lo que se necesitaba para una casa y en el final un mostrador para vender vino y chochos. Eso era todo el día trabajando desde tempranito, cerrábamos para comer y a veces ni podías porque te tocaban para comprar algo que les faltaba a los vecinos y nos acostábamos cuando cerrábamos, eso era a las 12, a la 1 o a las 2 de la mañana.

Dolores Rodríguez López

Mis padres tenían una libreta para ir a comprar a una venta, y allí íbamos a comprar las cosas que necesitábamos el aceite, el azúcar, las cosas que había que comprar lo demás era todo de la finca, la leche, el gofio, los huevos, las gallinas todo eso era de mis padres, lo cultivábamos nosotros. Esto fue mucho después de la guerra, porque mi padre sí fue a la guerra.

Aurelia Reyes Gutiérrez

Las tiendas en el Valle eran escasas, pero tenían de casi todo, pero de una sola marca, ya en el año 1975 llegó al pueblo un camión marca Leylan, inglés que era propiedad de un señor Gomero, el cual traía alimentos variados, se aparcaba a la altura del Tanque, en Las Toscas de Abajo, y venía solo los martes, para llamar la atención de los vecinos, se ponía a silbar y así las personas salían de sus casas para comprar.

M^a Luisa González Pérez

La sanidad: de curanderas a médicos y las primeras farmacias

La falta de médicos era una realidad en toda la Isla hasta bien entrado el siglo XX. En Valle de Guerra, al igual que en otras zonas rurales, lo habitual fue recurrir a remedios caseros, curanderos y curanderas o hierbas medicinales para atender a los males diarios de una población trabajadora y muchas veces mal alimentada. El “jediondo” se usaba como tiritas para las heridas, el pasote para los males de estómago, el tomillo para las infecciones, la ruda para los dolores de la menstruación o los pimpollos de la guayaba para la diarrea.

A partir del siglo XX los médicos podían trasladarse desde Tacoronte a Valle de Guerra para tratar a los pacientes previo pago, por lo que las familias que podían permitirse estos servicios eran muy pocas. Uno de los más recordados fue don Ernesto Castro Martín.

Acudir a médicos oficiales requería usar algún tipo de transporte y, por tanto, solo estaba en la mano de personas de un alto poder adquisitivo. Pero, lo cierto, es que son muchos los testimonios que narran la historia de madres que con sus hijos a cuestas remontaban sobre todo, se realizaban desplazamientos al centro de La Laguna, donde se encontraban los únicos hospitales, el de San Sebastián o el Hospital de Dolores, que eran atendidos por monjas. También fue muy habitual trasladarse hasta Tejina, donde también hubo varios médicos con consulta.

Desde principios del siglo XX existían dos boticas en el centro de La Laguna, ampliándose con la mejora económica, llegando a contarse, incluso, con una óptica. Fuera del centro, en 1905, se inauguró una farmacia en Tacoronte, además de un hospital para desamparados. Tejina fue una de las primeras poblaciones del municipio, fuera del casco histórico, en tener una farmacia. En 1929 se solicitó licencia y, en 1934, abre sus puertas, siendo regentada por Antonio Acosta. Este puso un pequeño puesto de botiquín en Valle de Guerra, que permaneció durante casi treinta años, cuando abrió finalmente la primera farmacia.

No había médico; íbamos caminando a Tejina donde había farmacia o a los curanderos como don Serveriano en El Ortigal al que íbamos caminando también, o a don Anatael en La Laguna, o a doña Linda en La Hondura. Por Tacoronte estaba don Amancio y don Pepe Valerio.

Ramón Pérez Aguilar

Cuando enfermábamos usábamos tazas de agua hervida, si era algo más fuerte nos llevaban a Tejina, que fue el primer médico que yo vi, se llamaba don José el gomero, pero en ese entonces no había coches y las guaguas que había tampoco resolvían.

Fermina González García

Cuando nos poníamos malos íbamos a Tacoronte al médico que se llamaba don Ernesto Castro, a veces él venía también al Valle, pero en aquel tiempo, la verdad que todo el mundo no podía pagarlo. Había curanderos y santiguadoras.

Dolores Pérez Pérez

En esa época había médicos, pero no había médicos con los adelantos de hoy en día. Nosotros para ponernos las inyecciones teníamos que ir a Tejina, lo llamaban el médico Fernandito.

Agustín Hernández Ramos

La farmacia solo había una en Tejina, y todos los pueblos de aquí teníamos que ir para allá.

Fermina González García



Enrique Barbuzaño

Mi tía Concha rezaba el mal de ojo, mal de estómago, a los vecinos o familiares que se lo pedían. Creo recordar que había alguna otra curandera por Las Toscas de Abajo y otra por La Hondura, pero yo no las conocía.

Recuerdo que cuando nos poníamos malos de pequeños nos llevaban al médico don Acisclo en Tejina. Cuando tenía 15 años me operaron de las amígdalas en la consulta de don Fernando Hernández en Tejina, sentada en una silla y sin anestesia. También me operaron del apéndice cuando tenía 17 años pero fue en una clínica en Santa Cruz.

Caridad Acosta Rivero

Oficios singulares: canaleros, asistentes y pregoneros

La vinculación con el agua fue esencial en un Valle cuya principal riqueza eran los cultivos. Aunque entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX se construyeron hasta once pozos, siempre se prefirió el agua que venía de fuentes naturales y era canalizada. Esta, sobre todo por el Canal del Norte o Canal de Araca, tenía una mayor calidad y mejor sabor que la de los pozos, que muchas veces llegaba a ser salobre y mala para el consumo. Es por ello que el oficio de canalero, distribuidores de agua, fue muy importante. Miguel Herrera, de La Hondura, nacido en 1907, fue uno de los primeros canaleros del que se conserva el nombre, igual que el de Antonio Dorta Hernández. El agua se medía por medio de dulas, acciones que tiene cada regante de una galería, que medían las horas de riego. Para ello se marcaba con una vara la ubicación de un estanque y la entrada del agua.

Un trabajo femenino muy frecuente fue el de asistentes o sirvientas de las grandes familias en el centro de La Laguna. Varias de nuestras mayores o sus familiares trabajaron un tiempo allí en labores del hogar para familias con cierto poder adquisitivo. Este empleo es recordado con mucho amor y cariño, y para muchas

de estas, por entonces aún muy jóvenes, supuso conocer mundo, gentes y formas diferentes de vida.

Por último, debemos recordar a los pregoneros. El pregonero era la persona encargada de hacer público todo lo que se consideraba que necesitaba saber la población. Los ayuntamientos, especialmente los rurales o de población pequeña, siempre han necesitado a los pregoneros, como lo fue Juan de León Ramos, conocido como Juan Cabeza, en Valle de Guerra hasta 1994.

Uno de mis trabajos preferidos fue el de asistenta en una casa de La Laguna. En esa casa me trataron, por primera vez, como un ser humano y, además, respetaron mis derechos como trabajadora. Allí me dedicaba al cuidado de los niños a los que quise un montón y con los que mantengo todavía hoy relación. En esa casa trabajé hasta los veinticinco años, cuando estando casada y ya con mis propios hijos no podía seguir combinándolo.

María Felisa León Santana

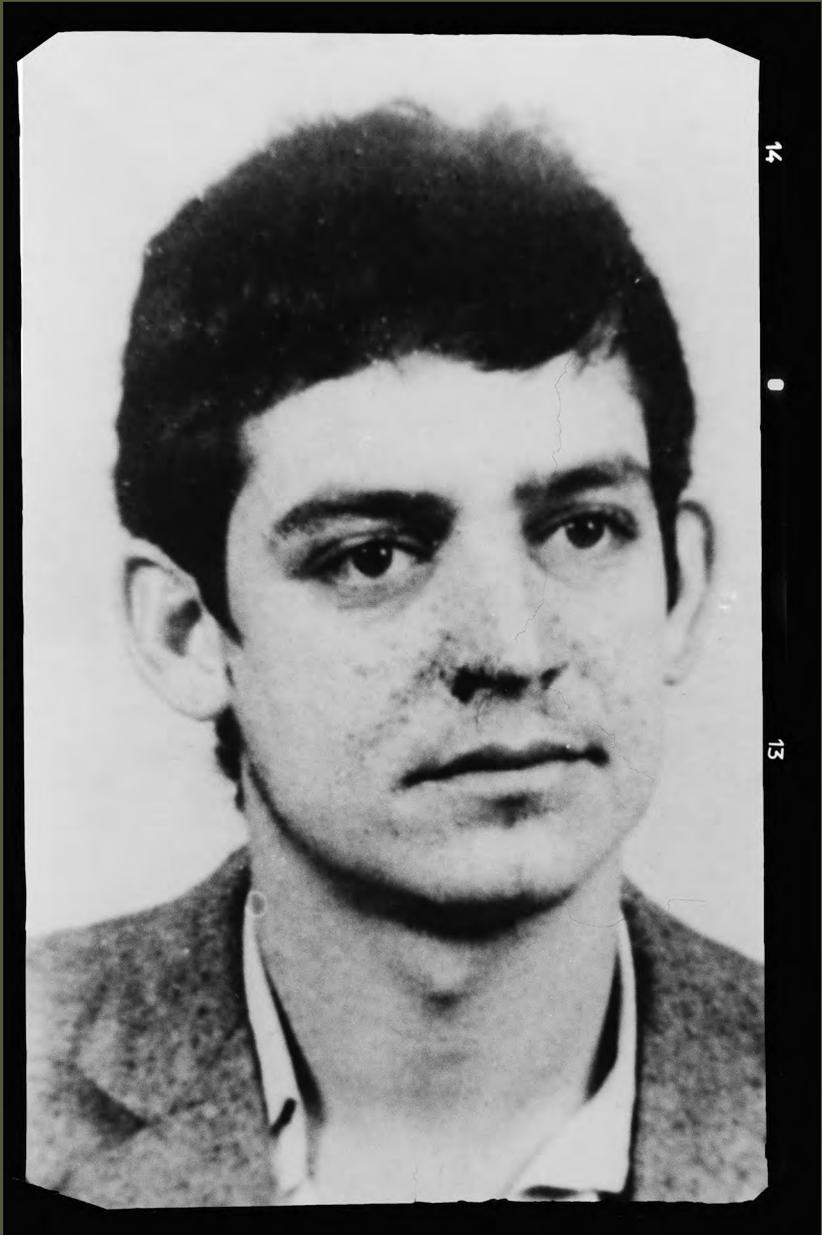
Las mujeres también trabajaban en la tierra o de criadas en las casonas, algunas iban a La Laguna a trabajar en las casas ricas, y además se dedicaban a atender su casa, a coser, a cocinar, pero también al cultivo de las yerbas o lo que tuvieran en el huerto y a lavar a los lavaderos –(había uno por allá de San Juan y otro en El Pozo)— y al cuidado de los hijos.

Ramón Pérez Aguilar

En casa de mi abuela pasé los primeros cuatro años, trabajando y trabajando, hasta que mi madre me mandó a servir a la familia Ascanio en el Palacio de Nava de la Laguna, tendría por aquella época unos 16 o 17 años. En el Palacio de

Nava limpiaba, cocinaba o cuidaba de los niños, hacía de todo lo que me mandaban. ¡Hasta tenía que llevarle verduras a las monjitas al Convento! Iba y con cuidado las ponía en el torno y, a ellas no las veías sino como el torno giraba y las verduras desaparecían. Tenía un jornal de 150 pesetas.

Juana Rodríguez González



Juanito "el pregonero". Fotografía de Carmen Herrera Adrián



CAPÍTULO 10

**LOS POCOS RATITOS DE
DISFRUTE.
OCIO Y FIESTAS**

El tiempo de esparcimiento y de diversión fue muy escaso ypreciado. Mientras que las clases altas los hombres podían gozar de tiempo para tratar los asuntos de negocios y reunirse, y las mujeres tomar aperitivos, en las clases más humildes el trabajo era la tónica rutinaria. Las mujeres fueron las que menos tiempo pudieron dedicar al ocio, pues además del trabajo del campo, también tenían que ocuparse de sus labores domésticas.

Los hombres, por su parte, sí parecían gozar de algún tiempo libre entre sus distintos trabajos. Acudían a las ventas a jugar a la baraja o se reunían en la calle y casas de los amigos, además de acudir a algún evento deportivo, como las luchadas del Club de Deportivo Rosario, que se había constituido en 1943.

La lucha se remonta en Valle de Guerra a 1921, cuando era un pueblo rural, algo aislado, sin grandes edificios, viviendas o lugares de reunión. Sus luchadores eran fuertes, de musculosas y anchas manos, entrenados por el trabajo propio del campesino. La lucha se adaptaba además a cualquier carencia, al número de personas, a la necesidad solo de un pedazo de tierra modesta, unos pantalones adecuados para el agarre y poco más. Un deporte que llega no solo como tal, sino como una oferta de ocio más que acabará convirtiéndose en lugar de reunión, seña de identidad y que será transmitida de padres a hijos. El 4 de noviembre de 1943 queda oficialmente constituido el C.D. Rosario, bajo la presidencia de Tomás Acosta. La lucha ha sido reconocida en Valle de Guerra y fuera de aquí gracias a los nombres de Gregorio Dorta, Manuel Chávez “El Ovejero”, José Gutiérrez “El Chaval I” o de Manuel o Felipe Ledesma. Posteriormente se fundaría en 1979 el Club de Lucha Hondura, por donde pasarían, entre otros, Mateo Herrera, Fillo el Chicharro o Perdomo Luis Roque. Aunque terreros hubo, realmente, muchos, pues en cualquier lugar se juntaban a hacer las luchas, al igual que clubes, el 1 de mayo de 1991 se inaugurará el nuevo terrero José Gutiérrez “El Chaval”, lugar que ha terminado agrupado la práctica de este deporte en el Valle.



Labores de bordado de María Felisa León Santana



Fotografía de Antonio Reyes Gutiérrez, hermano de Aurelia Reyes Gutiérrez, luchador del Rosario



Restos del antiguo terrero de Las Toscas de Arriba

En cuanto a diversión, en el pueblo no había nada. Recuerdo de pequeña que en casa de mi abuela había una radio, de las primeras que había en el pueblo, y por las tardes venían los vecinos a oír las noticias y así saber lo que pasaba en esos mundos de afuera. Para la juventud el tiempo de divertimento era solo los domingos y no todos porque el resto era trabajar y trabajar. No había otra actividad más que ir a misa y luego caminar y caminar de arriba abajo por la Carretera General de Valle de Guerra, así se nos iba el domingo.

Brunequilda Rodríguez Rivero

A la playa nos llevaban solo el día de San Juan, el día de San Pedro y Santiago nada más, de resto no había más playas, y estábamos a dos kilómetros o tres me parece. En verano no íbamos porque siempre estábamos trabajando, mi padre salía de trabajar y se iba para las huertas, la vida no era como hoy. Aunque fueses joven, seguías trabajando después de salir del otro trabajo.

Fermina González García

Antes no te dejaban salir, y cuando salías ibas acompañada y tenías que llegar tempranito a casa, si no te estaba esperando la chola por detrás de la puerta. La gente de antes era más desconfiada, y no nos dejaban solas con los novios ni nada, íbamos a salir y mi madre iba detrás de mí como una rastra, se sentaba en el cine mi madre viéndonos bailar y cuando le parecía nos decía vámonos, y teníamos que hacer lo que ella decía.

Juana Rodríguez González



Juana Rodríguez González



María Luisa González Pérez

Lo que sí hacía era ir a jugar a la baraja en las ventas, en casi todas se vendían alimentos y vino también.

Miguel Pérez González

En esa época me hacía muy feliz regresar a casa y ver a mi padre, mis hermanos y los amigos y vecinos haciendo fiesta, tocando y cantando con el laúd, el timple y la guitarra frente a mi casa, esperando mi llegada. Este pueblo es de mucha música. En ese grupo estaba mi marido, que era un hombre muy guapo y el hijo de mi madrina de pila.

Juana Rodríguez González

Las grandes fiestas y las fiestas de los barrios

Pocos eran los festivos señalados en los calendarios de las gentes más humildes, menos aún aquellas fiestas relacionadas con la vida personal. Las fiestas eran una ocasión de diversión y luz, donde la plaza se enramaba de vivos colores. Había fuegos, ruletas, turroneas y ventorrillos, y confluían hombres y mujeres de todas las clases sociales en las fiestas de los pueblos. Estas se vivían y tenían como lugar de encuentro y celebración las dos iglesias mayores, como en Nuestra Señora del Rosario.

Las fiestas principales eran las del Rosario, pero también se celebraban las Novenas del Santísimo Sacramento, la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, las fiestas del barrio de La Hondura en el mes de febrero o las fiestas San Roque, “San Roquillo”, en Las Toscas de Abajo.

Muy importantes han sido, y siguen siendo, las fiestas a San Isidro Labrador, que se remontan al siglo XIX y donde se festejaba con diversos actos religiosos, bendiciones de ganado y procesiones

alrededor de la plaza de la iglesia. En los años cuarenta la festividad seguía centrada en el acto religioso y la procesión alrededor de la plaza, pero con la sustitución de la imagen en 1944 tras una caída, se procesionará la imagen en un paseo ataviado con trajes tradicionales y lanzando trigo a su paso. Según las crónicas de la época, será a partir de 1949 cuando se celebre la primera romería en honor a San Isidro por toda la Carretera General, incorporando el ganado y algunas carretas de labranza, engalanadas previamente con motivos florales y agrícolas y tiradas por yuntas.

La Librea de Valle de Guerra, donde se representa la batalla de Lepanto de 1571, es una importante manifestación cultural y etnográfica que cuenta con más de cuatro siglos de historia, y que ha sido declarada Bien de Interés Cultural. La representación se realiza coincidiendo con las fiestas en honor de la patrona Nuestra Señora del Rosario. La primera representación de la Librea de Valle de Guerra está datada en 1604, coincidiendo con la Inauguración de la capilla que don Alonso Vázquez de Nava construyera en sus propiedades del Valle, y en la que se rindieron honores a los soldados cristianos de la Liga Santa que vencieron a los turcos en la Batalla de Lepanto el 7 de octubre de 1571.

De pequeña en mi casa nunca vi nada de Navidad, de cumpleaños ni nada más que el almuerzo y la cena, y se acabaron las fiestas. Yo nunca conocí las navidades en mi casa, porque siempre había trabajo.

Dolores Rodríguez López

Estaban las fiestas del Rosario, y con las perras que nos daban nos comprábamos por ejemplo una manzana o un turrón de azúcar, y eso era lo que teníamos, no teníamos más nada.

M^a del Rosario Hernández Ramos



Fiestas frente a la Iglesia en Valle de Guerra.
Archivo de Fotografía Histórica de Canarias - FEDAC.
Cabildo de Gran Canaria



Ermita de San Roque



Fiestas de San Isidro Labrador, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Celebración de La Librea entre 1980 y 1990.
Fotografías cedidas por la Asociación Cultural Amigos de la Librea

Las fiestas principales eran las del Rosario y San Isidro, la iglesia vieja era muy acogedora y celebrábamos también las novenas del Santísimo Sacramento, donde cada año se iban turnando los barrios para adornarlas y asistíamos a ella todas vestidas de blanco. La iglesia nueva se inauguró en el año 1965 y en el 1966 se derribó el templo antiguo. La última fiesta del Rosario que se celebró en la plaza vieja fue en el año 1973, donde ponían los cochitos locos con la feria y las tómbolas.

M^a Luisa González Pérez

Una de las cosas que más me gustaba era ir a las fiestas de los pueblos con mis amigas. Solíamos ir caminando en grupos grandes de diez vecinas, no había guaguas. Mi padre se había comprado un coche, pero se usaba para otros menesteres, como para ir a misa, al médico o para visitar las otras tres fincas que mi padre gestionaba. Subíamos y bajábamos juntas en cuadrilla y eran los varones, en este caso mis hermanos los que decidían cuando nos teníamos que marchar, normalmente nunca más tarde de las doce de la noche. Mi padre nos dejaba ir a todos lados, era avanzado para la época.

Caridad Acosta Rivero

Había más que nada dos fiestas grandes al año, la del Rosario y la Romería y después fiestitas chicas en los barrios. Se sacaba la luz del molino de gofio del Calvario que tenía un motor y por ahí, con palos se subía hasta la plaza. Estaba la Librea que no era como ahora, antes sí era divertida porque participaba todo el mundo, era otra cosa, se insultaban de barco a barco, se decían: “fuego con esos canallas”. En las fiestas se hacían cosas típicas: carrera de sacos, de cintas, bailes en la verbena y muchos ventorrillos donde se comía carne de fiesta, eso sí era carne de fiesta.

Norberto López Hernández

En la costa, en el barrio pesquero de La Barranquera, sobresalen las fiestas en Honor a la Virgen del Carmen, cuyo día grande se embarca la Virgen desde el pequeño muelle hasta la zona de El Apio. La imagen de la virgen de La Barranquera, que guarda su espacio en una hornacina, tiene una historia interesantísima. Fue traída del Convento las religiosas de la Asunción situado en la calle Santa Isabel de Madrid, que actualmente tienen convento en Tegueste, por Adelina Castro García, hermana de las valleras Edelmira y Teodora Castro García y de Rosa, de Guamasa, y Juana. Sucedió a principios de los años setenta cuando, a consecuencia del Concilio Vaticano II, que recomendaba no dar protagonismo a las imágenes de santos en las iglesias, se retiraron muchas de las imágenes de la citada capilla. La imagen fue traída hasta Guamasa. Entre 1977 y 1978 fue donada por Rosa Castro a su familia de La Barranquera, siendo venerada en la vivienda de Domingo “el pescador” y convertida en la imagen que se embarca tradicionalmente en las fiestas.

En estos días festivos son muchos los que recuerdan con cariño el antiguo circo, que reunía a mucho público en cada uno de los espectáculos, siendo una de las pocas exhibiciones emocionantes y divertidas que concurrían al pueblo.

Los carnavales, o antiguas fiestas de invierno, poco tenían que ver con las de ahora, y menos aún fueron los que acudieron con asiduidad. Si bien es cierto que son algunos los casos que mencionan en alguna ocasión sus mascaritas.

Otra cosa que ya no se ve y que antes había aquí en Valle de Guerra eran los circos con esas lonas grandes, mi padre me llevaba a verlo. Una vez recuerdo, que cuando eso no había ni zapatos ni nada, que mi madre me compró unos zapatos y por no gastarlos vine caminando descalzo todo eso por ahí para arriba.

Agustín Hernández Ramos

KODAK SAFETY FILM 6049

KODAK SAFETY FILM



→ 18

→ 15A

→ 19

La Barranquera, años sesenta.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián



Norberto López Hernández

Una vez salí con los amigos cuando los carnavales, que no eran como hoy, sino que nos disfrazábamos los hombres de mujeres y las mujeres de hombres y no es que buscaras algo bonito, sino que te ponías cosas que te desfiguraran y cambiabas la voz para que no te reconocieran y te ponías una máscara e ibas por las casas pidiendo huevos. Esa vez me animé a ir y subimos por El Boquerón y llenamos una barca de huevos y cuando bajamos y ya íbamos cerca de la iglesia, había una tanquilla de agua en el suelo y el muchacho que iba con la barca de huevos se entusiasmó diciéndole cosas a unas chiquillas que pasaban y cayó con tan mala suerte que rompió todos los huevos. Nunca más quise salir de carnavales.

Miguel Pérez González

Antes de casarme llegué a salir disfrazada de mascarita con mis amigas, nos divertíamos disfrazadas de hombres que nadie nos conociera y con unas máscaras feas e íbamos pidiendo dinero y nos decían que no, que se pedían huevos, pero nosotras queríamos unas perritas mejor. Después de casada no te dejaban salir con las amigas, teníamos que salir juntos a donde quiera que íbamos.

Dolores Reyes Gutiérrez

Salas, cines, bailes y galas

Si en algún lugar hay guardadas historias, contadas y vividas, fueron en las salas y cines. Desde el siglo XIX los vecinos fueron muy aficionados a las representaciones teatrales, sobre todo, en Carnaval y en las fiestas. No es de extrañar la gran acogida que tuvo el cine. En los años 20 el negocio cinematográfico vive sus años dorados y surgen las primeras salas por los alrededores de La Laguna.



Cine La Paz, calle El Moral



Toma de posesión en el Cine Valle, 1961.
Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

Inaugurado en 1928, el Cine de Tejina fue construido para ser un salón multiusos, el primero levantado fuera de la ciudad para cubrir las necesidades de distracción de los habitantes de Tejina y sus alrededores. Muy pronto empezaron a proyectarse sesiones de cine y en 1933, dos años después que el Teatro Leal, llegaría el cine sonoro. Para 1936 disponía de un aforo de 450 localidades y contaba con cuatro empleados, un taquillero, un portero, un acomodador y un operador, Manuel Hernández Cabrera.

Se acudía hasta la Plaza de El Ramal, junto a la que estaba situado el cine, en las tardes de domingo o festivos. Era el lugar de reunión de todas las gentes de la zona y, posiblemente, el único momento de ocio que muchos tenían en una dura vida de trabajo. Desde Tejina a La Punta, Bajamar, Tegueste o Valle de Guerra se citaban a “dar su vuelta” y comprar en Casa Elia. El cine fue un fenómeno que dio cabida y emocionó a todos los grupos sociales, y muchas y muchos acudieron regularmente desde el Valle caminando hasta el Cine de Tejina.

Años después llegaría el cine también a Valle de Guerra. El Cine La Paz dio cabida a bailes, representaciones, proyecciones y hasta combates de boxeo. Títulos como “Una noche en Roma” o “Zara la mística”, fueron algunas de sus primeras cintas. Por su parte, el Cine Valle de Severo Hernández Hernández fue inaugurado el 1 de septiembre de 1951 y necesitó instalar un motor en la trasera, pues la luz no llegaría hasta poco antes de 1960. Conservado ya, casi únicamente en la memoria, el Cine Valle encierra en su recuerdo grandes momentos para la vida de sus vecinos. ¡Qué galas en su interior! Su ubicación en la carretera general es típica de los cines de la época, que se construían en lugares de fácil acceso para atender la fuerte demanda social.

El cine empezó en el año 50 y pico, nosotros íbamos y veníamos a Tejina caminando por la noche...

Agustín Hernández Ramos

Los bailes que había los hacían por el cine, recuerdo que era la orquesta Orotava, eso era precioso. Yo que estaba mi casa allí, toda la noche tenía la música en la cama. Eso era fuertes bailes y fuertes fiestas.

Agustín Hernández Ramos

Los domingos íbamos al cine en Tejina, y después veníamos caminando porque no había guagua. También íbamos a las fiestas de aquí con mi madre, íbamos todas al baile.

Brunequilda Rodríguez Rivero

Yo tenía un solo vestido que si lo llegabas a poner se quedaba de pie, ese traje lo tenía siempre puesto en casa pa' todo, pa' hacer fuego cuando mi madre se iba a vender y yo quedaba de cocinera, y ese traje se lavaba para ir al cine.

Juana Herrera González

De divertirnos poco, porque éramos muy pobres, yo recuerdo que no teníamos dinero para ir al cine y mi prima y yo íbamos por detrás del cine La Paz, por las plataneras de la señorita Emérita y cogíamos los horcones con las que se sujetaban y subíamos por ellos hasta un tragaluz y ahí nos poníamos a ver las películas.

M^a del Rosario Hernández Ramos

En el año 51 se inauguró el Cine Valle, de Severo Hernández Hernández, el 1 de septiembre. Para dar luz al cine, tuvieron que instalar un motor que aún está, en un solar de su propiedad, por detrás del cine. Luego, la luz eléctrica llegó al

pueblo un poco antes de 1960. No lo sé exactamente, pero creo que allá por el año 1956 - 57, se constituyó una comisión de varias personas de aquí, de Valle de Guerra, que consiguieron con la Unión eléctrica de Canarias, que trajeran la luz a Valle de Guerra, porque hasta esa fecha hasta las fiestas se iluminaban con el motor al que antes me referí.

Blas Cairós Pérez

Bien me gustaba a mí ir a bailar al cine en la época mía. Mi madre no me acompañaba al baile, mi madre nos decía ustedes tienen que cuidarse, yo no tengo por qué ir a cuidarlas a ustedes. Pero eso no era normal, lo normal es que las madres iban al baile, y los chicos le pedían permiso para sacar a bailar a sus hijas, y si a la madre no le gustaba el muchacho le agarraba las manos a la hija y le decía no. Fíjate tú las cosas como eran ¡dios mío!

Caridad Acosta Rivero

Una vez fui al baile, me vio mi padre y me dio una tafeña que nunca más fui al baile. Cuando tenía yo 17 por ahí, era un día de carnavales y fui y me vestí, me cogió mi abuela y me dio una tafeña que nunca más me he vuelto a vestir, ni quiero.

Carmen Herrera Adrián

Yo me iba a bailar de joven con mi hermano, hasta que lo conocí a él (a su marido, Carmelo Rojas), con 13 años. Iba al cine de doña Ramona, donde venían orquestas. Siempre había bailes. Mi madre me dejaba porque iba con mi hermana y con mis primas. Aquí no se hacían más fiestas.

Aurelia Delgado Rodríguez

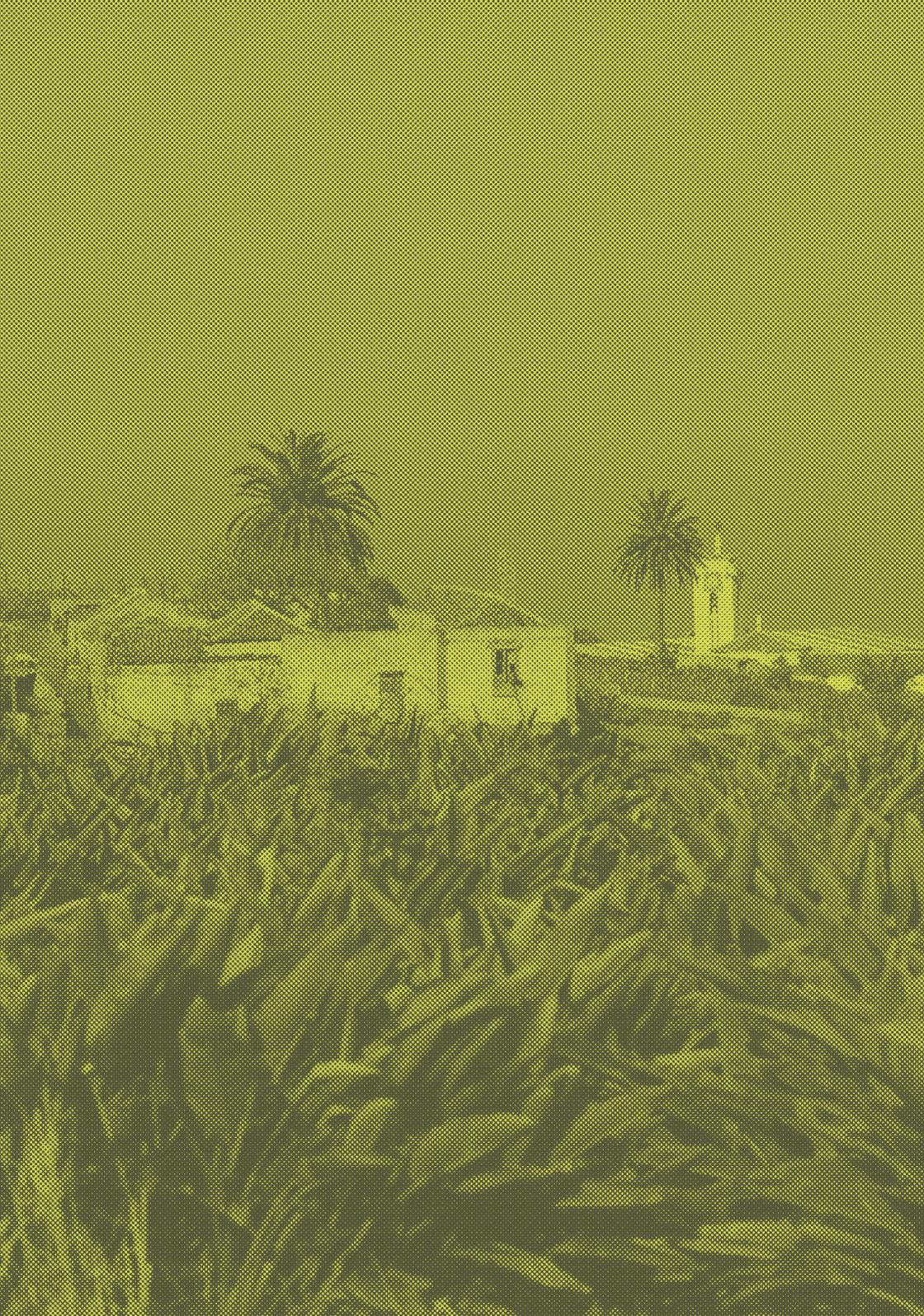


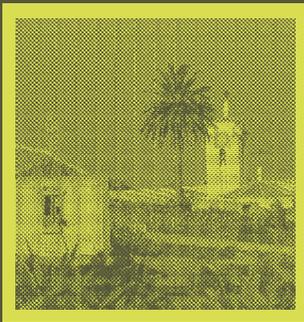
Reproducción de una fotografía realizada por Vicente Pérez Melián donde vemos una banda de música y demás personas, años sesenta. Archivo Fotográfico Vicente Pérez Melián

«Cuando miro hacia atrás veo las cosas buenas y malas. Hemos sido muy pobres y hemos trabajado como animales, aun así, he intentado ser feliz y quedarme con esos ratitos de felicidad del pasado, esos paseos, un día de baile, un día de cine y, sobre todo, cuando conocí a mi marido y tuve a mis hijos».

Juana Rodríguez González







EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
SAN CRISTÓBAL DE
LA LAGUNA



BIENESTAR SOCIAL Y CALIDAD DE VIDA



En La Laguna
nos cuidamos